

APIANO

HISTORIA
ROMANA

I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo¹. A esta guerra

¹ «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida². La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano³. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procurator Augusti* o *Augus-*

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

² Cf. P. VIERECK y A. G. ROOS, *Appiani Historia Romana*, 2.^a ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: VIERECK, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. MILLER, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. MÜLLER, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr. 607 A*, lo editó M. TREU en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

³ H. G. PFLAUM, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, 2.^a ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

torum que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le possibilitase el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo⁴.

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

⁴ Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de NABER: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de HAINES, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. VIERECK, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos⁵. Para Millar⁶, ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

⁵ F. MILLAR, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

⁶ Véase *ob. cit.*, pág. 8.

Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.⁷ Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»⁸.

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

⁷ E. CHAMPLIN, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

⁸ «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.^a ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. GABBA, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes⁹. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

⁹ Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. GRIFFITH, *The Greek Historians*, en *Fifty Years of Classical Scholarship*, 2.^a ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix*, pág. 239.

Éstos son Polibio¹⁰, Paulo Clodio¹¹, Jerónimo de Cardia¹², César¹³, Augusto¹⁴ y Asinio Polión¹⁵.

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo¹⁶, aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón¹⁷ y Casio Hémina¹⁸.

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípato, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

¹⁰ *Africa* 132.

¹¹ *Galia* I 3.

¹² *Mitrídates* 8.

¹³ *Galia* XVIII; *Guerras Civiles* II 79.

¹⁴ *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.

¹⁵ *Guerras Civiles* II 82.

¹⁶ *Guerras Civiles* IV 47.

¹⁷ *Galia* VI.

¹⁸ *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia¹⁹. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría²⁰. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

¹⁹ Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtibero-lusitanas, H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

²⁰ Sobre Timágenes, cf. R. LAQUEUR, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio²¹.

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

²¹ Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello²². El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.²³. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

²² Cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

²³ *Ob. cit.*, pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. HERING, *Lateinisches bei Appian*, tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.

en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitridates*, muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia*. Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*²⁴.

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

²⁴ Cf. J. DOBIÁŠ, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Etudes sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokēi* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokēi moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas²⁵. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

²⁵ Cf. GABBA, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba²⁶, no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

²⁶ *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonesto y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthēs*, *próphasis tò phanerón* y *arkhē*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al unísono con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redundaba en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante

de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano²⁷.

²⁷ Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

A) LA TRADICIÓN MANUSCRITA DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia*, *La guerra de*

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

Aníbal, Sobre Africa, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates y los cinco libros de *Las Guerras Civiles*. Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia»*.

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales²⁸. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr. 141 (V)*, de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr. 387 (B)*, que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr. 134 (V, J en Dilts)*, del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr. 37 (D)*, del siglo XV; el *Laurentianus 70.5 (1)*, del siglo XV; el *Parisinus gr. 1672 (F)*, de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr. 1642 (E)*, del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr. 141*, que contiene el *Prólogo*, el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia*, el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre Africa* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus LXX.26*, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya²⁹. Respecto al *Prólogo*, Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

²⁸ Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's *Historia Romana*», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

²⁹ Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal*, Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr. 141* sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél³⁰. En cambio, P. Maas³¹ en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon³² y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles*. Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) desciende del primario *Marcianus* gr. 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus* gr. 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escorialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)³³, en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)³⁴. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con I, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

³⁰ Véase *Prefacio*, pág. XIII.

³¹ *En Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles*.

³² «*Questiones Appianeae*», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

³³ Cf. *Prefacio*, pág. XV.

³⁴ Cf. *art. cit.*, págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis (O)*»³⁵ los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis (i)*»³⁶.

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)³⁷. Según Dilts³⁸, las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450³⁹.

³⁵ Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

³⁶ *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

³⁷ Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

³⁸ *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

³⁹ Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus (Romanorum y gentium)*, *De uirtutibus et uitiis*, y *De sententiis*⁴⁰. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana*.

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escorialensis* destruido en un incendio en 1671⁴¹.

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus* gr. 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza*, *Sobre Italia*, *El libro samnita*, *Sobre la Galia*, *Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

⁴⁰ Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. BOISSEVAIN, C. DE BOOR, Th. BÜTTNER-WOBST y A. G. ROOS, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

⁴¹ Cf. VIBRECK, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de BOISSEVAIN en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre Africa* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado⁴². Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal*, *Sobre Iberia* y *Sobre Africa*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

⁴² Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

cerpta, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda*, pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad⁴³. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia*, ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza*, acerca de Rómulo y Remo⁴⁴. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis*, vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia*,

⁴³ Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIX-XX. Para el *Suda*, véase la edición de ADA ADLER, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de ADLER.

⁴⁴ Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XX.

cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*⁴⁵.

B) EDICIONES DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre Africa*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitridates*, y los cinco libros de las *Gueras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnaldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deterioros. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

⁴⁵ Para más detalles, VJERECK, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg. A* y *B*, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr. 141* (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacensis gr. 374* (A), *Marcianus gr. 387* (B), *Vaticanus gr. 134* (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr. 1642* (E, *Reg. C* en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map*, en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana*, vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles*. El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History*, con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Classical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1958 (2.^a ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus*, con comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1970.

b) Ediciones de los «*Excerpta Constantiniana*».

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta*, que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia*. Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiiis*, a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980⁴⁶.

Los *Excerpta de sententiis*, tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Angel Mai⁴⁷, y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones⁴⁸.

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos⁴⁹.

c) Traducciones.

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo*, los libros *Sobre África*, *Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates*; el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles*, el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia»*.

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

⁴⁶ Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae*, París, 1634.

⁴⁷ El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis*, edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

⁴⁸ En 1830, J. LUCHT publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

⁴⁹ Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V⁵⁰.

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

⁵⁰ Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship*, 2.^a ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique*.

- G. BRUNO SUNSERI, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni*, Roma, 1976, págs. 91-101.
- P. DESIDERI, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

- J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.
- H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.
- I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.
- , «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.
- H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.
- P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.
- A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano», *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.
- A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs I: Die Quellen von Appians Iberica 1-43*), Munich, 1927.
- , «Viriatius» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.
- , *Geschichte von Numantia = Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.
- W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

VII

LA GUERRA DE ANÍBAL

SINOPSIS

1. Argumento del libro *La guerra de Aníbal*.
2. Amílcar Barca en Iberia: su campaña y muerte.
3. Aníbal es elegido jefe, prepara la guerra y quebranta el Tratado del Ebro.
4. Aníbal cruza los Alpes.
5. Batalla del Tesino.
6. Crece la popularidad de Aníbal.
7. Batalla de Trebia.
8. Distribución de las legiones en Roma.
9. Aníbal devasta Etruria. Flaminio se apresura a trabar combate.
10. Derrota de Flaminio junto al lago Trasimeno.
11. Derrota de Centenio.
12. Estrategia de Fabio Máximo. Discrepancias con Minucio Rufo.
13. Fabio mitiga con su prudencia la derrota de Minucio.
14. Fabio coge a Aníbal en una emboscada. Estratagema de Aníbal.
15. Aníbal se salva gracias a su estratagema.
16. Los cartagineses rehúsan enviar refuerzos a Aníbal. Éste solicita la presencia de su hermano Asdrúbal.
17. Elección de nuevos cónsules: Lucio Emilio y Terencio Varrón.

18. Desacuerdo entre los cónsules sobre la estrategia a seguir.
19. Preparativos romanos para la batalla.
20. Aníbal planifica y dispone sus tropas.
- 21-23. Batalla de Cannas.
24. Derrota total del ejército romano.
25. Pérdidas romanas.
26. Aníbal lamenta las bajas sufridas en su ejército. Huida de Terencio.
27. Consternación en Roma por el desastre.
28. El senado impide el rescate de los prisioneros.
29. Asedio y captura de Petilia.
30. Los romanos enrolan en sus filas jinetes celtíberos.
31. Argiripa y Dasio.
32. Aníbal se apodera de Tarento mediante traición.
33. Resistencia y asedio de la ciudadela de Tarento.
34. Captura de Turios.
35. Metaponto y Heraclea se pasan a Aníbal. Traición de Flavio.
36. Aníbal refuerza Capua.
37. Los romanos asedian Capua.
38. Aníbal fuerza, sin resultado, el cerco de Capua y parte hacia Roma.
39. Consternación en la ciudad.
40. Aníbal se retira de Roma inexplicablemente. Fulvio Flaco lo sigue.
41. Aníbal ataca el campamento de Flaco.
42. Fulvio Flaco se libra de la trampa y salva a su ejército.
43. Capua se rinde a Roma.
44. Aníbal pierde y recupera nuevamente a Tisia, ciudad de los brucios.
- 45-47. La historia de Dasio y Blacio de Salapia.
48. Fulvio Flaco pierde la vida junto a Herdonia.
49. Los romanos recuperan Tarento.
50. Derrota y muerte de Claudio Marcelo.
51. Aníbal fracasa por segunda vez en su ataque a Salapia.
52. Asdrúbal es derrotado y muerto en los alrededores del Sena (Batalla del Metauro).
53. Comparación entre esta batalla y la de Cannas.
54. Aníbal se retira junto a los brucios.

55. Publio Escipión, elegido cónsul, lleva la guerra a África.
56. La estatua de una diosa (Cibeles) es llevada a Roma.
57. Los brucios se sublevan contra Aníbal. Éste toma represalias.
58. Aníbal es llamado a África. Desmanes de Aníbal en Italia.
59. Aníbal enrola a voluntarios italianos en su ejército y a otros los mata.
60. Partida de Aníbal hacia África.
61. El senado decreta una amnistía general excepto para los brucios.

Este libro va a exponer lo que Aníbal el cartaginés ¹ hizo a los romanos y sufrió a manos de ellos durante los dieciséis años que permaneció combatiéndolos, desde que, habiendo partido de Iberia, invadió Italia y hasta que los cartagineses, temiendo por su ciudad, le hicieron regresar y los romanos lo expulsaron de Italia. Cuál fue la causa verdadera y el pretexto público de la invasión de Aníbal han quedado clara y rigurosamente expuestos en mi relato sobre Iberia. Sin embargo, lo expondré también ahora, tan sólo a manera de recuerdo.

Amílcar Barca, el padre de este Aníbal, estaba al ² frente de las fuerzas cartaginesas en Sicilia cuando romanos y cartagineses combatían por la posesión de esta isla. Fue objeto de persecución por sus enemigos bajo sospecha de mala administración y, lleno de temor, maniobró para ser elegido general contra los númidas antes de la rendición de cuentas. Fue útil en esta guerra y, tras haberse asegurado el favor del ejército con el pillaje y los regalos, lo condujo hasta Gades sin la autorización de Cartago y atravesó el estrecho hasta Iberia ¹. Desde allí enviaba continuamente gran cantidad

¹ De nuevo aparece recogida la corriente historiográfica que explica la intervención cartaginesa en Iberia como un acto imperialista de los Barcas (cf. n. 4 al libro VI).

de botín a Cartago e intentaba congraciarse al pueblo para evitar su enojo hacia él a causa de su mandato en Sicilia. Después de obtener una enorme extensión de territorio, su fama era grande, y a los cartagineses les invadió el deseo de poseer toda Iberia, pensando que era una empresa fácil. Los saguntinos y demás griegos residentes en Iberia se acogieron a la protección de los romanos y se estableció un límite al poderío cartaginés en Iberia, consistente en no atravesar el río Ebro. Esta cláusula fue inscrita en los tratados entre romanos y cartagineses. Después de esto, Amílcar Barca fue muerto en combate mientras estaba dedicado a la organización de la Iberia sometida a Cartago, y le sucedió en el mando, como general, Asdrúbal, su cuñado. A éste lo mató durante una cacería un esclavo, a cuyo dueño había matado Asdrúbal con anterioridad.

3 Después de ellos, Aníbal fue elegido por el ejército como tercer general de Iberia, pues daba la impresión de ser un hombre capaz y amigo de la guerra. Era hijo de Amílcar Barca y hermano de la esposa de Asdrúbal, joven en exceso y ya desde su adolescencia había estado al lado de su padre y su cuñado. Y el pueblo cartaginés ratificó, mediante decreto, su generalato. De este modo, Aníbal, cuya historia voy a contar, llegó a ser general de los cartagineses contra los iberos. Pero los enemigos de Barca y de Asdrúbal persiguieron a los partidarios de aquellos y despreciaban a Aníbal a causa de su juventud. Éste, considerando que aquella persecución en su origen estaba dirigida contra él y que su seguridad personal quedaría salvaguardada a partir del peligro de su patria, planeó embarcarla en una gran guerra².

² Sobre la salvaguarda de los intereses personales de esta familia Barca en Cartago, véase lo dicho en n. 4 al libro VI. Este motivo se puede aunar con el anterior en el hecho de que, tanto en uno como en otro caso, la intervención cartaginesa en

Y presumiendo, como resultó de hecho, que una lucha entre romanos y cartagineses sería de larga duración y que su sólo intento le reportaría una gran gloria aunque fracasara —se dice también que siendo todavía un niño le había tomado juramento su padre ante el altar de que no cejaría en su odio a los romanos—, resolvió atravesar el Ebro en contra de los tratados y, como pretexto, se procuró a algunos para que presentaran acusaciones contra los saguntinos³. Continuamente daba cuenta por escrito a Cartago de estas cosas y añadía que los romanos incitaban en secreto a Iberia a sublevarse contra ellos, hasta que obtuvo permiso de Cartago para actuar del modo que juzgara procedente. Entonces él, después de cruzar el Ebro, destruyó la ciudad de Sagunto con todos sus habitantes en edad militar. A causa de este hecho, los tratados concertados entre romanos y cartagineses después de la guerra de Sicilia quedaron rotos.

Mi libro sobre Iberia refiere todos aquellos hechos⁴ que Aníbal, en persona, y los otros generales cartagineses y romanos, posteriores a él, llevaron a cabo en Iberia. Después de haber reclutado todas las tropas que pudo entre los celtíberos, africanos y otros pueblos, y de encomendar los asuntos de Iberia a su hermano Asdrúbal, atravesó los montes Pirineos en dirección al país de los celtas, hoy llamado Galia, con nueve mil soldados de infantería, doce mil jinetes y treinta y siete elefantes. Atravesó el país de los galos, atrayéndose a algunos con dinero, a otros, mediante la persuasión, y a otros, en fin, sometiéndolos por la fuerza. Cuando llegó a los Alpes y no encontró ningún paso que

Iberia se debió a un acto unilateral de la familia Barca sin el apoyo expreso de Cartago.

³ Error de Apiano, ya reseñado anteriormente (cf. n. 7 al libro VI).

los atravesara o pasara sobre ellos —pues se trata de una cordillera sumamente escarpada—, emprendió también su ascenso con intrepidez sufriendo grandes pérdidas debido a la gran cantidad de nieve y al rigor del frío existentes. Cortaba madera, la quemaba y apagaba los rescoldos con agua y vinagre, y a la roca, que se había tornado frágil por este procedimiento, la rompía con martillos de hierro. Así, abrió un paso sobre las montañas que aún está en uso en la actualidad y se llama paso de Aníbal. Como le empezaron a faltar las provisiones, se apresuró en su marcha sin que los romanos se percataran de que en realidad estaba ya en Italia, y al sexto mes de su partida de Iberia, después de haber perdido a muchos hombres, descendió desde los montes a la llanura ⁴.

- 5 Tras tomarse un breve descanso atacó una ciudad gala, Taurasia ⁵. Cuando la hubo tomado por la fuerza, degolló a los prisioneros de guerra para aterrorizar al resto de la Galia, y avanzando hasta el río Erídano, hoy llamado Po, donde los romanos estaban en guerra con los galos llamados boyos, estableció su campamento. El cónsul romano Publio Cornelio Escipión estaba combatiendo en Iberia contra los cartagineses y, una vez que se enteró de la invasión de Italia por Aníbal, también él dejó a su hermano Gneo Cornelio Escipión al frente de los asuntos de Iberia y navegó hacia Etruria. Desde aquí poniéndose en camino y reuniendo a cuantos aliados pudo, intentó llegar al Po antes que Aníbal. Envió a Roma a Manlio y Atilio, que estaban combatiendo contra los boyos, basándose en que no debían detentar ya el mando, al estar presente un cónsul. Asu-

⁴ Sobre la marcha del Ródano al Po, cf. DE SANCTIS, III 2, Apénd. I al cap. VI, págs. 64 a 82, con bibliografía.

⁵ Tal vez ciudad del Samnio, en las proximidades del Po (cf. DE SANCTIS, *loc. cit.*, pág. 67).

miendo en persona el mando del ejército, lo desplegó en orden de batalla frente a Aníbal. Después de una escaramuza y un combate de caballería, los romanos, al verse rodeados por los africanos, huyeron hacia el campamento y, al sobrevenir la noche, se retiraron hacia Placentia⁶, ciudad fuertemente fortificada, habiendo cruzado el Po con puentes que luego demolieron. Sin embargo, Aníbal construyó un nuevo puente y lo atravesó también.

Esta acción repentina, la primera o la segunda después de su paso por los Alpes, exaltó la fama de Aníbal entre los galos cisalpinos como la de un general invencible y provisto de una brillante fortuna. Y él, además, como estaba entre gente bárbara y llena de admiración hacia él, susceptibles de ser embaucados por ambos motivos, cambiaba continuamente sus vestidos y sus cabellos con atuendos ya pensados de antemano. Y los galos, al verle moverse entre las gentes unas veces con la apariencia de un viejo, en otras ocasiones como un hombre joven y en otras con la de un hombre de mediana edad, y cambiando de una a otra continuamente, atónitos pensaban que participaba de una naturaleza divina.

Sempronio, el otro cónsul, estaba entonces en Sicilia y al enterarse de lo ocurrido, se hizo a la mar para unirse a Escipión y fijó su campamento a cuarenta estadios de él. Todos se prepararon para entablar batalla al día siguiente. Estaba en medio el río Trebia y los romanos lo cruzaron antes del amanecer en pleno solsticio de invierno, con lluvia y un frío gélido, sumergidos en el agua hasta el pecho. Aníbal, por su parte, dio descanso a su ejército hasta la hora segunda y entonces lo puso en marcha.

⁶ Plasencia (en Italia).

7 El orden de batalla de cada bando era (como sigue. La caballería romana) ocupaba las alas a ambos lados del cuerpo de infantería. Aníbal alineó a sus elefantes frente a la caballería romana, y a sus soldados de infantería frente a las legiones. Dio orden a la caballería de que permaneciera quieta detrás de los elefantes hasta que les diera una señal. Cuando se entabló el combate, los caballos de los romanos, no pudiendo soportar ni la vista ni el olor de los elefantes, emprendieron la huida. Los soldados de infantería, en cambio, pese a estar agotados y debilitados por el frío, por el cruce del río y la falta de sueño, atacaron, no obstante, con ardor a las bestias, les causaron heridas, a algunos incluso les cortaron los tendones, y empezaron a hacer retroceder a la infantería enemiga. Al darse cuenta de ello Aníbal, dio la señal de que la caballería envolviera a los enemigos. Como quiera que la caballería romana se había desperdigado hacía poco por causa de los elefantes, la infantería se había quedado sola y sufría dificultades, y temiendo verse envuelta por completo, se produjo la huida desde todos los lugares hacia el campamento. Unos perecieron a manos de la caballería cartaginesa, que les dio alcance, pues eran soldados de infantería, otros fueron arrastrados por la corriente del río. Pues al derretir el sol la nieve, el río iba crecido y no pudieron vadearlo a causa de su profundidad ni atravesarlo a nado por el peso de las armas. Escipión, que les seguía y animaba, estuvo a punto de perecer al ser herido, pero fue rescatado a duras penas y puesto a salvo en Cremona⁷. Aníbal atacó a un arsenal pequeño que había cerca de Placentia, pero perdió cuatrocientos hombres y él mismo resultó herido. A partir de este momento, todos se retiraron a pasar el invierno, Esci-

⁷ La actual ciudad del mismo nombre.

pión en Cremona y Placentia, y Aníbal en los alrededores del Po.

Cuando en Roma se enteraron de esta tercera derrota en el Po —pues ya habían sido derrotados por los boyos antes que Aníbal— reclutaron de entre ellos otro ejército que, junto con los que ya estaban en el Po, sumaban trece legiones, y pidieron a los aliados otro, doble que éste. En esta época, la legión la componían cinco mil infantes y trescientos jinetes. Una parte del total de estas tropas la enviaron a Iberia, otra a Cerdeña, pues también sostenían la guerra allí, y una tercera a Sicilia. Pero el grueso de las tropas lo condujeron contra Aníbal, Gneo Servilio y Gayo Flaminio, que habían sido designados para suceder, en el consulado, a Escipión y Sempronio. Servilio se apresuró hasta el Po y recibió el mando del ejército de manos de Escipión —éste, a su vez, elegido procónsul, emprendió la travesía hasta Iberia—; Flaminio, por su parte, con treinta mil soldados de infantería y tres mil jinetes se encargó de defender la parte de Italia del lado de acá de los montes Apeninos, la única que se puede llamar con propiedad Italia. En efecto, los Apeninos se extienden desde la parte central de los Alpes hasta el mar. El país que queda a la derecha, todo él, se puede llamar, en puridad, Italia, pero, en cambio, la parte que se extiende por la izquierda hasta el mar Jónico se llama también ahora Italia al igual que Etruria, pero está habitada por griegos en torno a la costa del Jónico y en el resto por galos. Estos últimos fueron los que, atacando a Roma en un principio, la incendiaron. Cuando Camilo los persiguió, tras haberlos expulsado, pienso yo que, después de cruzar estos montes, se asentaron junto al Jónico en vez de hacerlo en sus lugares habituales. Y esta parte del país se llama todavía así, Italia gala.

9 Los romanos tenían entonces divididos sus grandes ejércitos para atender a muchos frentes, y Aníbal, advirtiendo esta circunstancia, con la llegada de la primavera, sin ser visto devastó Etruria y se adelantó hasta la zona vecina a Roma. Los ciudadanos se sintieron presa de un gran temor al encontrarse él en las cercanías, pues no contaban con ninguna fuerza digna de presentar batalla. Con todo, enrolaron un ejército de ocho mil hombres de entre aquellos que habían quedado y designaron como comandante en jefe a Centenio, un ciudadano privado ilustre, pues no había presente ningún oficial de carrera, y le enviaron a la región de Umbría, en la zona pantanosa de Plestine, para que ocupara de antemano el paso estrecho, que es el camino más corto hacia Roma. Entretanto, Flaminio, que tenía a su cargo la defensa de la Italia interior con treinta mil hombres, al percatarse del rápido movimiento de Aníbal, cambió también de posición con rapidez sin conceder momento de reposo a su ejército. Temía por la seguridad de la ciudad y, aunque era inexperto en la guerra y había sido elegido para el mando por haber conseguido el favor popular con malas artes, se apresuró a trabar combate con Aníbal.

10 Este último, consciente de la fogosidad e inexperiencia de Flaminio, se puso al abrigo de un monte y un lago, y habiendo ocultado sus tropas ligeras y su caballería en un barranco, acampó. Cuando Flaminio vio el campo enemigo al rayar el alba, aguardó un poco, mientras concedía al ejército un descanso de las fatigas del viaje y fortificaba su campamento. Después de esto, los condujo al punto al combate cuando se hallaban aún cansados por la falta de sueño y la fatiga. Cuando aparecieron las tropas emboscadas, cogido entre la montaña, el lago y los enemigos, perdió la vida junto con veinte mil de sus hombres. El resto, unos diez mil, escaparon a una aldea bien fortificada por la naturaleza.

Maharbal, lugarteniente de Aníbal, que también gozaba de la máxima reputación en la guerra, como no podía apresarlos con facilidad y pensaba que no era conveniente luchar contra gentes desesperadas, les convenció para que depusieran sus armas y consintió en dejarles ir libres donde quisieran. Cuando las depusieron, los condujo desarmados a la presencia de Aníbal. Éste afirmó que Maharbal no tenía autoridad para concertar un acuerdo sin su consentimiento, pero se mostró condescendiente con los aliados de Roma y los dejó ir libres sin rescate a sus casas, buscando congraciarse a sus ciudades con un acto de generosidad; en cambio, a todos los que eran romanos los retuvo prisioneros. Después de repartir el botín entre los galos que combatían a su servicio para tenerlos también solícitos por la esperanza de riquezas, prosiguió hacia adelante. Servilio, el general que estaba en torno al Po, ya estaba al corriente de estos sucesos y se apresuraba hacia Etruria con cuarenta mil hombres, y Centenio, a su vez, había ocupado previamente el paso angosto con los ocho mil suyos.

Aníbal, una vez que vio la zona pantanosa de Ples- 11
tine, la montaña que la dominaba y a Centenio en el centro ocupando el paso, recabó de los guías información sobre si había algún otro camino de circunvalación. Éstos replicaron que no había ningún otro camino frecuentado, sino que toda la zona era escarpada y llena de precipicios. No obstante envió a las tropas ligeras bajo el mando de Maharbal a través de estos caminos para que rodeasen la montaña durante la noche. Calculando el momento en que debían haber logrado su objetivo, atacó de frente a Centenio. En el transcurso de la lucha se vio a Maharbal que había coronado con afán la cima de la montaña, en donde prorrumpió en un fuerte grito. Y al punto empezó la huida y la matanza de los romanos, que habían sido rodeados; perecieron tres mil, y

ochocientos fueron hechos prisioneros; el resto logró escapar a duras penas. Al saberse estas noticias en la ciudad, cundió el temor de que Aníbal marchara de inmediato contra ella. Apilaron piedras en las murallas y armaron a los ancianos. Como estaban escasos de armamentos, echaron manos de los despojos de guerra que estaban colgados en los templos como trofeos de otras contiendas. Y, como era costumbre en las situaciones de peligro, eligieron un dictador, Fabio Máximo.

- 12 Pero Aníbal, por intervención divina, se volvió de nuevo al Jónico y, recorriendo su costa, la devastó y reunió gran cantidad de botín. El cónsul Servilio, marchando en paralelo a él, llegó a Arímino⁸ a una distancia de un día de viaje de Aníbal. Allí retuvo a su ejército y trató de infundir coraje a aquellos de los galos que todavía eran amigos, hasta que llegó Fabio Máximo, el dictador, y envió a Servilio a Roma, puesto que ya no era ni cónsul ni general, al haberse elegido un dictador. Fabio seguía de cerca a Aníbal y, aunque éste muchas veces le exhortaba a ello, no presentaba combate, pero no le dejaba poner cerco a ninguna ciudad al mantener una vigilancia estrecha y estar encima de él. Aníbal, cuando el país quedó exhausto, empezó a sentir la falta de provisiones y recorriéndolo de nuevo desplegaba sus tropas en formación cada día, incitándolo al combate. Pero Fabio no aceptaba, a pesar de la disconformidad de Minucio Rufo, su prefecto de caballería, que escribió a sus amigos de Roma diciéndoles que Fabio andaba vacilante por cobardía, de modo que, cuando Fabio se trasladó a Roma para llevar a cabo unos sacrificios, Minucio obtuvo el mando del ejército y tuvo un combate con Aníbal y, juzgando que había llevado la mejor parte, escribió a Roma al senado con mayor osadía acusando a Fabio de no querer obtener

⁸ Rímíni.

la victoria. El senado, cuando ya Fabio hubo retornado de nuevo al campamento, votó que el prefecto de caballería compartiera con él el mando en igualdad de condiciones.

Después de haber dividido el ejército, establecieron ¹³ sus campamentos cerca el uno del otro y cada uno se mantenía firme en su criterio, Fabio, buscando desgastar por completo a Aníbal con el tiempo y no sufrir ningún daño por su parte, y Minucio, en cambio, pretendiendo arriesgarlo todo en una batalla decisiva. Cuando Minucio trabó combate, Fabio, que preveía cuál iba a ser el desenlace, mantuvo en orden de batalla a su propio ejército en el centro sin moverse y logró dar acogida a los soldados de Minucio, cuando huían derrotados, y rechazar a los de Aníbal que los perseguían. De este modo, atenuó Fabio a Minucio su desastre sin guardarle rencor alguno por su acusación. Minucio, a su vez, reconociendo su falta de experiencia, desistió del mando y devolvió su parte del ejército a Fabio, quien consideraba que, ante un genio de la milicia, el único momento oportuno para luchar era la necesidad. Este dicho fue recordado precisamente más tarde muy a menudo por Augusto, que era lento también en entrar en combate y prefería la estrategia al valor en el combate. Así que Fabio, de igual modo, sometió de nuevo a vigilancia a Aníbal y le impidió que devastara el país, sin ofrecerle batalla con todo el ejército, sino atacando únicamente a los que estaban dispersos, pues sabía con claridad que Aníbal estaría falto de provisiones pronto.

En las inmediaciones de un paso estrecho del que ¹⁴ Aníbal no tenía conocimiento previo, Fabio envió por delante cuatro mil hombres y lo ocupó, y él acampó en el lado opuesto con el resto de las tropas sobre una colina bien defendida. Aníbal, al darse cuenta de que había sido copado en medio de Fabio y de los que de-

fendían el paso, tuvo más miedo que nunca. Ya que, en efecto, no tenía escapatoria, pues todo el lugar era escarpado e intransitable y no tenía la esperanza de poder forzar a Fabio o a los del desfiladero a causa de la solidez de su posición. En esta situación desesperada, degolló a los prisioneros de guerra en número de cinco mil, a fin de que en un momento de peligro no le crearan nuevos problemas y colocó antorchas en la cornamenta de cuantos bueyes había en el campamento, que eran muchos. Al llegar la noche, prendió fuego a las antorchas, al tiempo que apagaba todos los demás fuegos del campamento, y ordenó mantener el silencio más absoluto. Mandó a los jóvenes más osados que arreasen con rapidez a los bueyes hacia la zona rocosa que había entre Fabio y el desfiladero. Éstos, aguijoneados por sus conductores y abrasados por el fuego, empezaron a trepar por las escarpas sin vacilación y con furia, caían abajo y de nuevo intentaban la escalada⁹.

- 15 Los romanos de uno y otro lado, cuando observaron el silencio y la oscuridad en el campamento de Aníbal y, en cambio, luces múltiples y variadas en las montañas, no podían comprender con exactitud lo ocurrido, puesto que era de noche. Fabio imaginó que se trataba de una estratagema de Aníbal, pero como no podía estar seguro, retuvo quieto a su ejército, receloso de la noche. En cambio, los que ocupaban el desfiladero sospecharon

⁹ Esta estratagema de Aníbal sobre cuya autenticidad han mantenido sus dudas algunos historiadores modernos es perfectamente verosímil. Ya aludimos en la *Introducción* al gusto de Apiano por relatar anécdotas y estratagemas en su narración, pero no ha de tomarse este hecho en menoscabo de su valor como historiador. Aunque alguna de las estratagemas que él refiere pueda parecer un tanto novelesca, y en algunos casos lo sea, ello no obsta para que otras sean absolutamente verosímiles (cf. sobre esta cuestión DE SANCTIS, III 2, pág. 49, n. 79).

lo que precisamente Aníbal deseaba: que él intentaba escapar en un momento de desesperación, forzando el paso a través de los repliegues rocosos, y se lanzaron a la carrera descendiendo hacia el lugar donde vieron las luces, en la idea de que iban a coger a Aníbal en dificultades. Y éste, al verlos descender desde el paso, corrió hacia allí con sus hombres más rápidos sin luz y en silencio para pasar inadvertido. Cuando lo hubo ocupado y consolidó su posición, dio la señal con la trompeta, y el ejército le respondió en el campamento con un grito y encendieron fuego de repente. Justo entonces, los romanos se dieron cuenta del engaño, y el restante ejército de Aníbal y los que conducían los bueyes corrieron hacia el paso sin temor. Una vez que los hubo reunido, prosiguió su avance. Así, en aquella ocasión, Aníbal consiguió salvarse y salvar a su ejército contra toda esperanza, y apresurándose hacia Geronia¹⁰, una ciudad de Yápigia, que tenía trigo abundante, la tomó y pasó el invierno sin temor, en medio de la abundancia.

Fabio, aferrado también ahora a su misma actitud,¹⁶ lo siguió y, cuando se hallaba a diez estadios de Geronia estableció su campamento, dejando entre ellos el río Aufido¹¹. Cuando le expiró el plazo de seis meses por el que los romanos eligen a sus dictadores, los cónsules Servilio y Atilio reasumieron sus cargos y volvieron al campamento, y Fabio partió de regreso a Roma. Durante este invierno tuvieron lugar frecuentes escaramuzas entre Aníbal y los romanos. Estos últimos obtuvieron mayor gloria y mostraron un celo mayor en estos encuentros. Sin embargo, Aníbal daba cuenta de sus actos a los cartagineses exagerándolos siempre,

¹⁰ No lejos de la actual Castel Dragonara (cf. DE SANCTIS, III 2, Apénd. III al cap. VI, pág. 123).

¹¹ Ofanto.

pero entonces, al haber perdido muchos hombres, necesitaba ayuda y les pidió un ejército y dinero. Sus enemigos políticos, que tomaban a burla todos los hechos de Aníbal, le respondieron también en esta ocasión que no podían comprender que Aníbal solicitara ayuda cuando afirma que estaba triunfando, ya que los generales victoriosos no piden riquezas, sino que las envían a su patria. Los cartagineses, convencidos por éstos, no le enviaron ni el ejército ni el dinero. Y Aníbal, condolido por esta actitud, escribió a su hermano Asdrúbal en Iberia, solicitándole que invadiera Italia a comienzos del verano con todo el ejército y riquezas que pudiera conseguir, y que devastara el otro extremo para que fuera assolada en su totalidad y los romanos quedaran exhaustos a causa de su acción conjunta.

- 17 Tal era la situación de los asuntos de Aníbal. Los romanos, a su vez, muy afligidos por la magnitud de las derrotas de Flaminio y Centenio, en la convicción de que sufrían una serie de desastres indignos de ellos y fuera de toda lógica, y juzgando intolerable una guerra dentro de sus fronteras, levaron cuatro nuevas legiones en Roma, llenos de cólera contra Aníbal y concentraron en Yápigia aliados procedentes de todas partes. Eligieron como cónsules a Lucio Emilio, el que había combatido contra los ilirios, a causa de la gloria obtenida en la guerra, y a Terencio Varrón, por el favor que gozaba entre el pueblo, al que había prometido muchas cosas acordes con su habitual búsqueda de honores. Cuando los despidieron al partir, les pidieron que decidieran la guerra en el campo de batalla y que no agotaran totalmente a la ciudad con dilaciones, campañas continuas, tributos, hambre y ocio debido a la devastación de los campos. Los cónsules se hicieron cargo del ejército, que estaba integrado en su totalidad por setenta mil soldados de infantería y seis mil jinetes, en Yápigia, y acamparon en las cercanías de una aldea llamada Can-

nas. Aníbal acampó frente a ellos. Al ser Aníbal por naturaleza hombre amigo de la guerra y enemigo del ocio, y ahora más que nunca acuciado por la falta de víveres, ofrecía continuamente batalla, temeroso de que sus mercenarios se sublevaran por la falta de pago o se dispersaran en busca de alimentos. Y por esta razón incitaba a sus enemigos.

Las opiniones de los cónsules eran diferentes. Emilio 18 era partidario de agotar con dilaciones a Aníbal, puesto que éste no podía resistir durante mucho tiempo debido a lo precario de su situación, y no librar batalla con un general y un ejército adiestrados en guerras siempre victoriosas. En cambio, Terencio sostenía la opinión contraria, propia del demagogo que era él, y así, recordaba a su compañero lo que el pueblo les encargó cuando partían y se mostraba dispuesto a una decisión rápida con las armas. Servilio, el cónsul del año anterior que aún estaba presente, apoyó el parecer de Emilio y, a su vez, todos los miembros del senado y los llamados caballeros que prestaban sus servicios en el ejército como oficiales apoyaron a Terencio. Mientras se hallaban todavía disputando, Aníbal atacó a algunos de sus destacamentos dedicados a la recogida de madera y forraje, fingió que era derrotado y, alrededor de la última guardia, puso en movimiento al grueso de su ejército como si fuera a emprender la retirada. Terencio, al verlo, condujo fuera a su ejército con la intención de atacar a Aníbal en su huida, pese a que, también entonces, se lo desaconsejó Emilio. Como no lo convenció, consultó por sí mismo a las aves oraculares, según era costumbre, y envió una misiva a Terencio cuando ya se disponía a partir y le anunció que no era un día propicio. Este último desistió por sentir un cierto temor de no hacer caso de los augurios, pero se mesaba los cabellos a la vista del ejército y mostraba su indignación en la creencia de que

había sido despojado de la victoria por la envidia de su compañero en el mando. Y el grueso de las tropas compartía sus quejas.

19 Aníbal, una vez que su intento resultó fallido, regresó de inmediato al campamento, haciendo evidente que su retirada era fingida, pero ni siquiera esto sirvió de lección a Terencio para que sospechara de cualquier acto de Aníbal, sino que, apresurándose armado como estaba hacia el pretorio, en presencia de los miembros del senado, de los centuriones y de los tribunos, acusó a Emilio de haber buscado un pretexto con relación a los augurios y de haberle arrebatado a la ciudad una clara victoria, ya fuera por una duda cobarde o movido por envidia personal hacia él. Mientras, encolerizado, proclamaba estas cosas a voz en grito, el ejército colocado alrededor de la tienda lo secundaba y profería insultos contra Emilio. Este último persistió vanamente en sus buenos consejos a los de dentro, pero cuando todos los demás, a excepción de Servilio, estuvieron de parte de Terencio, terminó por ceder. Al día siguiente puso el ejército en orden de batalla, situándose él como comandante en jefe, pues Terencio le cedió su puesto. Aníbal se dio cuenta y no salió entonces —pues no estaba aún listo para el combate—, pero al otro día descendieron ambos ejércitos a campo abierto. Los romanos estaban divididos en tres cuerpos de ejército con un corto espacio entre ellos; cada cuerpo tenía en el centro a la infantería y, en las alas, a las tropas ligeras y a los jinetes. La disposición de los generales era la siguiente: Emilio ocupaba el centro, Servilio el ala izquierda y Terencio el ala derecha. Cada uno tenía a su cargo un millar de jinetes elegidos para prestar socorro en donde la situación lo requiriese. Esta era la formación romana.

20 Aníbal, en primer lugar, conocedor de que un viento huracanado se levantaba regularmente en aquella zona

en torno al mediodía, ocupó de antemano una posición en donde el viento le cogiera de espalda. Después, escondió en emboscada algunos jinetes y tropas ligeras en un monte con una densa arboleda y con barrancos, con la consigna de caer sobre la retaguardia enemiga cuando se hubiera trabado el combate y se levantara el viento. Armó a quinientos celtíberos con espadas más cortas bajo sus túnicas, además de sus espadas grandes, para que las usaran cuando él les diera una señal. También dividió a su ejército en tres cuerpos y colocó a la caballería en las alas a intervalos grandes, por si podían envolver a los enemigos. Puso al frente del ala derecha a su hermano Magón y de la izquierda a su sobrino Annón, reteniendo el centro para él, en razón a la fama de la experiencia de Emilio. Le rodeaban dos mil jinetes elegidos, y Maharbal con otros mil se mantenía en reserva, para acudir donde viera que algo iba mal. Una vez tomadas estas medidas, aguardó a la hora segunda para que el viento viniera más rápidamente en su ayuda.

Cuando estuvo todo dispuesto, los comandantes en jefe recorrían sus tropas con palabras de aliento. Los romanos les recordaban sus padres, esposas e hijos y la derrota precedente, advirtiéndoles que en esta batalla iban a dilucidar su propia existencia. Aníbal les mencionó las victorias ya logradas sobre estos mismos hombres y cuán vergonzoso sería resultar derrotados por los que ya habían sido vencidos. Después que sonaron las trompetas, los soldados prorrumpieron en un vivo clamor y, en primer lugar, los arqueros, honderos y lanzadores de piedras, adelantándose a la carrera hasta el lugar medianero entre ambos ejércitos, dieron comienzo al combate. Y tras ellos tomó parte en la acción la infantería. La matanza y el trabajo fueron grandes al combatirse con denuedo por ambas partes. Entretanto, Aníbal dio la señal a su caballería de que envoliera en un círculo las alas de los enemigos, pero los

jinetes romanos, aunque inferiores en número, les hicieron frente y extendiendo la línea de combate hasta dejarla muy delgada, combatieron con mucho ardor, en especial los que ocupaban el ala izquierda que daba hacia el mar. Aníbal y Maharbal lanzaron, a un mismo tiempo, a los jinetes que habían conservado con ellos en medio de un inmenso griterío a la usanza bárbara, pensando aterrorizar a sus contrarios, pero éstos, incluso a aquéllos, los resistieron con solidez y sin temor.

22 Al fracasar también esta maniobra, Aníbal dio la orden a los quinientos celtíberos. Y ellos, saliendo de sus filas, se pasaron a los romanos, y les presentaron los escudos, las lanzas y las espadas visibles, como si fueran desertores. Servilio, tras elogiarlos, les quitó al punto sus armas, y los situó detrás, en la retaguardia sólo con sus túnicas, según creía, pues no juzgó conveniente ponerles ataduras a los desertores a la vista de los enemigos, ni sospechaba nada al verles sólo con la túnica, ni había tiempo en una ocasión tan apurada. Otros grupos de soldados africanos fingieron la huida hacia las montañas prorrumpiendo al unísono en grandes alaridos. Los gritos eran la señal, para los que estaban ocultos en los repliegues rocosos, de cargar sobre sus perseguidores. Y, de inmediato, las tropas ligeras y los jinetes salieron de su escondite, al tiempo que un viento fuerte y cegador se levantaba, lanzando nubes de polvo contra los ojos de los romanos, lo cual les impedía, en especial, ver a sus enemigos. Todas las armas arrojadas de los romanos perdieron vigor a causa de la fuerza contraria del viento y, en cambio, las de los enemigos se hicieron más certeras, al favorecer éste su lanzamiento. Los romanos, al no poder esquivarlas, pues no las veían, ni poder asegurar su tiro chocaban entre sí y se vieron presa de diversa confusión.

En este momento, los quinientos celtíberos, al ver ²³ que se había presentado la oportunidad prometida, extrajeron de los pliegues de las túnicas sus espadas cortas y dieron muerte, primero a los de la retaguardia. A continuación, tras arrebatárles sus espadas de mayor tamaño, los escudos y las lanzas, cargaron contra todo el frente de la línea de batalla saltando de un lugar a otro sin discriminación. Y fueron éstos los que llevaron a cabo, en grado máximo, una carnicería espantosa, pues estaban situados al final de todos. Las desgracias que aquejaban ya entonces a los romanos eran grandes y de índole diversa, agobiados en su lucha por los enemigos en el frente de batalla, rodeados por emboscadas en los flancos y diezmados por aquellos que estaban mezclados en sus filas. No podían volverse contra estos últimos, debido al ataque del enemigo en el frente, y tampoco los reconocían con facilidad, ya que portaban escudos romanos. Y, sobre todo, lo que más les perturbaba era la polvareda, pues no podían hacerse siquiera una idea de lo que ocurría. Y, como sucede en las ocasiones de desorden y pánico, consideraron su situación peor de lo que era en realidad y a los emboscados más numerosos. Ni siquiera sabían que los quinientos celtíberos eran quinientos, sino que pensaban que todo su ejército estaba rodeado por la caballería y los desertores. Así que, dando la vuelta, huyeron en desorden; en primer lugar, los del ala derecha, guiados por el propio Terencio en la retirada, y después de éstos, los del ala izquierda, cuyo comandante Servilio fue, sin embargo, en ayuda de Emilio. En torno a ellos estaban la flor y nata de la caballería y la infantería, unos diez mil hombres.

Los generales, y detrás de ellos todos los que tenían ²⁴ caballos, desmontaron y combatieron pie a tierra con la caballería de Aníbal que los había rodeado. Cargaron con furia contra el enemigo y realizaron gestas nume-

rosas y brillantes a causa de su experiencia en la milicia, ayudada por su coraje y desesperación. Sin embargo, morían por todas partes, pues Aníbal cabalgaba a su alrededor y exhortaba y animaba, unas veces, a los suyos para que completasen totalmente la victoria, y otras, les reprochaba y censuraba el que, después de haber vencido al grueso del ejército, no pudieran vencer a los pocos que quedaban. Los romanos, todo el tiempo que estuvieron con vida Emilio y Servilio, resistieron en formación causando y sufriendo muchas heridas, pero una vez que habían muerto sus generales, abriéndose camino con toda valentía por medio de los enemigos, escaparon en varias direcciones. Unos se refugiaron en los dos campamentos en donde precisamente lo habían hecho los que les precedieron en la huida. Éstos fueron en total unos quince mil, a los que puso cerco Aníbal. Otros, unos dos mil, huyeron hacia Cannas y se entregaron a Aníbal. Unos pocos escaparon hacia Canusio¹², y el resto se dispersó en grupos por los bosques¹³.

25 Éste fue el final de la batalla librada en Cannas entre Aníbal y los romanos, la cual empezó después de la hora segunda del día y terminó dos horas antes de la entrada de la noche, y que aún es famosa para los romanos como símbolo de un desastre. Pues en este breve tiempo perecieron cincuenta mil soldados y fueron cogidos prisioneros una gran cantidad. Muchos de los senadores que estaban presentes perdieron la vida y, con ellos, todos los tribunos militares y centuriones y sus dos mejores generales. En cambio, el menos digno,

¹² Canosa.

¹³ Apiano reduce la batalla a cuatro estratagemas de Aníbal, que Polibio no menciona y Livio, tan sólo las dos primeras (cf. DE SANCTIS, III 2, pág. 193, y en general, sobre la batalla de Cannas, *loc. cit.*, págs. 61 y sigs., y sobre todo, Apéndices IV y al cap. VI, págs. 126 y sigs.).

y causante del desastre, nada más comenzar la huida consiguió escapar. Los romanos en sus dos años de lucha con Aníbal en Italia habían perdido ya alrededor de cien mil hombres entre los suyos y los de los aliados.

Aníbal obtuvo esta victoria espléndida y poco frecuente en un sólo día por haber empleado cuatro 26
estratagemas: la fuerza del viento, la desertión fingida de los tráfugas, la huida simulada y las emboscadas en los roquedales. Nada más terminar el combate, se dirigió a inspeccionar a los caídos y, al contemplar a sus mejores compañeros entre los muertos, prorrumpió en lamentos y, llorando, afirmó que no deseaba otra victoria de tal clase. Se dice que Pirro, rey de Epiro, profirió una exclamación similar antes que él, cuando venció, también en Italia, a los romanos con pérdidas semejantes. Aquellos fugitivos que se habían refugiado en el campamento más grande eligieron durante la tarde a Publio Sempronio como general y forzaron el paso a través de los guardias de Aníbal que estaban cansados y somnolientos, y en torno a los diez mil, marcharon hacia Canusio alrededor de la media noche. Sin embargo, los cinco mil soldados refugiados en el campamento pequeño fueron cogidos prisioneros por Aníbal al día siguiente. Terencio, tras reunir al resto de su ejército, trató de fortalecer el abatimiento de su espíritu y, colocando a Escipión, uno de los tribunos militares, como su general, se apresuró hacia Roma.

En la ciudad, al ser comunicado el desastre, los 27
hombres lloraban en las calles a sus familiares llamándolos por sus nombres y se condolían de que hubieran caído tan pronto; las mujeres, de otro lado, suplicaban en los templos, en compañía de sus hijos, que cesaran alguna vez las desgracias para la ciudad, y los magistrados imploraban a los dioses que, si tenían algún motivo de enojo, se dieran por satisfechos con lo ocurrido. El senado envió a Quinto Fabio, que escribió una historia

de estos sucesos, a consultar al oráculo de Delfos acerca de la presente situación; concedió carta de libertad a ocho mil esclavos con el consentimiento de sus dueños, ordenó que todos los ciudadanos se dedicaran a fabricar armas y proyectiles e, incluso, pese al estado de cosas, reclutó algunos aliados. A Claudio Marcelo, que se disponía a navegar rumbo a Sicilia, lo cambiaron de destino para luchar contra Aníbal. Claudio dividió la escuadra con su colega Furio y él, con los esclavos y todos los ciudadanos y aliados que pudo conseguir, que sumaban en total diez mil de a pie y dos mil jinetes, marchó a Teano y se dispuso a espiar cuál sería el próximo paso de Aníbal.

28 Aníbal permitió que los prisioneros de guerra enviaran a Roma unos emisarios para tratar de sus personas, a ver si los ciudadanos estaban dispuestos a rescatarlos mediante dinero. A los tres que resultaron elegidos y a su jefe Gneo Sempronio les hizo jurar que regresarían a su lado. Los familiares de los prisioneros, tras rodear el senado, manifestaron su intención de rescatar, a sus expensas, cada uno a sus propios familiares y suplicaron al senado que dejara el asunto en sus manos. El pueblo se unió a ellos con sus súplicas y lágrimas. Una parte de los senadores no consideraba conveniente, después de tantas calamidades, perjudicar a la ciudad con la pérdida de un número tan elevado de hombres, ni tampoco dar libertad a los esclavos, en tanto que se ignoraba a los libres. Otros, en cambio, pensaban que no había que acostumbrar a los hombres a huir pensando en acogerse a un sentimiento tal de compasión, sino a vencer en la lucha o a morir sabedores de que no era posible al fugitivo hacerse acreedor de lástima por parte de sus familiares. Después de haberse aducido muchos ejemplos en ambos sentidos, el senado acordó no permitir que los prisioneros de guerra fueran rescatados por sus allegados,

siendo de la opinión de que, mientras estaban aún pendientes para ellos muchos peligros, la clemencia en la presente ocasión no reportaría ningún beneficio para el futuro y, en cambio, la severidad, aunque fuera penosa, resultaría útil con vista a acontecimientos venideros y, en el momento presente, anonadaría a Aníbal por su osadía. Por consiguiente, Sempronio y los otros dos prisioneros que le acompañaban regresaron al lado de Aníbal. Este último liberó a algunos prisioneros y a otros les dio muerte llevado por la ira, e hizo un puente con sus cuerpos sobre el que atravesó el río. Y obligó a luchar, en combate individual, a cuantos senadores o personas relevantes por alguna otra razón tenía en sus manos, como un espectáculo para los africanos, a padres contra hijos, hermanos contra hermanos, sin omitir acto alguno de reprobable crueldad.

Después de esto, atacando los territorios de los aliados de Roma, los devastó y puso cerco a Petelia¹⁴. Sus moradores eran escasos, pero hicieron con coraje una salida contra Aníbal y, en compañía de sus mujeres, llevaron a cabo muchos e importantes actos de valor y quemaban continuamente sus máquinas de asedio. Las mujeres, en igual medida, rivalizaron en celo con los hombres. Sin embargo, su número iba siendo reducido en cada asalto y empezaron a sufrir enormemente por el hambre. Aníbal, al darse cuenta, los rodeó con un muro y puso a Annón al frente del cerco. Los de Petelia, cuando se incrementaron sus sufrimientos, arrojaron primero a aquellos de los suyos inútiles para el combate fuera de la muralla, al espacio que había entre el muro y la línea de circunvalación, y contemplaron sin pena cómo eran muertos por Annón, pues pensaban que era la suya una muerte afortunada. Los restantes, cuando les faltó de todo, llevados del mismo criterio

29

¹⁴ Strongoli.

se lanzaron a la carrera contra los enemigos y también en aquella ocasión realizaron muchos y nobles actos de heroísmo, pero, a causa de la falta de alimentos y de la debilidad de sus cuerpos, sin fuerzas ya siquiera para volver, perecieron todos a manos de los cartagineses. Annón se apoderó de la ciudad y aún entonces escaparon unos pocos que tenían fuerzas para correr. Los romanos reagruparon con afán a estos últimos que estaban diseminados, unos ochocientos, y los restablecieron de nuevo después de esta guerra en su propio país, llenos de admiración por su lealtad hacia ellos, y por su valor extraordinario.

30 Como quiera que la caballería celtíbera, que combatía con Aníbal como mercenaria, luchaba con todo éxito, los generales romanos en Iberia pidieron un número igual de jinetes a las ciudades que estaban bajo su mando y los enviaron a Italia como contrapartida de aquéllos. Éstos, cuando acamparon cerca de Aníbal se mezclaron con sus compatriotas e intentaron hacerles cambiar de fidelidad. Muchos, en efecto, cambiaron de parecer y desertaron o huyeron en secreto y ya ni siquiera el resto mereció la confianza de Aníbal, por ser sospechoso a sus ojos y, a su vez, sospechar ellos de él. Así pues, a partir de este momento, Aníbal empezó a tener peor suerte.

31 Hay una ciudad en Daunia, Argiripa¹⁵, cuyo fundador se dice que fue Diomedes el argivo. Un cierto Dasio que se decía era descendiente de Diomedes, hombre de espíritu muy tornadizo e indigno de éste, después de la gran derrota de los romanos en Cannas obligó a su patria a sublevarse contra aquéllos y pasarse al bando cartaginés. Pero ahora, cuando Aníbal sufría, a su vez, reveses, cabalgó en secreto hacia Roma y, una vez introducido en el senado, dijo que podía remediar

¹⁵ Arpi, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Foggia.

su error y traer de nuevo a su ciudad a la alianza con Roma. Los romanos estuvieron a punto de matarlo y lo expulsaron de inmediato de la ciudad. Y él, lleno de temor hacia los romanos y hacia Aníbal, se dedicó a merodear por todo el país. Aníbal quemó vivos a su mujer y a sus hijos. Fabio Máximo se apoderó de Argiripa durante la noche gracias a la traición de otros y, después de dar muerte a todos los cartagineses que encontró, estableció una guarnición en la ciudad.

A Tarento que estaba bajo custodia de una guarnición de Roma, la traicionó Cononeo de la siguiente forma. Cononeo acostumbraba a salir de caza y, como siempre llevaba alguna pieza a Livio, el jefe de la guarnición, llegó a gozar, por ello, de una gran amistad con él. Como el país estaba en guerra, dijo que era necesario salir de caza y llevarse las piezas durante la noche. Por consiguiente, al serle abiertas las puertas durante la noche, llegó a un acuerdo con Aníbal y, tomando soldados, ocultó a unos en una espesura cercana, a otros les ordenó que le acompañasen durante un corto trecho y, a otros, que permanecieran a su lado, ceñidos a ocultas con corazas y espadas, pero equipados como cazadores en su indumentaria exterior. Después de colocar un jabalí sobre unos maderos, llegó durante la noche ante las puertas. Los guardias se las abrieron como era lo habitual y los soldados que lo acompañaban mataron de inmediato a los guardianes, y aquellos que les seguían irrumpieron arduosamente en el interior, casi al unísono con los primeros, recibieron a los que estaban emboscados y abrieron las puertas a Aníbal. Éste penetró en el interior, se hizo dueño al punto del resto de la ciudad y, tras conciliarse a los tarentinos, puso cerco a la ciudadela, que todavía estaba bajo custodia romana.

Así fue cómo Cononeo entregó Tarento mediante traición. Los romanos que estaban en la ciudadela eran

unos cinco mil, y algunos de los tarentinos fueron en su ayuda y el prefecto de la guardia en Metaponto vino con la mitad de sus fuerzas. Tenían abundancia de proyectiles y de máquinas de guerra como para abrigar la esperanza de arrojar a Aníbal con facilidad fuera de las murallas. Pero también contaba Aníbal con material abundante. Así pues, llevando torretas, catapultas y algunos testudos, sacudió el muro, y con garfios cogidos por maromas, arrancó las almenas y dejó desguarnecida la muralla. Los defensores, por su parte, lanzaban piedras contra las máquinas destrozando muchas de ellas, desviaban los garfios envolviéndolos con lazos corredizos y, saliendo de repente a la carrera, provocaban perturbaciones entre los sitiadores y regresaban tras haber matado a muchos. Y un día que notaron que el viento era muy fuerte, algunos de ellos arrojaron sobre las máquinas teas encendidas, estopa y pez, en tanto que otros, haciendo una salida, les prendieron fuego por debajo. Por tanto, Aníbal desesperó de este intento y rodeó a la ciudad con un muro, excepto por el lado que daba al mar, pues por allí no era posible, y dejando el asedio en manos de Annón, se retiró a Yápigia.

- 34 El puerto de Tarento está orientado hacia el norte según se penetra desde el mar a través de un estrecho. Este estrecho estaba cerrado con puentes que se hallaban entonces bajo control romano, por lo que éstos recibían sus provisiones por vía marítima e impedían, a un tiempo, a los tarentinos su aprovisionamiento. Por esta razón, los tarentinos se encontraban faltos de alimentos, hasta que Aníbal, a su regreso, les sugirió hacer otro paso, excavando un camino real que iba a través de la ciudad desde el puerto hasta el mar que daba al sur. Después de hacerlo así, tuvieron provisiones y, con sus trirremes, causaban daño bajo la misma muralla a la guarnición romana que no poseía barcos

y les interceptaban el aprovisionamiento que les llegaba por mar, especialmente cuando no había tempestad. Y a su vez, éstos empezaron a sufrir de escasez. Los turios enviaron de noche trigo en naves de carga y trirremes dándoles escolta, y los tarentinos y los cartagineses aliados suyos, enterados del hecho y por medio de una emboscada, se apoderaron de todas las naves junto con el trigo y las tripulaciones. Los turios enviaron numerosos mensajeros para negociar la liberación de los cautivos, y los tarentinos convencían a los que llegaban para que fueran a Aníbal. Y éste soltó de inmediato a todos los turios que tenía como prisioneros. Ellos forzaron a sus conciudadanos a abrirles las puertas a Aníbal. Por tanto, los turios, mientras procuraban salvar Tarento para los romanos, se encontraron de este modo, sin darse cuenta, bajo el poderío cartaginés. La guarnición romana en la ciudad huyó en secreto hacia Brindisi¹⁶.

Los habitantes de Metaponto, después de que su 35 prefecto hubo marchado a Tarento con la mitad de la guardia, mataron a los pocos que habían quedado y se pasaron a Aníbal. Y también se pasó Heraclea, que está a mitad de camino entre Metaponto y Turios, más bien por miedo que por convicción. Y de nuevo la situación de Aníbal era la más favorable. Al año siguiente, algunos de los lucanios se sublevaron contra los romanos, y el procónsul Sempronio Graco marchó contra ellos y les combatió. Pero Flavio, un cierto lucanio de los que aún permanecían fieles a Roma y que era amigo y huésped de Graco, lo convenció con traición para que fuera a un determinado lugar a fin de pactar con los generales lucanios que, según él, se habían arrepentido, y otorgar y recibir pruebas de fidelidad. Sin sospechar nada le acompañó con treinta jinetes, pero una gran

¹⁶ En el original, Brentesio.

fuerza númida lo rodeó en una emboscada. Entonces, Flavio cabalgó hacia aqu ellos y Graco, al darse cuenta de la traición, salt  de su caballo con sus compañeros y, después de haber llevado a cabo muchos actos de valor, murió con todos, excepto tres, los únicos que pudo apresar Aníbal, quien había puesto mucho empeño en coger vivo al procónsul romano. Aunque éste había sido cogido vergonzosamente en emboscada, Aníbal, lleno de admiración por su último acto de bravura, le hizo un funeral y envió sus huesos a Roma. Después de esto, pasó el verano en Yapigia y recolectó gran cantidad de trigo.

- 36 Decididos los romanos a atacar a los capuanos, Aníbal envió a Ann n con mil infantes y mil jinetes para que penetrara por la noche en Capua. Y éste lo hizo sin conocimiento de los romanos. Éstos, cuando observaron, ya de día, a gran número de hombres sobre las murallas, se dieron cuenta de lo sucedido, se retiraron al punto de la ciudad y empezaron a arrasar las cosechas de los de Capua y de los otros habitantes de la Campania. A los campanios, quejosos por estas pérdidas, les respondió Aníbal que tenía mucho trigo en Yapigia y les ordenó que enviaran por él y lo cogieran cuantas veces lo desearan. Y ellos enviaron, para llevarse fardos de trigo, no sólo a las bestias de carga y a los hombres, sino incluso a las mujeres y a los niños. No tenían miedo del viaje, pues Aníbal se había trasladado desde Yapigia a Campania y estaba acampado junto al río Calor¹⁷, cerca del territorio de los beneventinos, a quienes únicamente temían por ser todavía aliados de Roma. Pero en aquella ocasión, al estar presente Aníbal, despreciaban a todos.

- 37 Pero sucedió que Aníbal marchó hacia Lucania, llamado por Ann n, dejando la mayor parte de su impe-

¹⁷ Tanagro, afluente del Sele (Silaro).

dimenta en el campamento cercano a Benevento con una pequeña guardia, y uno de los dos cónsules romanos al mando de aquella zona —Fulvio Flaco y Apio Claudio—, al percatarse de este hecho, atacó a los campanios cuando transportaban el trigo y mató a muchos, pues no estaban preparados, y dio el trigo a los beneventinos. Se apoderó también del campamento de Aníbal y apresó la impedimenta que había en él, y mientras Aníbal se encontraba todavía entre los lucanios, cavó un foso en torno a Capua y rodeó toda la ciudad de un muro, además del foso. Los dos cónsules construyeron otra fortificación por fuera de la anterior y usaron el espacio de terreno que mediaba entre ambas como campamento. Erigieron también almenas, unas encaradas hacia los capuanos sitiados y otras hacia los que podían atacar desde fuera, y el aspecto era el de una gran ciudad encerrando en su interior a otra más pequeña. El espacio existente entre el muro de circunvalación y Capua era de unos dos estadios aproximadamente y en él tenían lugar cada día numerosas escaramuzas y choques, y gran número de combates singulares como en un teatro amurallado, pues los mejores se exhortaban de continuo unos a otros. Taureas, un capuano, en combate singular con el romano Claudio Aselo retrocedió buscando la huida. Aselo le persiguió hasta las murallas de Capua y, como no pudo hacer volver grupas a su caballo a causa de su fogosidad, se precipitó a través de las puertas enemigas en el interior de Capua en velocísima carrera y, después de atravesar a galope tendido toda la ciudad, salió de nuevo por las puertas opuestas en dirección a los romanos que estaban al otro lado.

Y se salvó así milagrosamente. A su vez, Aníbal, tras haber fallado en la misión para la que fue llamado a Lucania, regresó a Capua por estimar muy importante el no consentir que una ciudad grande y bien situada

cayera bajo el poder de Roma. Efectuó un ataque contra el muro de circunvalación sin resultado positivo y, como no pudo idear la forma en que podría introducir en la ciudad trigo o un ejército, y tampoco ninguno de sus habitantes podía establecer contacto con él, debido a la fortificación que les rodeaba por todas partes, se apresuró hacia Roma con todo el ejército. Pues se había enterado de que también los habitantes de Roma estaban oprimidos por el hambre y esperaba que sus generales regresarían desde Capua o que, al menos, llevarían a cabo alguna acción más importante que la de allí. Después de atravesar con gran celeridad muchos pueblos hostiles, sin que unos pudieran detenerle y otros ni siquiera lo intentaran, acampó junto al río Anio a treinta y dos estadios de Roma.

- 39 La ciudad fue presa de una consternación como nunca antes la tuvo, pues no contaba con fuerzas propias adecuadas —ya que las que tenía se hallaban entonces en Campania— y se había presentado de improviso un ejército tan fuerte y bajo un general invencible por su valor y buena fortuna. Sin embargo, y de acuerdo con la situación presente, los que podían llevar armas custodiaban las puertas, los viejos se subían a las murallas, las mujeres y los niños acarreaban las piedras y los proyectiles, y los que estaban en los campos corrían desde allí al interior de la ciudad. Todo estaba lleno de gritos entremezclados, de lamentos, de súplicas y exhortaciones mutuas. Y hubo algunos que, saliendo en veloz carrera, cortaron el puente sobre el río Anio ¹⁸. Los romanos habían fortificado, en otro tiempo, una pequeña ciudad contra los ecuos a la que llamaron Alba por su metrópolis. Con el transcurso del tiempo, llamaron a

¹⁸ Es la forma latina, la griega es *Aniene*. Sobre la marcha de Aníbal hacia Roma, cf. DE SANCTIS, III 2, Apénd. III al cap. VII, págs. 324 y sigs.

sus habitantes albenses, bien sea por la falta de cuidado en la pronunciación o por corrupción de la lengua o, simplemente, para distinguirlos de los albanos. En esta ocasión, dos mil de estos albenses acudieron con rapidez hacia Roma para participar del peligro y, tan pronto como llegaron, se armaron y montaron guardia en las puertas. Tan grande fue el celo que puso esta pequeña ciudad, la única de entre tantas colonias; igual como también la pequeña ciudad de Platea corrió a participar del riesgo de entonces junto a los atenienses en Maratón.

Apio, uno de los generales romanos, permaneció en Capua en la creencia de que podía tomarla, y Fulvio Flaco, el otro, apresurándose por otros caminos con incesante rapidez, acampó junto a Aníbal con el río Anio por medio. Aníbal, cuando se encontró con el puente roto y con Fulvio acampado en la ribera opuesta, decidió dar un rodeo por las fuentes del río. Fulvio llevó a cabo un movimiento paralelo, pero, incluso así, Aníbal le tendió una trampa; dejó atrás a algunos jinetes númeridos que, al retirarse los ejércitos, atravesaron el río Anio y devastaron el territorio romano hasta que, después de llegar junto a la misma ciudad y provocar el pánico, retornaron al lado de Aníbal, tal como se les había ordenado. Y éste en persona, una vez que sobrepasó, dando un rodeo, las fuentes del río y dado que el camino hasta la ciudad era corto, inspeccionó la ciudad sin ser visto, según se dice, durante la noche, acompañado de tres guardias de escolta, y comprobó la falta de efectivos militares y la confusión reinante, pero se retiró hacia Capua, ya sea merced a la intervención divina, que lo desvió entonces también como en otras ocasiones, ya sea porque tuvo miedo del valor y la fortuna de la ciudad o, según él respondió a los que le instaban a atacar, porque no quería poner fin totalmente a la guerra por miedo a que Cartago le desposeyese de

su mando. La realidad es que, en efecto, el ejército de Fulvio no estaba en condiciones de presentarle batalla. Fulvio le siguió en su retirada, impidiéndole que recogiera forraje y teniendo cuidado de no caer en ninguna emboscada.

41 Aníbal esperó a una noche sin luna y a un emplazamiento en el que Fulvio, a la caída de la tarde, no tuvo tiempo de levantar un muro, sino que, tras cavar una trinchera dejando huecos a intervalos en vez de puertas y amontonando tierra a modo de muralla, se entregó al descanso. Envió en secreto a un cuerpo de caballería hacia una colina con buenas defensas naturales que dominaba el campamento de Fulvio y les dio la orden de permanecer quietos hasta que los romanos se apoderaran de la colina creyéndola desierta. A su vez, hizo subir a los indios en los elefantes y les ordenó irrumpir violentamente a discreción en el campamento de Fulvio a través de los huecos y los montones de tierra. También dispuso que les siguieran a poca distancia un cierto número de soldados tocando trompetas y cuernos, a unos les ordenó que, cuando estuvieran dentro, provocaran un gran tumulto corriendo en todas direcciones para que pareciera que eran muchos, y a otros, que, hablando en latín, gritaran que Fulvio el general romano les ordenaba abandonar el campamento y subir a la colina cercana. Ésta fue la estratagema de Aníbal y, en un primer momento, todo salió de acuerdo con sus planes. Y así, los elefantes penetraron arrollando bajo sus patas a los guardias, los trompeteros realizaron la tarea encomendada y el miedo que sobrevino a los romanos cuando se levantaron de la cama en medio de la oscuridad de la noche resultó terrorífico, y al oír a gentes dando órdenes en latín de refugiarse en la colina, así lo hicieron.

42 Pero Fulvio, que siempre esperaba alguna emboscada y sospechaba esto en todos los actos de Aníbal, en

aquella ocasión, guiado por su propia inteligencia o por inspiración divina o porque sabía todo cabalmente por boca de algún prisionero, apostó de inmediato a sus tribunos militares en las vías de acceso a la colina para detener a los que marchaban por ellas y hacerles ver que no era el general romano, sino Aníbal, quien había dado esa orden para tenderles una emboscada. Colocó junto a los montones de tierra guardias escogidos, para que no tuviera lugar ningún otro ataque desde fuera, y corrió en compañía de otros por todo el campamento diciendo a voces que todo estaba controlado y que los que habían penetrado con los elefantes eran pocos. Encendió antorchas y avivó el fuego en todas partes y el escaso número de los que habían entrado se hizo tan patente, que los romanos se avergonzaron de sí mismos, trocando en ira su miedo anterior, y los mataron con facilidad, pues eran pocos y armados con armas ligeras. De otro lado, los elefantes, sin espacio amplio para la retirada, atrapados entre las tiendas de campaña y los establos, ofrecían un blanco seguro de todos lados a causa de lo angosto del lugar y del tamaño de sus cuerpos. Finalmente, llenos de dolor e irritación e incapaces de alcanzar a los enemigos, arrojaron al suelo a sus conductores, los patearon con furia y barritos salvajes y se precipitaron fuera del campamento. Fulvio Flaco, de este modo, con tranquilidad e inteligencia, cogido en una trampa inesperada, obtuvo un triunfo sobre Aníbal y salvó a su ejército, siempre temeroso de las estratagemas de éste.

Aníbal, después que falló en su intento, marchó a 43
invernarse en Lucania, y allí, este hombre rudo se entregó a una molición no habitual y a los placeres amorosos. A partir de este momento, toda su suerte fue cambiando poco a poco. Fulvio, a su vez, marchó a Capua para reunirse con su colega en el mando y ambos atacaron

duramente a la ciudad, apresurándose a tomarla durante el invierno, mientras Aníbal permanecía inactivo. Los capuanos, al faltarles los alimentos y no poder obtenerlos en ninguna otra parte, se entregaron a los generales romanos en compañía de la guarnición cartaginesa y de sus dos comandantes, otro Annón y Bostar. Los romanos establecieron una guarnición en la ciudad y a todos los desertores que encontraron les cortaron las manos. Enviaron a los cartagineses nobles a Roma y al resto los vendieron como esclavos. De los capuanos, dieron muerte a los responsables máximos de la defección, pero a los demás sólo los despojaron de su tierra. Todo el territorio en torno a Capua es muy fértil en trigo, pues se trata de tierras llanas. Y así, una vez más, Capua fue devuelta a los romanos y los cartagineses se vieron despojados de esta posesión privilegiada en Italia.

44 En Brucios, que es una parte de Italia, había un hombre de la ciudad de Tisia —defendida por una guarnición cartaginesa— que tenía por costumbre andar siempre de pillaje y compartir el botín con el comandante del puesto y, gracias a ello, gozaba de gran familiaridad con él en todo y casi compartía el mando. Le apenaban las vejaciones cometidas por la guarnición contra su país, por lo que, de acuerdo con el general romano y tras dar y recibir garantías, iba introduciendo cada día en la fortaleza a unos cuantos soldados como prisioneros y se llevaba sus armas como despojos. Cuando fueron suficientes los liberó, les dio armas y destruyó la guarnición cartaginesa colocando en su lugar otra romana. Pero, como Aníbal pasó por las cercanías no mucho después, los guardianes, presos de temor, huyeron a Regio y los habitantes de Tisia se entregaron a Aníbal. Éste quemó a los culpables de la rebelión y colocó una nueva guarnición en la ciudad.

En Salapia¹⁹, una ciudad de Yápigia, vasalla de los 45
cartagineses, había dos hombres que destacaban del
resto por su alcurnia, dinero y poder, pero que fueron
enemigos durante mucho tiempo. Uno de ellos, Dasio,
era partidario de los cartagineses y el otro, Blacio, lo
era de los romanos. Mientras la situación de Aníbal
fue pujante, Blacio se mantuvo tranquilo. Pero, una vez
que los romanos recobraron fuerzas y volvieron a asu-
mir la mayor parte de su supremacía perdida, Blacio
trató de convencer a su rival de que se aliara con él
únicamente por defender a su país, no fuera a ser que
si los romanos lo tomaban por la fuerza, le ocurriera
un daño irreparable. Dasio, fingiendo estar de acuerdo
con él, se lo comunicó a Aníbal. Y éste hizo de juez
entre ellos, actuando Dasio como acusador, en tanto
que Blacio se defendía y alegaba que había sido acusa-
do falsamente debido a la enemistad existente entre
ambos. Y fue por haber previsto Blacio esto precisa-
mente durante largo tiempo por lo que se atrevió a
hacer semejante propuesta a un enemigo, en la certeza
de que, debido a su enemistad personal, sería un acusa-
dor poco digno de crédito. Aníbal pensó que no era
oportuno ni zanjar definitivamente el asunto ni tampoco
dar crédito sin más a una acusación que provenía de
un enemigo, así que los despidió diciéndoles que re-
flexionaría consigo mismo. Al salir por un pasaje muy
estrecho, Blacio dijo a Dasio sin que lo oyeran los
demás: «¿No salvarás a tu patria, mi buen amigo?». Y
éste al punto repitió estas palabras en voz alta.

Y Blacio, entonces, dijo con tono muy quejumbroso 46
y de manera convincente que era objeto de las maquina-
ciones de un enemigo sagaz. «Esta intriga de ahora

¹⁹ Hoy Salpi. Una vez más encontramos una anécdota, amplificada al gusto de Apiano o de su fuente, para explicar, en este caso, la entrega a traición de Salapia a los romanos.

—dijo— me pondrá a salvo de cualquier sospecha anterior. Pues ¿quién se hubiera atrevido antes a hacer confidencias sobre tales asuntos a un enemigo o, aunque hubiera sido tan insensato durante mucho tiempo, se atrevería a hablar ahora otra vez de estos asuntos a alguien que ha demostrado ser un traidor y un acusador en aquellas cosas, cuando aún corre peligro y está siendo juzgado y niega los cargos que se le imputan y, sobre todo, ante el mismo tribunal donde le pueden escuchar muchas personas y el propio acusador presto a repetir sus mismas palabras? Pero incluso en el caso de que hubiera sido de repente un hombre bien dispuesto y amigo, ¿cómo hubiera ya podido ayudarme a salvar a la patria?, y ¿cómo hubiera yo pedido ayuda a quien en nada me podía ayudar?». Blacio interpeló de nuevo a Dasio, pienso yo, por haber previsto todas esas cosas y lo hizo caer en mayor descrédito e, incluso, con tono persuasivo logró que Aníbal desconfiara de sus anteriores acusaciones. Sin embargo, ni aun absuelto del juicio, desistió Blacio de intentar convencer a su enemigo a cambiar de bando, pues, como era natural, lo despreciaba ahora como a alguien indigno, en todo, de crédito. Y éste, de nuevo, fingió estar de acuerdo con él y pretendió conocer el plan de la defección. Pero Blacio, sin dudarlo, dijo: «Cabalgaré hacia uno de los campamentos romanos —indicando el que se hallaba más distante— y traeré un contingente de tropas, pues su comandante en jefe es mi amigo. Tú aguárdame aquí y mantén bajo atenta vigilancia todo».

47 Después de decir esto, cabalgó de inmediato, sin que Dasio lo supiera, no hacia el campamento mencionado, sino hacia Roma, un viaje más corto. Y habiendo entregado su hijo como rehén al senado, solicitó un millar de jinetes con los que se apresuró a volver a toda prisa previendo cuál habría de ser el desenlace. Dasio, al no ver a su enemigo durante los días siguientes supuso

que estaba ocupado en lo que habían acordado, en la idea de que por fin confiaba en él. Y creyendo, por tanto, que él había marchado en realidad al campamento más lejano, cabalgó junto a Aníbal, en la confianza absoluta de que estaría de vuelta antes de que Blacio regresara. «Ahora —le dijo a Aníbal— te entregaré a Blacio cuando traiga ante tus ojos un ejército contra la ciudad.» Cuando hubo expuesto el asunto y recibió una fuerza militar, regresó a toda prisa a la ciudad, sin imaginar siquiera que Blacio estuviese cerca. Pero éste se encontraba ya dentro desde hacía poco tiempo y, después de haber dado muerte a la guarnición cartaginesa, poco numerosa, cuidó de que nadie saliera y cerró todas las puertas, exceptuando aquellas por donde suponía que regresaría Dasio. Nada había por aquella parte que pudiera levantar sospechas, pero en el interior se habían cavado fosos e interceptado el paso para que los que penetraran no pudieran abrirse camino a través de toda la ciudad. Dasio, cuando vio las puertas abiertas, se alegró creyendo que se había anticipado a su enemigo y penetró lleno de regocijo. Y Blacio, cerrando las puertas tras su paso, le dio muerte junto con los que habían penetrado, copados en un lugar estrecho y sin vía de escape a causa de los fosos. No obstante, unos pocos escaparon trepando por las murallas.

De este modo, Blacio logró vencer a Dasio a la ter- 48
cera vez que le tendió una contraemboscada. Entretanto el cónsul romano Fulvio tenía bajo asedio a Herdonia²⁰. Aníbal se le aproximó más tarde sin que lo viera y ordenó no encender fuego y guardar silencio. Y así, al romper el alba, muy brumosa por cierto, envió a la caballería, para que atacase al campamento romano.

²⁰ Hoy Ordonna. Sobre esta batalla de Herdonia, cf. DE SANCTIS, III 2, págs. 445-446, n. 28.

Éstos se defendieron desordenadamente, como era lógico en quienes acababan de levantarse, pero con bravura, pues pensaban que les había atacado una tropa pequeña procedente de alguna parte. Aníbal, por su parte, rodeó a la ciudad por el otro lado con la infantería, con la idea de efectuar un reconocimiento e infundir esperanzas a los del interior, hasta que se encontró con los romanos al contornear la ciudad, bien porque estaba previsto o por casualidad, y los envolvió. Los romanos, atacados por los dos lados, cayeron ya en masa, en medio de la confusión. Perecieron unos ocho mil y el propio cónsul Fulvio. El resto trepó a un montículo situado delante del campamento y, después de defenderse con valor, lo mantuvieron a salvo e impidieron que Aníbal se apoderase del campamento.

49 Después de esto, los romanos asolaron el territorio de los yapigios que se habían sublevado, y Aníbal, el de los campanios que se habían pasado a los romanos a excepción de Atela²¹. A sus habitantes los asentó en el territorio de los turios, para que no sufrieran a causa de la guerra que llevaba a cabo entre los brucios, lucanios y yapigios. Los romanos establecieron en Atela a los desterrados de Nuceria²² y, tras invadir el territorio sometido aún a Aníbal, se apoderaron de Aulonia y llevaron a cabo incursiones por el país de los brucios. Asediaron también Tarento, que estaba bajo la custodia de Cartalón, por mar y por tierra. Cartalón, como contaba con pocas tropas cartaginesas en aquel momento, tomó a su servicio a gente de los brucios. El capitán de estos últimos estaba enamorado de una mujer cuyo

²¹ En su lugar hoy se encuentra la ciudad de Aversa. Esta ciudad de Atela, antigua patria de los oscos, en la Campania, entre Nápoles y Cápua, fue célebre por haber dado origen a las primeras representaciones de las piezas cómicas llamadas fábulas atelanas (parecidas a nuestros sainetes).

²² Ciudad de Campania.

hermano militaba bajo los romanos y éste consiguió, por medio de su hermana, que aquel se rindiera a los romanos, los cuales llevaron máquinas de asalto hacia aquella parte de la muralla que tenía bajo su custodia. De este modo, los romanos se apoderaron de Tarento, lugar excelentemente situado para la guerra, tanto por tierra como por mar.

Aníbal se enteró de su captura cuando se apresuraba a llegar a ella e, irritado, se desvió hacia Turios y, desde allí, a Venusia²³. Allí, Claudio Marcelo, el conquistador de Sicilia, que era cónsul entonces por quinta vez, y Tito Crispino, acamparon frente a él, pero no se atrevieron a ofrecer batalla. Sin embargo, Marcelo, al ver a un destacamento de númidas que llevaba botín y pensando que eran pocos, los atacó confiadamente con trescientos jinetes. Él iba en primer lugar, pues era hombre valiente para el combate y despreciaba el peligro siempre. De repente, surgieron gran cantidad de africanos que lo atacaron desde todos los lados. Los romanos que estaban en retaguardia fueron los primeros en huir, pero Marcelo, creyendo que aún lo seguían, combatió con bravura, hasta que murió atravesado por un dardo. Aníbal, deteniéndose junto a su cuerpo sin vida, cuando vio todas las heridas recibidas en el pecho, le alabó como soldado, pero se burló de él como general. Después de quitarle el anillo, incineró su cuerpo con todos los honores y envió los huesos a su hijo en el campamento romano.

Enojado con los salapios, selló de inmediato una carta con el sello de Marcelo antes de que muchos se enteraran de su muerte, y ordenó que la llevara un desertor romano, diciendo que el ejército de Marcelo iba detrás y que Marcelo ordenaba que se le recibiera. Sin embargo, poco antes había llegado una misiva de

²³ Ciudad de Apulia, patria de Horacio, llamada hoy Venosa.

Crispino informando a todas las ciudades de que Aníbal se había apoderado del sello de Marcelo. Por tanto, enviaron de regreso al mensajero para que no supiese lo ocurrido si se quedaba, prometiéndole cumplir lo ordenado. Después, se armaron y aguardaron apostados en la muralla la emboscada. Al aproximarse Aníbal con los númidas, a quienes había provisto de armas romanas, abatieron la puerta por medio del rastrillo, como alegrándose de la llegada de Marcelo, y acogieron en el interior a cuantos pensaban que podrían vencer con facilidad. Al punto, levaron de nuevo la puerta con el rastrillo, mataron a los que habían penetrado y asae-tearon, desde las almenas, a los que aún permanecían de pie en el exterior alrededor de las murallas, llenándolos de heridas. Aníbal se retiró, por tanto, después de haber fracasado en este segundo intento contra la ciudad.

- 52 Entretanto, Asdrúbal, el hermano de Aníbal, marchó a Italia con el ejército que había reclutado entre los celtíberos. Acogido en son de amistad por los galos, cruzó los Alpes en dos meses, siguiendo la ruta realizada antes por Aníbal, mientras que aquél había tardado seis. Invadió Etruria con cuarenta y ocho mil soldados de infantería, ocho mil jinetes y quince elefantes. Y envió cartas a su hermano anunciándole su llegada. Estas cartas fueron interceptadas por los romanos, y los cónsules Salinátor y Nerón, enterados por ellas del número de sus fuerzas, marcharon contra él con todos sus efectivos unidos y acamparon en frente suya en los alrededores de Sena²⁴. Sin embargo, Asdrúbal se retiró, porque no deseaba luchar sino reunirse a toda prisa con su hermano. Después de levantar el campa-

²⁴ Ciudad de Umbria, hoy llamada Siena. Sobre la marcha de Asdrúbal a Italia y la batalla del Metauro, cf. DE SANCTIS, 2, Apénd. I al cap. IX, págs. 547-553.

mento durante la noche, avanzó por una zona pantanosa y llena de charcas y a lo largo de un río invadable. Finalmente, al amanecer, los romanos los atacaron cuando estaban dispersos y agotados por la falta de sueño y el esfuerzo; mientras se reagrupaban y se ponían en formación, mataron a la mayoría junto con sus oficiales, e incluso al propio Asdrúbal, y cogieron a muchos prisioneros. De este modo, libraron a Italia de un miedo terrible, pues Aníbal habría resultado invencible si hubiera llegado a recibir como refuerzo este ejército.

Me parece que la divinidad otorgó esta victoria a los romanos como compensación por el desastre de Cannas, pues ocurrió no mucho después de aquélla y de forma similar. En ambos casos, los comandantes en jefe perdieron sus vidas y un número muy semejante de tropas. En ambas ocasiones, se hizo un gran número de prisioneros y el vencedor se apoderó del campamento enemigo y de gran cantidad de material de guerra. De este modo, Roma gozó alternativamente de éxitos y fracasos. De los celtíberos que lograron huir del desastre, unos se dirigieron hacia su patria, y otros, al lado de Aníbal. 53

Éste, deprimido por la súbita pérdida de su hermano y un ejército tan numeroso a causa del desconocimiento del lugar, y despojado de todo lo que había conseguido antes en catorce años de trabajos infatigables desde que combatía a los romanos en Italia, se retiró al territorio de los brucios, el único pueblo que permanecía sometido a él. Aquí permaneció tranquilo, mientras esperaba la llegada de nuevas tropas de refuerzo procedentes de Cartago. Ellos le enviaron cien navíos de carga con trigo, soldados y dinero, pero, como no tenían remeros, el viento los desvió hasta Cerdeña. El pretor de allí los atacó con sus barcos de guerra, hundió a veinte y se apoderó de sesenta, el resto huyó 54

hacia Cartago. Aníbal, por consiguiente, se encontró en una situación más apurada todavía y sin esperanzas de recibir ninguna ayuda de Cartago. Ni siquiera Magón, que estaba reclutando mercenarios en la Galia y Liguria, le envió ayuda alguna, sino que esperó a ver qué giro tomaban los acontecimientos. Percatándose de que no iba a poder permanecer allí por mucho tiempo, empezó a despreciar a los brucios como gentes que pronto le serían extraños, les impuso numerosas cargas y, a sus ciudades más poderosas, las trasladó a la llanura so pretexto de que querían sublevarse, y culpando a muchos de ellos, los mató para despojarlos de sus propiedades.

- 55 Tal era la situación. En Roma accedieron al consulado Licinio Craso y Publio Escipión, el conquistador de Iberia. Craso acampó frente a Aníbal en las cercanías de Yapigia, en tanto que Escipión advertía al pueblo que nunca se verían libres del agobio cartaginés y de Aníbal en Italia, a no ser que un ejército romano pasara a África y llevara el peligro a su patria. Tras insistir con mucha obstinación y convencer a los que estaban indecisos, fue elegido él mismo como general para África y se hizo a la mar de inmediato hacia Sicilia. Allí reunió y adiestró a un ejército e hizo una incursión contra los locrios de Italia, que estaban bajo la vigilancia de Aníbal. Y después de pasar a cuchillo a la guarnición, puso la ciudad bajo el mando de Pleminio y él navegó hacia África. Pleminio cometió toda clase de ultrajes, vejaciones y crueldades contra los locrios y acabó por expoliar el templo de Prosérpina²⁵. Los romanos lo ajusticiaron en la cárcel a él y a sus compañeros de fechorías y entregaron sus haciendas a

²⁵ En Roma, Prosérpina es la diosa de los infiernos. Desde muy pronto fue asimilada a la Perséfone griega, y parece que debe a esta asimilación su carácter infernal. En su origen fue, sin duda, una divinidad agraria.

los locríos para que las llevasen al tesoro de la diosa. Todo el resto del saqueo que pudieron encontrar lo devolvieron a la diosa, y lo demás lo pusieron del tesoro público.

Durante este mismo tiempo, Craso rescató de manos ⁵⁶ de Aníbal Consentia²⁶, una importante ciudad de los brucios, y a otras seis más. Como tuvieran lugar en Roma ciertos prodigios desastrosos enviados por Júpiter, los decenviros encargados de consultar los libros sibilinos dijeron que por aquellos días caería algo del cielo en Pessino²⁷, en Frigia, donde los frigios veneran a la madre de los dioses, y que era necesario que fuera llevado a Roma. Poco después se anunció que había caído, y la estatua de la diosa fue llevada a Roma. Y el día en que fue transportada lo tienen consagrado, incluso ahora, a la madre de los dioses. Se cuenta que la nave que la llevaba encalló en unos bajos del río Tíber y no podía ser puesta a flote de ningún modo, hasta que los adivinos proclamaron que sólo proseguiría en caso de ser arrastrada por una mujer que no hubiera cometido adulterio. Claudia Quintia, que estaba bajo la acusación de adulterio, pero pendiente de juicio —y era muy sospechosa de ello por su vida libertina—, invocaba reiteradas veces a los dioses como testigos de su inocencia y se ató con su ceñidor al barco. Y la diosa la siguió. Por tanto, Claudia trocó su pésima reputación por una fama excelente. Pero antes de este asunto de Claudia, los libros sibilinos habían aconsejado a los romanos que hicieran traer la estatua de la diosa a manos de su mejor hombre. Y enviaron a Escipión Nasica que fue juzgado el mejor entonces, el cual era hijo de Gneo Escipión, general de Iberia que había muerto allí, y

²⁶ Hoy Cosenza en la Calabria.

²⁷ Pesinonte (?), ciudad de la Galacia, célebre por su templo a la diosa Cibeles.

primo de Escipión, el primero en ser llamado Africano, que fue el que privó a los cartagineses de su supremacía. De este modo, llegó la diosa a Roma a manos de sus hombres y mujeres más excelentes ²⁸.

57 Cuando los cartagineses iban siendo derrotados sucesivamente en África por Escipión, aquellos de los brucios que se enteraron de ello se sublevaron contra Aníbal y algunos mataron a sus guarniciones, en tanto que otros las expulsaron. Quienes no pudieron realizar ninguna de estas cosas enviaron mensajeros en secreto al senado, haciendo ver la necesidad bajo la que habían actuado y su buena voluntad. Aníbal llegó con su ejército a Petelia, que ahora no estaba ocupada por los petelios, pues Aníbal los había expulsado y había entregado la ciudad a los brucios. Los acusó de haber enviado mensajeros a Roma y, como ellos lo negaran, fingió creerlos. Pero «para que no hubiera siquiera lugar a la sospecha», como dijo, entregó a sus ciudadanos más notables a los númidas para vigilarlos a cada uno por separado, quitó las armas al pueblo y se las dio a los esclavos y colocó a éstos como guardianes de la ciudad. Luego, visitó otras ciudades e hizo lo mismo. En el caso de los turios eligió a tres mil ciudadanos especialmente amigos de los cartagineses y a quinientos procedentes del campo, y las posesiones de los demás se las dio como botín a su ejército. Después de establecer una guarnición fuerte en la ciudad, asentó a éstos en Crotona, una ciudad que consideraba bien situada para sus planes y a la que había convertido en almacén y base de operaciones contra las demás ciudades.

58 Cuando los cartagineses lo mandaron llamar con toda urgencia para socorrer a su patria amenazada por Escipión y le enviaron a su almirante Asdrúbal a fin de que no se demorase, se irritó por la conducta malinten-

²⁸ Otra anécdota de Apiano.

cionada e ingrata de los cartagineses hacia sus generales, de la que tenía una larga experiencia. Tuvo miedo también de ser acusado de haber sido el primero en promover una guerra tan grande al invadir Iberia, no obstante, por imperativo de las circunstancias, se decidió a obedecer y construyó muchas naves para lo que Italia le proporcionó abundante madera. Despreciando como pueblos extraños a las ciudades que aún le estaban sometidas, decidió saquearlas a todas y, enriqueciendo al ejército, regresar a salvo de las acusaciones en Cartago. Sin embargo, por vergüenza de quebrantar él en persona los lazos de amistad, envió al almirante Asdrúbal bajo el pretexto de inspeccionar las guarniciones. Éste, cuando entraba en cada ciudad, ordenaba a sus habitantes que tomaran cuantas cosas pudieran llevar consigo y a sus esclavos, y el resto lo saqueaba. Algunos, al enterarse de esto, atacaron las guarniciones antes de que llegara Aníbal, y hubo sitios en donde triunfaron las ciudades y otros en los que se impusieron las guarniciones. Hubo toda suerte de crímenes, violaciones de mujeres, raptos de doncellas, y todo cuanto es usual en la toma de las ciudades.

Aníbal, conocedor del buen adiestramiento de aquellos italianos que servían bajos sus órdenes, intentó convencerlos de que le siguieran a África con muchas promesas. Algunos de ellos se resolvieron a seguirle, temerosos de los crímenes cometidos contra sus respectivos lugares de origen, expatriándose voluntariamente, pero otros que estaban libres de culpa dudaban. Por consiguiente, reunió a los que habían decidido quedarse, como si fuera a decirles algo o a recompensarlos por sus servicios o para darles algún encargo con respecto al futuro, y los rodeó de improviso con su ejército. A continuación, ordenó a sus propios soldados elegir de entre ellos a los que quisieran como esclavos. Y una vez que algunos lo habían hecho, en

tanto que a otros les dio vergüenza de reducir a la esclavitud a gente que habían sido sus camaradas en tantas ocasiones, a todos los demás los asaeteó para que unos hombres de tal valía no fueran jamás de provecho a los romanos. Dio muerte también, junto con ellos, a cuatro mil caballos y a un gran número de animales de tiro que no podía llevar a África.

60 Después de esto, embarcó todo su ejército en las naves y esperó el viento, habiendo dejado algunas fuerzas en tierra como guarniciones. Los de Petelia y otros italianos las atacaron, mataron a algunos de ellos y se retiraron de nuevo. Y Aníbal retornó a África, después de haber devastado cruelmente durante dieciséis años Italia, de haber infligido innumerables daños a sus habitantes y haberlos llevado a una situación extrema en muchas ocasiones y tratar como enemigos a sus vasallos y aliados. Y es que él se había servido de ellos durante mucho tiempo, más por necesidad que por buena voluntad, y ahora que ya no podía beneficiarse de ellos los despreciaba como a enemigos.

61 Al partir Aníbal de Italia, el senado perdonó a todos aquellos pueblos de Italia que habían tomado partido por él y decretó una amnistía general, excepto para los brucios, quienes habían permanecido hasta el final leales por completo a él. Les despojaron de su país y de las armas que no les había quitado ya Aníbal. En el futuro se les prohibió enrolarse en el ejército, por considerarlos personas no libres, y fueron requeridos como sirvientes para acompañar a los cónsules y pretores cuando partían para gobernar sus provincias en el desempeño de misiones oficiales. Éste fue el final de la invasión de Italia por Aníbal.

INDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre Africa*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates*.

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

- | | |
|--|--|
| Abido (ciudad de la Tróade),
<i>Sir.</i> 21; 23; 28; <i>Mi.</i> 56. | Acarmania (región de Grecia),
<i>Mac.</i> XI, 4; <i>Sir.</i> 16; <i>Mi.</i> 95. |
| aborígenes (primitivos habitantes de Italia), <i>R.</i> I, 1; I A. | Acaya (región de Grecia), <i>Mi.</i> 96. |
| Abrúpolis (amigo de los romanos), <i>Mac.</i> XI, 2; 6. | Acaya (ciudad de Siria), <i>Sir.</i> 57; (ciudad de Partia), <i>Sir.</i> 57. |
| Academia (bosque de la —, en el Ática, Grecia), <i>Mi.</i> 30. | Accio (promontorio del terri- |

- torio de Anactoria en la Acarnania), *Si.* VI, 1.
- Acilio Glabrio, Manio (general romano contra Antíoco), *Sir.* 17; 18; 19; 21; 23.
- Acio (líder de los volscos), *It.* V, 5.
- Acola (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- Acrópolis (ciudadela de Atenas), *Mi.* 38; 39.
- Adana (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Adramitio (los habitantes de —, en Asia), *Mi.* 23.
- Adriano (emperador de Roma), *Ib.* 38; *Sir.* 50.
- Adriático (o mar Jonio, confusión en Apiano), *P.* 14; *Il.* 1; 3; 7; 8; 12; *Sir.* 15; 16; 63; *Mi.* 95; 112.
- Africa, *P.* 4; 9; 12; *Si.* I; II, 3; *Ib.* 4; 9; 14; 18; 19; 29; 37; 56; 57; 67; 89; *An.* 55; 57; 59; 60; *Af.* 1; 2; 3; 4; 6; 7; 9; 10; 13; 17; 27; 42; 48; 49; 51; 54; 57; 60; 62; 63; 65; 67; 73; 74; 75; 76; 83; 88; 89; 94; 100; 111; 112; 120; 126; 135; 136; *Nu.* II; *Mac.* I; *Il.* 4; *Sir.* 31; *Mi.* 16; 95; 121.
- africanos (habitantes de Africa, en general no cartagineses), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 12; 14; 16; 17; 19; 20; 27; *An.* 4; 5; 22; 28; 50; *Af.* 1; 5; 9; 14; 15; 21; 36; 40; 44; 68; 71; 101; 103; 126.
- Agamenón (en mitología, rey de Argos y Micenas), *Mi.* 53.
- agaros (una tribu escita), *Mi.* 88.
- Agatocles (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Agatocles (tirano de Sicilia), *Sa.* XI, 1; *Af.* 14; 110.
- agema (cuerpo de caballería macedónico), *Sir.* 32.
- agrianes (tribu de Iliria), *Il.* 14.
- Agripa (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Agripa (general de Augusto), *Il.* 20.
- Agrón (rey de una parte de Iliria), *Il.* 7.
- Agropas (en mitología, rey de Alba), *R.* I A.
- Alba (ciudad del Lacio), *R.* I, 2; I A; *An.* 39; *Af.* 89.
- Alba (colonia romana entre los equos), *An.* 39.
- albanios (habitantes de la primitiva Alba), *An.* 39.
- Albanos (montes al noroeste de Roma), *R.* I A; *Sa.* I, 2.
- albanos (tribu del Cáucaso, en Asia), *Mi.* 103; 114; 116.
- albenses (habitantes de la colonia romana de Alba), *An.* 39.
- Alcetas (prefecto de Caria), *Sir.* 52.
- Alejandrécata (ciudad de Escitia), *Sir.* 57.
- Alejandría (ciudad de Egipto), *P.* 15; *Sir.* 51; 66; *Mi.* 33.

- Alejandría (junto al Granico, en Asia), *Sir.* 29.
- alejandrinos (habitantes de Alejandría), *Sir.* 51.
- Alejandro (proedro de los etolios), *Mac.* IX, 1; 2.
- Alejandro (de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo del anterior), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Alejandro (hijo de Alejandro Balas), *Sir.* 68.
- Alejandro (hijo de Alejandro, rey de Egipto), *Mi.* 23.
- Alejandro (enviado de Mitrídates para asesinar a Nicomedes), *Mi.* 57.
- Alejandro (el paflagonio, lugarteniente de Mitrídates), *Mi.* 76; 77.
- Alejandro Balas (bastardo del linaje seleúcida), *Sir.* 67; 68; 70.
- Alejandro Magno (rey de Macedonia), *P.* 8; 9; 10; *Il.* 3; 14; *Sir.* 1; 10; 19; 32; 52; 54; 55; 56; 57; 61; 63; 64; 70; *Mi.* 8; 19; 20; 83; 89; 117.
- Alejandrópolis (ciudad de la India), *Sir.* 57.
- alóbrogos (tribu gala), *Ga.* I, 4; XII.
- Alpes (cordillera de Europa), *Ga.* II; XIII; *Ib.* 13; 14; *An.* 4; 6; 8; 52; *Il.* 1; 4; 10; 15; 16; 17; *Sir.* 10; 13; *Mi.* 102; 117.
- Amastris (ciudad del Ponto), *Mi.* 11; 12; 82.
- Amazonas (en mitología, pueblo de mujeres guerreras), *Mi.* 78; 83; 103; (país de las —, en el Ponto), *Mi.* 69.
- Ambón (líder de los arevacos), *Ib.* 46.
- Ambracia (ciudad de Tesprocia), *Mac.* III, 1; *Sir.* 17.
- Amigos (caballería de los —, cuerpo de jinetes de Alejandro), *Sir.* 32; 57.
- Amílcar (almirante cartaginés), *Af.* 24.
- Amílcar Barca (general cartaginés), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 6; 8; 24; 28; *An.* 2; 3.
- Amílcar «el Samnita» (jefe de la facción democrática de Cartago), *Af.* 68; 70.
- Aminandro (rey de los atamanes), *Mac.* III, 1; VIII; *Sir.* 13; 14; 17.
- Amintas (padre de Filipo, rey de Macedonia), *P.* 8; 10.
- Amisos (ciudad del Ponto), *Mi.* 8; 78; 83; 120.
- ammonios (pueblo de África), *P.* 1.
- Anneo (río de Paflagonia), *Mi.* 18.
- Amulio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Anagnia (ciudad de Italia), *Sa.* X, 3.
- Anco Hostilio (error de Apiano por Tulio, rey de Roma), *R.* II; *Af.* 112.

- Anco Marcio (rey de Roma), *R.* II.
- Anda (ciudad de África), *Af.* 24.
- Andriscos el Pseudofilipo (aspirante al trono de Macedonia), *Af.* 135.
- Androcoto (rey de un pueblo del Indo), *Sir.* 55.
- Andronico (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Andronico (embajador de Atalo, hermano de Eúmenes), *Mi.* 4; 5.
- Anfípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Aníbal (el paso de —), *An.* 4.
- Aníbal Barca (general cartaginés), *Ib.* 6; 8; 9; 10; 11; 12; 13; 14; 15; 17; 18; 28; 56; 75; *An.* 1-22; 24-26; 28-38; 40-61; *Af.* 2; 6; 7; 9; 15; 23; 31; 33; 35-49; 54-56; 58-59; 63; *Mac.* I; *Sir.* 4; 7-11; 13-15; 17; 22; 28; *Mi.* 109.
- Aníbal «el Estornino» (jefe de la facción cartaginesa pro Masinissa), *Af.* 68.
- Anicio (general romano), *Il.* 9.
- Anio (río del Lacio), *An.* 38-40.
- Annón el Grande (general cartaginés), *Ib.* 4-5; *Af.* 34; 49; 50; 68.
- Annón (sobrino de Aníbal), *An.* 20; 29-30; 36-37.
- Annón (otro general cartaginés), *Ib.* 31.
- Annón (comandante de la guarnición cartaginesa en Capua), *An.* 43.
- Annón (comandante en jefe de la caballería de Asdrúbal), *Af.* 14.
- Annón (hijo de Bomílcar), *Af.* 24; 29-31.
- Annón «el Blanco» (un cartaginés), *Af.* 108.
- Anquises (en mitología, padre de Eneas), *R.* I, 1.
- Antícrago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Antígono (sátrapa de Frigia, Licia y Panfilia), *Sir.* 53-55; *Mi.* 9.
- Antíoco el Asiático (hijo de Antíoco el Piadoso), *Sir.* 49; 70; *Mi.* 106.
- Antíoco de Comagene, *Mi.* 106; 114; 117.
- Antíoco Ciziceno (hijo de Antíoco, el hermano de Demetrio Nicátor y de Cleopatra), *Sir.* 68; 69.
- Antíoco Epífanes (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 39; 45-47; 66.
- Antíoco Eupátor (hijo de Antíoco Epífanes), *Sir.* 46; 66.
- Antíoco Gripo (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Antíoco el Grande (hijo de Seleuco II), *Af.* 134; *Mac.* IV; IX, 5; 6; XI, 4; 8; *Sir.* 1-9; 11-13; 15-25; 27-34; 36-39; 42-46; 66; *Mi.* 23; 62.
- Antíoco (otro hijo del ante-

- rior), *Sir.* 4; (el hijo más joven), *Sir.* 39.
- Antíoco el Piadoso (hijo de Antíoco Ciziceno), *Sir.* 48; 69; *Mi.* 105; 106.
- Antíoco Sidetes (hijo de Demetrio Soter y hermano de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Antíoco Soter (hijo de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60; 63; 65.
- Antíoco Teos (hijo de Antíoco Soter y abuelo de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 65-66.
- Antioquía (nombre de 16 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la que se hallaba al pie del monte Líbano), *Sir.* 57.
- Antióquide (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Antípatro (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52-53; *Mi.* 8.
- Antonio, Gayo (hermano de Marco Antonio, el triunviro), *Il.* 12.
- Antonio, Marco (el triunviro), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Il.* 13; 16; 17; 19; 28; *Mi.* 121.
- Antonio, Marco (Crético, padre del anterior), *Si.* VI, 1-2.
- Apama (hija de Alejandro de Megalópolis), *Sir.* 13.
- Apamea (otro nombre dado a la ciudad de Celenas, en Frigia), *Sir.* 36; 39.
- Apamea (nombre de 3 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la de Siria), *Sir.* 57.
- Apamea (ciudad de Bitinia), *Mi.* 19; 77.
- Apeninos (montes de Italia), *An.* 8.
- Apiano (historiador griego), *P.* 15.
- Apio (véase Claudio Pulcher, Apio).
- Apión (rey de Cirene), *Mi.* 121.
- Apolo (en mitología, dios griego y romano), *Il.* 4; (estatua de —), *Il.* 30; *Sir.* 12.
- Apolo (promontorio de —, lugar de África), *Af.* 34.
- Apolo (santuario de —, en Cartago), *Af.* 127; 133.
- Apolonia (ciudad griega de los misios de Europa); *Il.* 30; 57.
- Apolonia (ciudad de Iliria), *Il.* 8; *Sir.* 17.
- Apsar (amigo de Yugurta), *Nu.* V.
- Apsaro (río de Armenia), *Mi.* 101.
- Apuleyo (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Apustio, Lucio, *Mac.* IV.
- Aquea (Liga —), *Mac.* VII.
- aqueos (habitantes de Acaya, en Grecia), *Mac.* VII; *Sir.* 14; 26; 31; 63; *Mi.* 29 (de allende la Cólquide).
- aqueos (de Escitia), *Mi.* 67; 69; 102; 116.
- aquerranos (habitantes de Aquerra, en Campania), *Af.* 63.

- Aquilea (ciudad de la Galia), *Il.* 18.
- Aquiles (voto de —), *It.* VIII, 2.
- Aquilio, Manio (general romano), *Mi.* 57.
- Aquilio, Manio (hijo del anterior), *Mi.* 11; 17; 19; 21; 112; 113.
- árabes (vecinos a Siria), *Sir.* 32; 49; 51; 55; 57; (— nabateos), *Mi.* 106; 114.
- Arabia (país de Asia), *P.* 2; 9.
- Aracosia (país de Asia), *Sir.* 55.
- Araxes (afluente mayor del Cirno, entre Armenia y Media), *Mi.* 103.
- arcadios (habitantes de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Arcatias (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 18; 35; 41.
- Ardea (ciudad del Lacio), *It.* VIII, 2.
- ardeos (tribu iliria), *Il.* 10.
- ardieos (tribu iliria), *Il.* 3.
- areácida (tribu númida), *Af.* 33.
- Aretas (rey de los árabes nabateos), *Mi.* 106; 117.
- Aretusa (ciudad junto al río Orontes, en Asia), *Sir.* 57.
- arevacos (tribu celtíbera), *Ib.* 45-46; 48; 50; 51; 66; 76; 94; 99.
- Argantonio (rey de Tartesos, en Iberia), *Ib.* 2; 63.
- argéadas (dinastía de reyes macedonios), *Mac.* II; *Sir.* 63.
- Argiripa (ciudad de Italia), *An.* 31.
- Argonautas (en mitología, expedicionarios a la Cólquide), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Argos (nombre de varias ciudades en diversos lugares), *Sir.* 63.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 5; 32; 42.
- Ariárates (rey de Capadocia, hermano de Olofernes), *Sir.* 47.
- Ariárates (gobernador de Capadocia), *Mi.* 8.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mi.* 10.
- Ariárates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 15.
- Arimino (ciudad de Italia), *An.* 12.
- Ariobarzanes (rey de Capadocia, sucesor de Ariárates), *Sir.* 48; *Mi.* 10; 11; 13; 15; 16; 56-58; 60; 64; 66-67; 105; 114.
- Ariovisto (caudillo germano), *Ga.* I, 3; XVI; XVII.
- Aristandro (adivino de Alejandro Magno), *Sir.* 64.
- Aristarco (príncipe de los colcos), *Mi.* 114.
- Aristides, *Sir.* 41.
- Aristión (el epicúreo, tirano de Atenas), *Mi.* 28-30; 38-39.
- Aristobulo (rey de los judíos), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 117.
- Aristón (mercader de Tiro), *Sir.* 8.

- Aristonico (hijo ilegítimo de Eúmenes II de Pérgamo), *Mi.* 12; 62.
- Armenia (país de Asia), *Sir.* 49; 57; *Mi.* 13; 67; 88; 101; 104-105; (gentes de Armenia), *Mi.* 114; 116; (rey de —), 119.
- Armenia Mayor (en época romana, la parte de Armenia al este del Éufrates), *P.* 2; 4.
- Armenia Menor (en época romana, la parte de Armenia al oeste del Éufrates), *P.* 2; *Mi.* 90; 105; 115.
- armenios (habitantes de Armenia), *Mi.* 69; 87; (población armenia), 114.
- Arquelao (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-18; 27-32; 34-37; 40-45; 49-50; 54-55; 58; 64.
- Arquelao (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 114; 121.
- Arrideo (hermano de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 54.
- Arsa (ciudad de Iberia), *Ib.* 70.
- Arsaces (rey de Partia), *Mi.* 15.
- Artafernes (hijo de Mitrídates), *Mi.* 108; 117.
- Artaxata (residencia real de Tigranes), *Mi.* 104.
- Artaxias (rey de los armenios), *Sir.* 46; 66.
- Artetauro (príncipe de los ilirios), *Mac.* XI, 2; 6.
- Artoces (rey de los iberos de Asia), *Mi.* 103; 117.
- Asandro (enemigo de Farnaces), *Mi.* 120.
- Asasis (prefecto de caballería de Masinissa), *Af.* 70.
- Ascanio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 1.
- Asclepiódoto (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Asdrúbal (cuñado de Amílcar), *Ib.* 4; 5; 6; 8; *An.* 2-3.
- Asdrúbal (hermano de Aníbal), *Ib.* 13; 15-16; 24; 28; *An.* 4; 16; 52.
- Asdrúbal (hijo de Giscón), *Ib.* 16; 24; 25; 27; 30; 37; *Af.* 9; 10; 13-15; 17; 18; 20; 22; 24; 27; 29-30; 36; 38.
- Asdrúbal (almirante cartaginés), *An.* 58; *Af.* 34.
- Asdrúbal (el Boetarca, jefe de las tropas auxiliares), *Af.* 70-74; 80; 93; 97; 102-104; 108-111; 114; 118; 120; 126-127; 130-132.
- Asdrúbal (nieta de Masinissa), *Af.* 93; 111.
- Asdrúbal Erifo (cartaginés), *Af.* 34; 49; 53.
- Asia, *Mac.* IX, 5; XI, 4; *Sir.* 1; 3; 6; 12; 14; 15; 17; 21; 53; 55-57; 63; 65; *Mi.* 6; (territorios de Asia), *Mi.* 16; 20; 21; 23; 24; 49; 51; 55; 60-64; 68-69; 91; 97; 101; 120.
- Asia (de en torno a Pérgamo), *Mac.* XI, 1; *Mi.* 3; 11; 118.
- Asia (de en torno al Éufrates), *Sir.* 1.

- Asia (de esta parte del monte Tauro), *Sir.* 29; 38.
- Asia (interior), *Sir.* 59.
- Asia (provincia de —), *Mi.* 53; 58; 60-61; 68; 77; 83; 90; 92.
- Asia (imperio de —), *P.* 4; 8; 9.
- Asiático (sobrenombre de Antíoco, hijo de Antíoco el Píadoso; véase).
- Asiria (país de Asia), *Af.* 132.
- asirio (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- Aspis (ciudad de Africa), *Af.* 3.
- Astaco (ciudad de Bitinia, en Asia), *Sir.* 57.
- Astapa (ciudad de Iberia), *Ib.* 33.
- astapenses (habitantes de Astapa), *Ib.* 33.
- Atabirio (monte de Rodas), *Mi.* 26.
- Átalo (padre de Eúmenes), *Mac.* IV; *Sir.* 38; 44.
- Átalo (hermano de Eúmenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5; 36; 45; *Mi.* 3-7.
- Átalo (príncipe de Paflagonia), *Mi.* 114.
- Átalo Filométor (hijo de Eúmenes II), *Mi.* 62.
- atamanes (tribu del Epiro), *Mac.* III, 1; *Sir.* 13; 17.
- Atamania (región del Epiro), *Sir.* 17.
- Atela (ciudad de Campania), *An.* 49.
- Atenas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Mac.* IV; *Sir.* 68; *Mi.* 34-35; 38-39.
- atenienses (habitantes de Atenas), *Af.* 87; *Mac.* IV; VII; *Mi.* 28; 30; 83.
- Atenión (mote peyorativo dado a Fimbria), *Mi.* 59.
- Ática (región de Grecia), *Mi.* 30; 35; *Mac.* IV; *Mi.* 95.
- Atidio (senador romano prófugo), *Mi.* 90.
- Atilio (G. Atilio Serrano), *An.* 5.
- Atilio (M. Atilio Régulo, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 16.
- Atilio, Marco (M. Atilio Serrano, pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 58-59.
- Atilio Régulo (cónsul en el 241 a. C.), *Si.* II. 1; (jefe de la flota romana en Africa en el 256 a. C.), *Af.* 3; 4; 63.
- Atilio (predecesor de Livio en el mando de la flota romana), *Sir.* 22.
- Atilio, Publio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- atintanos (tribu iliria), *Il.* 7-8.
- Atlas (monte de Mauritania, en Africa), *Nu.* V.
- Atreo (hijos de —, en mitología reyes de Argos y Micenas), *Sir.* 63.
- Audacia (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Audax (lusitano amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Aufido (río de Apulia, en Italia), *An.* 16.
- Augusto (véase César Augusto).
- Aulonia (ciudad de Brucios, en Italia), *An.* 49.

- aurupinos (tribu iliria), *Il.* 16.
 Autariego (hijo de Ilirio), *Il.* 2.
 autarieos (tribu de Iliria), *Il.* 2-5.
 Autólico (compañero de Hércules contra las Amazonas), *Mi.* 83.
 Autronio Peto (un cónsul), *Il.* 28.
 Avaro (un numantino), *Ib.* 95.
 avendeatas (tribu iliria), *Il.* 16.
 Aventino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
 Axinio (ciudad de Iberia), *Ib.* 47.
 Azov (mar de —), *Mi.* 101; 103; 119; (territorios del —), *Mi.* 102; (pueblos del mar de —), *Mi.* 15.
 Babilonia (satrapía de —, en Asia), *Sir.* 47; 53-57; 65.
 babilonios (habitantes de Babilonia), *Sir.* 1; 47.
 Baco (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 82.
 bactrianos (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
 Bagadates (sátrapa de Tigranes), *Sir.* 48-49.
 Bagoas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
 Baleares (islas del Mediterráneo), *P.* 5.
 baleares (honderos), *Af.* 40.
 Bannón Tigilas (legado cartaginés), *Af.* 82; 86.
 Barba (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77.
 Barca (apelativo de Amílcar, véase éste).
 basilidas (tribus de la desembocadura del Dnieper), *Mi.* 69.
 Basilo (un tribuno militar), *Mi.* 50.
 bastarnas (tribus de la Sarmacia europea), *Mac.* XI 1; *Il.* 4; 22; *Mi.* 15; 69; 71.
 bastitanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 66.
 batiatas (tribu iliria), *Il.* 16.
 Bebio (prefecto de Macedonia), *Sir.* 16.
 Bebio (oficial romano), *Il.* 13.
 Bebricia (= Bitinia de Tracia), *Mi.* 1.
 Bécór (fortaleza de Iberia), *Ib.* 65.
 belgas (tribu gala), *Ga.* I, 4.
 Belgeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 100.
 belos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
 beneventinos (habitantes de Benevento), *An.* 36-37.
 Benevento (ciudad de Italia), *An.* 37.
 Beocia (región de Grecia), *Mi.* 29-30; 41; 51; 95.
 beocios (habitantes de Beocia), *Mac.* VIII; XI, 1; 7.
 Berenice (hija de Tolomeo Filadelfo y esposa de Antíoco Teos), *Sir.* 65.
 Bernice (pequeña ciudad del Epiro), *Mi.* 4.

- Berrea (ciudad de Asia, homónima de otra en Macedonia), *Sir.* 57.
- besios (pueblo de Tracia o Iliria), *Il.* 16.
- Bética (error de Apiano por Bécula, ciudad de Iberia), *Ib.* 24.
- Betis (río de Iberia), *Ib.* 71; 75.
- Beturia (región de Iberia), *Ib.* 68.
- Bibulo (M. Lucio por error en Apiano, procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Biesio (prefecto de caballería), *Ib.* 47.
- Birsa (primitivo núcleo de población de Cartago), *Af.* 1; 2; 95; 117; 127; 128; 130; 135.
- Bitia (prefecto de la caballería nómada), *Af.* 111; 114; 120.
- Bitias (río de la Bitinia Tracia), *Mi.* 1.
- Bitinia (país al noroeste de Asia Menor), *Sir.* 11; *Mi.* 1; 2; 4; 6-7; 10; 11; 17; 60; 68; 71; 75; 77; 95; 112; 121.
- bitinios (habitantes de Bitinia), *P.* 2; *Sir.* 23; *Mi.* 4-5; 7; 16.
- Bitis (rey legendario epónimo de Bitinia), *Mi.* 1.
- Bituito (rey de los alóbroges), *Ga.* XII.
- Bituito (oficial galo), *Mi.* 111.
- Bizancio (ciudad de Tracia), *Mi.* 1.
- bizantinos (habitantes de Bizancio), *Mac.* XI, 1; 7; *Sir.* 6; 12.
- Blacio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- blastofenicios (tribu de Iberia), *Ib.* 56.
- Blítor (prefecto de Mesopotamia), *Sir.* 53.
- Boco (rey de Mauritania), *Nu.* IV; V.
- Bomílcar (general cartaginés), *Af.* 24; *Nu.* I.
- Bósforo (estrecho entre Asia y Europa), *Mi.* 78; 83; 101; (tribus del —), *Mi.* 64; 67; (región del —), *Mi.* 113; (reino del —), *Mi.* 114; (región del Bósforo tracio), *Mi.* 119.
- bosporianos (tribu del Bósforo), *Mi.* 64.
- Bostar (comandante cartaginés en Capua), *An.* 43.
- boyos (tribu gala), *Ga.* I, 1; *An.* 5; 8.
- brácaros (pueblo de Lusitania), *Ib.* 72.
- Brenno (rey de los Galos), *Ga.* III.
- Brindisi (ciudad de Italia), *An.* 34; *Mac.* XIX; *Il.* 12; *Sir.* 17; 43; *Mi.* 51; 93; 95.
- Británica (isla en el Atlántico), *P.* 5; 9; *Ga.* I, 5.
- britanos (habitantes de Britania), *P.* 1; *Ga.* XIX; *Ib.* 1.
- Britómaris (caudillo galo), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.

- Bríttores (un galo), *Ga.* XXI.
 Brucios (región de Italia), *Ib.* 44.
 brucios (pueblo de Italia), *Sa.* X, 1; 2; *An.* 49; 54; 56-57; 61; *Af.* 47; 58.
 Brutio (prefecto de Macedonia), *Mi.* 29.
 Bruto (Décimo Bruto Albino, amigo de César), *Il.* 19.
 Bruto, Sexto Junio (oficial romano), *Ib.* 71-73; 80; 82; 99.
 Buteón (sobrino de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 84.
 Cabeza del León (fortaleza de Frigia), *Mi.* 19.
 Cabira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78-79.
 «cadenas de Grecia» (tres guarniciones de Filipo en Grecia), *Mac.* VIII.
 calaicos (tribu de Iberia), *Ib.* 70.
 Calatis (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.
 Calcedón (ciudad de Bitinia), *Mi.* 52; 71.
 calcidios (habitantes de Calcis), *Sir.* 21.
 Calcis (ciudad de Eubea, en Grecia), *Mac.* VIII; *Sir.* 16; 20; 29; *Mi.* 31; 34; 41; 45; 50.
 Calcis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
 cálibes (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.
 Calicadno (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.
 Calidio (tal vez Q. Calidio, tribuno de la plebe en el 99 a. C.), *Mi.* 65.
 Calídro (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-19.
 Calíope (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
 Calípolis (ciudad de Etolia, en Grecia), *Sir.* 21.
 Calípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
 Calor (río de la Campania, en Italia), *An.* 36.
 Calpurnio Pisón (Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, pretor en Iberia en el 151-150 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 109-113; 115.
 Calpurnio Pisón Frugi (pretor en Iberia en el 112 a. C.), *Ib.* 99.
 Calpurnio Pisón, Q. (pretor en Iberia en el 135 a. C.), *Ib.* 83.
 Calvino (véase Domicio Calvino).
 cambeos (tribu iliria), *Il.* 16.
 Camilo, L. Furio (hijo de Camilo, M. Furio), *Ga.* I, 2.
 Camilo, M. Furio (dictador romano), *It.* VIII, 1; 2; *Ga.* I, 1; V; *An.* 8.
 Campania (región de Italia), *Sa.* I, 1; X, 3; *An.* 36; 39.
 campanios (habitantes de la Campania), *An.* 36-37; 49; 58.
 «campos grandes» (territorio de África), *Af.* 68.

- Cannas (aldea y batalla famosa de Italia), *An.* 17; 24-25; 31.
- cántabros (tribu de Iberia), *Ib.* 80.
- Canusio (ciudad de la Apulia, en Italia), *An.* 24; 26.
- Caonia (parte del Epiro), *Il.* 1.
- Capadocia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 47; 53; 57; *Mi.* 8-13; 15-17; 56; 60; 64; 66-67; 68; 80-81; 91; 105; 112; 114; 115; 117; (gentes de —), 116; (llamada Seleúcida), 55.
- capadocios (habitantes de Capadocia), *P.* 2; *Sir.* 5; 32; *Mi.* 30; 41; 114; 118.
- Cápeto (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capis (en mitología, padre de Anquises), *R.* I, 1.
- Capis (hijo de Latino Silvio, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capitolio (edificio de Roma), *Ga.* I, 1; IV; VI; *Ib.* 23; *Af.* 66; 75; *Mac.* IX, 4; *Sir.* 39-40; *Mi.* 117.
- Capua (ciudad de Italia), *An.* 36-37; 38; 40.
- capuanos (habitantes de Capua), *An.* 36-37; 43.
- Caraunio (apodo de Retógenes; véase éste).
- Caravis (ciudad de Iberia), *Ib.* 43.
- Caria (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 44; 52; *Mi.* 118.
- Caris (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Carmona (ciudad de Iberia), *Ib.* 25; 27; 58.
- carnos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Caro (segedano, general de los celtiberos), *Ib.* 45.
- Carpessos (véase Tartessos).
- Carpessos (otra —, ciudad de Iberia), *Ib.* 63.
- Carpetania (región de Iberia), *Ib.* 64; 70; 83.
- carpetanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 51.
- cartagineses (habitantes de Cartago), *passim.*
- Cartago «Espartagena» o Cartago Nova (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19-20; 24; 28; 32; 34-35; 75.
- Cartago (ciudad del norte de Africa), *P.* 1; 12; *Si.* II, 1; 3; *Ib.* 5; 7-8; 10-13; 18; 24; 49; 65; 84; 98; *An.* 2-3; 40; 54; 58; *Af.* 1-2; 8-10; 24; 31-34; 36-37; 42; 49-50; 51; 55; 62; 67; 69-71; 73; 75-79; 81; 83-85; 89-90; 94; 97; 105-106; 109-114; 120; 122; 126; 131; 133-136; *Mac.* I; *Sir.* 7-11; 40.
- Cartago (en mitología, fundador de Cartago), *Af.* 1.
- Cartalón (jefe de la guarnición cartaginesa en Tarento), *An.* 49.
- Cartalón (jefe de la facción democrática en Cartago), *Af.* 68; 74.
- Casandro (hijo de Antípatro), *Sir.* 53.

- Casio (L. Casio Longino, cónsul en el 107 a. C.), *Ga.* I, 3.
- Casio (Gayo Casio Hémina, analista romano), *Ga.* VI.
- Casio (Gayo Longino, asesino de César), *Il.* 13.
- Casio, Lucio (procónsul de Asia), *Mi.* 11; 17; 19; 24; 112.
- Caspio (mar), *Mi.* 103.
- Castabala (ciudad de Cilicia), *Mi.* 105.
- Cástax (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- Cástor de Fanagoria, *Mi.* 108; 114.
- Cástulo (ciudad de Iberia), *Ib.* 16.
- Catón (Marco Porcio Catón Uticense), *Ga.* XVIII.
- Catón (Marco Porcio Catón Censorino, célebre hombre de armas y orador romano), *Ib.* 39; 40; *Af.* 65; 69; *Sir.* 18; 19; *Mi.* 6.
- Cauca (ciudad de Iberia), *Ib.* 51-53.
- Cáucaso (monte de Asia), *P.* 4; 9; *Mi.* 103.
- Cauceno (caudillo lusitano), *Ib.* 57.
- cauceos (tribu de Iberia), *Ib.* 89.
- Caudio (ciudad del Samnio, en Italia), *Sa.* IV, 3; 5.
- caunios (habitantes de Cauno, en Caria), *Mi.* 23.
- Cauno (viento de —), *Mi.* 26.
- Cecilio (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo «Crético», cónsul en el 69 a. C.), *Si.* VI, 2.
- Cecilio Metelo (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 76.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Pío, cónsul en el 80 a. C.), *Ib.* 101.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Numídico, cónsul en el 108 a. C.), *Nu.* II; III.
- Cedicio, Q. (emisario romano), *Ga.* V.
- Celenas (ciudad de Frigia), *Sir.* 36.
- Celesiria (en la época imperial romana, la parte norte de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 5; 38; 50; 53; *Mi.* 106; 115; 117; 118.
- celtas (habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; 4; *Ib.* 1-2; 4; 37; 39; *An.* 4; *Af.* 5; 7; 17; 40; 44; 46-47; 49; 54; *Il.* 2; 4; 5; 8.
- Celtiberia (región de Iberia), *Ib.* 56.
- celtíberos (tribus de Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1-3; 28; 31; 43; 46-47; 50; 54; 100; *An.* 4; 20; 22; 23; 30; 52-53; 59; 68; 71.
- Celto (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Censorino (véase L. Marcio Censorino).
- Centenio (ciudadano romano), *An.* 9-11; 17.
- Cepión (véase Q. Servilio Cepión).

- Cepión (Bruto Cepión, uno de los asesinos de César), *Il.* 13.
- Cerdeña (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Ib.* 4; *An.* 8; 54; *Af.* 2; 5; 17; 86; *Mi.* 95.
- César, Gayo Julio (dictador y cónsul romano), *P.* 6; 14; *Ga.* I, 2; 3-5; XVI-XXI; *Si.* VII; *Ib.* 102; *Af.* 136; *Il.* 12-13; 15; 28-29; *Mi.* 120-121.
- César Augusto (G. Octavio, véase Octavio César).
- Césaro (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Cicerón (Q. Tulio Cicerón, hermano del célebre orador romano), *Ga.* XX.
- Cícladas (islas en el mar Egeo), *P.* 5; *Mac.* IV.
- Cidonia (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- Cila (ciudad de Africa), *Af.* 40.
- Cilicia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 1; 2; 22; 48; 50; 69; *Mi.* 8; 57; 75; 92; 96; 97; 105-106; 112; 115; 117-119; (gentes de Cilicia), 116.
- cilicios (habitantes de Cilicia), *P.* 2; *Sir.* 32; 50; *Mi.* 92; 96; (tiranos cilicios), 117.
- cimbrios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4; XIV; *Ib.* 99; *Il.* 4.
- cinambrios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Cineas (tesalio), *Sa.* X, 1; 3; 4; XI, 1.
- Cinna (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cinna, Lucio Cornelio (rival de Sila), *Ib.* 101; *Mi.* 51; 60.
- Cinoscéfalas (montañas de Tesalia), *Sir.* 16.
- Cipsela (ciudad de Tracia), *Mi.* 56.
- Cirene (puerto y ciudad en el norte de Africa), *P.* 1; *Af.* 106; *Mac.* IV; *Mi.* 121.
- Cirno (río de la Cólquide), *Mi.* 103.
- Ciro (rey de Persia), *Af.* 28.
- Ciro (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Cirra (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Mac.* XI, 4.
- Cirta (ciudad de Africa), *Af.* 27; 106; *Nu.* IV.
- Ciziceno (sobrenombre de Antíoco Ciziceno; véase éste), *Sir.* 69.
- Cízico (ciudad de Asia), *Sir.* 68; 72; 73; 75; 76; *Mi.* 85; (los habitantes de —), *Sir.* 12; *Mi.* 73-76.
- Claudia Quintia (mujer romana), *An.* 56.
- Claudio el Ciego, Apio (romano célebre), *Sa.* X, 2-3.
- Claudio, Apio (tribuno militar del prefecto Bebio), *Sir.* 16.
- Claudio (sabino elegido senador romano), *R.* XII.
- Claudio, Apio (Pulcher, cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40.
- Claudio (Nerón, pretor en el 212 a. C.), *Ib.* 17.
- Claudio Aselo (romano sitiador de Capua), *An.* 37.

- Claudio Marcelo (cónsul en el 216 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Claudio Marcelo (pretor en Iberia en el 152 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Clazómenas (ciudad de la Jonia), *Mi.* 63.
- Cleémporo (embajador de los isios), *II.* 7.
- Clelio (jefe de los getas), *Mac.* XVIII, 2-3.
- Cleopatra (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Cleopatra (esposa de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Cleopatra (abuela del hijo de Alejandro rey de Egipto), *Mi.* 23; 115; 117.
- Cleopatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- Clístenes (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Clodio (P. Clodio Pulcher, patricio romano), *Si.* VII
- clusinos (habitantes de Clusio, en Etruria), *Ga.* II.
- Clusio (ciudad de Etruria, en Italia), *Ga.* II.
- Cnosos (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- colcos (habitantes de la Cólquide, en Asia), *P.* 4, *Mi.* 15; 64; 101; 103; (país de los —), 101; 114.
- Colenda (ciudad de Iberia), *Ib.* 99; 100.
- Cólquide (país de Asia), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Comana (aldea de Capadocia), *Mi.* 64; 82; 114; (sacerdocio de —), 121.
- Cominio (prefecto de caballería de Graco), *Ib.* 43.
- Complega (ciudad de Iberia), *Ib.* 42-43.
- Concordia (templo de la —, en Tralles, Lidia), *Mi.* 23.
- Conistorgis (ciudad de Iberia), *Ib.* 57-58.
- Cónnoba (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Cononeo (un tarentino), *An.* 32-33.
- Consentia (ciudad de Italia), *An.* 56.
- Coplanio (llanura del territorio de Palantia, en Iberia), *Ib.* 88.
- coralos (tribu sármata), *Mi.* 64.
- Córax (monte de Etolia), *Sir.* 21.
- Córcega (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Mi.* 95.
- Corcira (isla del Adriático), *Mac.* I; XIX; *II.* 7-8.
- corcirenses (habitantes de Corcira), *II.* 16.
- Córdoba (ciudad de Iberia), *Ib.* 65-66.
- Corinto (ciudad de Grecia), *Af.* 136; *Mac.* VII-VIII.
- Cornelio (liberto de Cartago), *Nu.* V.
- Cornelio (general romano contra los peones), *II.* 14.
- Cornelio Coso (cónsul romano en el 343 a. C.), *Sa.* I, 1.

- Cornelio Hispano, Gneo (embajador romano), *Af.* 80.
- Cornelio Léntulo (véase Léntulo, Gneo Cornelio).
- Cornelio, L. Valerio (cónsul romano en el 282 a. C.), *Sa.* VI, 1; VII, 1; *Ga.* XI.
- Cornelio, Marco (cónsul romano en el 201 a. C.), *Af.* 63.
- Cornelio, Publio (familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Coruncanio, T. (cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Coruncanio (otro, embajador romano), *Il.* 7.
- Corvino (véase Valerio Corvo, M.).
- Cos (isla del Egèo), *Mi.* 23; 115; (los de —), 117.
- Cota (Lucio Aurelio Cota cónsul ?), *Il.* 10.
- Cota, Marco Aurelio (gobernador de Bitinia), *Mi.* 71; 112.
- Cotene (prefectura de Armenia), *Mi.* 101.
- cotenos (habitantes de Cotene), *Mi.* 101.
- Cotón (puerto de Cartago), *Af.* 127.
- Crago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Craso (cónsul romano), *Mac.* XII.
- Craso, Licinio (cónsul en el 205 a. C.), *An.* 55-56.
- Craso, M. Licinio (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Crátero (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17.
- Cremona (ciudad de Italia), *An.* 7.
- Creso (rey de Lidia), *Af.* 28.
- Creta (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Si.* VI, 1; *Il.* 6.
- cretenses (habitantes de Creta), *Si.* VI, 1-2; *Sir.* 32.
- Creusa (en mitología, esposa de Eneas), *R.* I, 1.
- Crispino, Tito (cónsul en el 208 a. C.), *An.* 50-51.
- Critias (tirano de Atenas), *Mi.* 28.
- Crotona (ciudad de Italia), *An.* 57.
- Cumas (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 25.
- cuneos (tribu de Iberia), *Ib.* 57-58; 68.
- Curio (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Curión G. Escribonio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 60.
- Chipre (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 9; *Mac.* IV; *Sir.* 4; 52; 54; 56; 95.
- chipriotas (habitantes de Chipre), *Mi.* 92.
- Dalas (ciudad de Asia), *Sir.* 32.
- Dacamas (príncipe númida), *Af.* 41.
- dacios (habitantes de la Dacia, en Europa), *P.* 4; *Il.* 22-23.
- dálmatas (tribu iliria), *Il.* 11; 12; 17; 24-25; 27-28.
- Damágoras (un rodio), *Mi.* 25.
- Damócrito (general etolio), *Sir.* 21.

- Danubio (río de Europa), *P.* 4; *Mac.* XVIII, 1; 2; *Il.* 1; 3; 5; 6; 14; (curso bajo del Istro), 22; (pueblos del —), *Mi.* 15; 69.
- Daorto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dárdano (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- dárdanos (pueblo de Iliria), *Il.* 2; 5; 14; 22; *Mi.* 55.
- Darío (rey de Persia), *P.* 8; *Mi.* 8; 112; 115; (lecho de —), 116.
- Darío (rey de Media), *Mi.* 106; 117.
- Darío (hijo de Mitridates), *Mi.* 108; 117.
- darsios (tribu iliria), *Il.* 2.
- dasaretios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Dasaro (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dasio (un daunio), *An.* 31.
- Dasio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- Daunia (región de Italia), *An.* 31.
- daunios (habitantes de Daunia), *Sa.* IV, 1; X, 1.
- Decio, P. (tribuno militar), *Sa.* I, 1.
- Decio, Vibelio (romano), *Sa.* IX, 1; 2; 3.
- Delfos (santuario de Grecia), *It.* VIII, 1; *An.* 27; *Mac.* XI, 4; 7; *Mac.* XIX; *Il.* 4; (templo de —), *Il.* 5; (tesoro de —), *Mi.* 54; 112.
- Delio (ciudad de Beocia), *Sir.* 12; 15.
- delmatenses (nombre primitivo de los dálmatas), *Il.* 11.
- Delminio (ciudad de Iliria), *Il.* 11.
- Delos (isla del Egeo), *Mi.* 28.
- Demetrias (ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; *Sir.* 29; *Mi.* 29.
- Demetrio (hijo de Filipo V de Macedonia), *Mac.* IX, 2; 5-6; *Sir.* 20.
- Demetrio (gobernador de Faro), *Il.* 7-8.
- Demetrio (hijo de Antígono), *Sir.* 54.
- Demetrio Nicátor (hijo de Demetrio Soter), *Sir.* 67-69.
- Demetrio Soter (hijo de Seleuco IV), *Sir.* 45-47; 66.
- Demóstenes (orador griego), *Sa.* X, 1.
- Dentato, M. Curio (general romano), *Sa.* V.
- derbanos (tribu iliria), *Il.* 28.
- desios (tribu alpina), *Il.* 17.
- Deyótaro (tetrarca de Galacia), *Mi.* 75.
- Deyótaro (tetrarca de los galogrecos), *Mi.* 114.
- Diana (templo de —, en Éfeso), *Mi.* 23.
- Dídima (oráculo de —, en Mileto), *Sir.* 56.
- Didio, Tito (pretor en Iberia en el 101 a. C.), *Ib.* 99-100.
- Dido (en mitología, fundadora de Cartago), *Af.* 1.

- Diégilis (cuñado del rey Prusias), *Mi.* 6.
- Dime (ciudad de Acaya), *Mi.* 96.
- Díndimo (monte de Cízico), *Mi.* 75-76.
- Diocles (oficial de Mitrídates), *Mi.* 78.
- Diódoto (esclavo de la casa real seleúcida), *Sir.* 68; 70.
- Diófanes (comandante de las tropas defensoras de Pérgamo), *Sir.* 26.
- Diógenes (defensor de Néferis), *Af.* 126.
- Diógenes (hijo de Arquelao), *Mi.* 49.
- Diomedes (héroe argivo, en mitología), *An.* 31; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 53.
- Dionisio (el eunuco, lugarteniente de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 76-77.
- Dionisópolis (ciudad griega vecina a los misios de Europa), *Il.* 30.
- Dioscuria (ciudad de la Cólquide), *Mi.* 101.
- Dioscuros (los hijos de Zeus, Cástor y Pólux), *Mi.* 101; 103.
- Ditalcón (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- docleatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- dólopes (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 6.
- Domicio (romano), *Sa.* VI, 2.
- Domicio (Gneo Domicio Ahenobarbo), *Ga.* XI; XII.
- Domicio, Calvino (general de César), *Il.* 7; 13.
- Domicio, Gneo (consejero de Lucio Cornelio Escipión), *Sir.* 30-31; 34; 36.
- Don (pueblos de la región del —), *Mi.* 15.
- Dorilao (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 49.
- Dorsón (G. Fabio Dorsuo, sacerdote romano), *Ga.* VI.
- Dromiquetes (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 32; 41.
- Druso (cónsul romano en el 148 a. C.), *Af.* 112.
- Duero (rio de Iberia), *Ib.* 55; 71-72; 91.
- Ebro (río de Iberia), *Ib.* 6-7; 10; 41-42; *An.* 2-3; *Af.* 6.
- ecuos (pueblo de Italia), *An.* 39; *Af.* 58.
- Edesa (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.
- eduos (tribu gala), *Ga.* XVI; XXI.
- Eetes (en mitología, hijo del Sol y rey de la Cólquide), *Mi.* 103.
- efesios (habitantes de Éfeso), *Mi.* 21; 23; 48; 61.
- Éfeso (ciudad de Asia), *Sir.* 4; 6; 9; 12; 20; 22; 24; 25; 27; *Mi.* 21; 61; 116.
- Egeo (mar entre Grecia y Asia Menor), *P.* 2; (islas del —), *Mi.* 95.

- Egesto (en mitología, personaje de la casa real de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Egipcio (mar de Asia), *P.* 2; 3; 5.
- Egipto (país de Africa), *P.* 1; 9; 10; 14; *Af.* 136; *Mac.* IV; *Il.* 30; *Sir.* 4-5; 48; 50-52; 54; 62; 66; *Mi.* 13; 114; 120; 121; (reyes de —), *Mi.* 16.
- Elatea (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 20.
- Elea (puerto de Eólide, en Asia Menor), *Sir.* 26; 30; 38.
- Eleusis (ciudad de Grecia), *Mi.* 30; 32.
- elimeos (pueblo de Asia), *Sir.* 32.
- Emiliano (véase Fabio Máximo Emiliano).
- Emilio (L. Emilio Bárbula, cónsul en el 281 a. C.), *Sa.* VII, 3.
- Emilio (Paulo Emilio, cónsul romano en el 168 a. C.), *Mac.* XIX; *Il.* 9-10; *Sir.* 29; *Ib.* 65; *Af.* 101.
- Emilio Lépidio (pretor en Iberia en el 137 a. C.), *Ib.* 80-83.
- Emilio, Lucio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 20; 23-24.
- Emilio Pappo (L.), *Ga.* I, 2.
- Emporion (ciudad de Iberia), *Ib.* 7; 40.
- Emporion (ciudad de Africa), *Af.* 72; 79.
- Eneas (en mitología héroe de la guerra de Troya), *R.* I, 1-2; I A.
- Eneas Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- énetos (tribu que bordea a Macedonia), *Mi.* 55.
- Enqueleo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- enqueleos (pueblo ilirio), *Il.* 2.
- Eólide (región de Asia Menor), *Sir.* 23; 25.
- eolios (grupo étnico griego), *Sir.* 1; 12.
- Epaminondas (caudillo tebano), *Sir.* 41.
- Epícides (general siracusano), *Si.* III.
- epidamnios (habitantes de Epidamno), *Il.* 7.
- Epidamno (ciudad de Iliria), *Il.* 7; 13.
- Epidauro (tesoro de —), *Mi.* 54.
- Epifanea (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Epífanos (sobrenombre de Antíoco V, véase éste).
- Epiro (país al noroeste de Grecia), *Sa.* VII, 3; VIII; X, 1; 4; *An.* 26; *Mac.* XI, 4; *Il.* 7; *Sir.* 43.
- epirotas (habitantes del Epiro), *Sa.* X, 4; *Mac.* V.
- Equínadas (islas del Adriático), *P.* 5.
- Erasístrato (médico de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60.
- Eridano (río, véase Po).
- Erisana (ciudad de Iberia), *Ib.* 69.

- Eritrea (ciudad de la Jonia), *Mi.* 46.
- Escadia (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Escarfia (ciudad de los locrios epicnemidios), *Sir.* 19.
- Escauro (cuestor de Pompeyo), *Sir.* 51.
- Escíatos (isla de Tesalia), *Mi.* 29.
- Escipión, Publio Cornelio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14-16; 18; 19; 32; *An.* 5-8; 27; 56; *Af.* 6; 104.
- Escipión, Gneo Cornelio (hermano del anterior), *Ib.* 14-16; *An.* 5; 56; *Af.* 6.
- Escipión, Publio Cornelio (el Africano Viejo), *Ib.* 18-19; 21-30; 32; 34; 35-38; *An.* 55; 57-58; *Af.* 2; 6-10; 13-16; 18-19; 22-32; 34-49; 53; 55-57; 59-62; 64-66; 69; 78; 80; 83; *Sir.* 9-11; 21; 23; 29-30; 38-42.
- Escipión, L. Cornelio E. Asiático (hermano del anterior y legado romano), *Ib.* 29; (cónsul), *Il.* 5; *Sir.* 21.
- Escipión, Lucio (véase el anterior), *Il.* 5.
- Escipión, Publio Cornelio E. Emiliano (el Africano Joven y el Numantino, lugarteniente de Lúculo), *Ib.* 49; 53-54; (cónsul), *Ib.* 84-85; 88-89; 91-96; 98-99; (tribuno militar en África), *Af.* 2; 71-72; 98-109; (cónsul en África), 112-115; 117; 119; 120-121; 124-126; 128-129; 131-135; *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Escipión Nasica, Cornelio (hijo de Gneo Cornelio Escipión), *An.* 56; *Af.* 69.
- Escipión Nasica, Cornelio (otro, cuestor de Escipión el Joven en África y partícipe de una embajada), *Af.* 80.
- Escipiones (Publio y Gneo Cornelio Escipión), *Ib.* 15-17; 19; 23; 29.
- Escipiones (padres adoptivos de Escipión el Joven), *Af.* 101.
- Escipiones (Publio Cornelio Escipión el Africano Viejo y Lucio Cornelio Escipión el Asiático), *Sir.* 22-23; 29-30; 39; 43.
- escitas (habitantes de Escitia), *Mi.* 15; 41; 57; 69; 78; 102; 109; (príncipes), 108; 119; (mujeres reinas de los —), 117.
- Escitia (región de Asia), *Sir.* 57; *Mi.* 101; 112.
- Escordisco (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- escordiscos (tribu iliria), *Il.* 3; 5.
- Escóroba (monte en el límite entre Bitinia y el Ponto), *Mi.* 19.
- Escotio (monte de Armenia Menor), *Mi.* 120.
- Esculapio (en mitología, dios de la medicina), *Af.* 130.
- Esculapio (templo de —), *Af.*

- 130; (en Pérgamo), *Mi.* 23; 60.
- Esepo (río de Misia, en Asia), *Mi.* 76.
- Esmirna (ciudad de la Jonia), *Sir.* 29; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Esparta (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 41.
- Espartaco (gladiador romano), *Mi.* 109.
- espartanos (habitantes de Esparta), *Sir.* 18.
- Espóradas (islas del Egeo), *P.* 5.
- Estatilio Tauro (oficial romano en Dalmacia), *Il.* 27.
- Estratonice (esposa de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59; 61.
- Estratonice (otra, esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Estratonicea (ciudad de Caria fundada por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57; *Mi.* 21; 27.
- etíope (habitante de Etiopía), *P.* 1; 4.
- Etiopía (país de Africa), *P.* 4; 9; *Af.* 71.
- Etolia (región de Grecia), *Sir.* 21; 23; *Mi.* 30.
- etolios (habitantes de Etolia), *Mac.* III, 1; 2; IV; VIII; IX, 1; XI, 1; 7; XII; *Sir.* 12-14; 18-19; 21; 23.
- Etruria (región de Italia), *Sa.* VI, 1-2; X, 3; *Ga.* II; *Ib.* 14; *An.* 5; 8-10; 52; *Af.* 9; *Mi.* 93.
- etruscos (habitantes de Etruria), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI; *Af.* 58; 66.
- Eubea (esposa de Antíoco el Grande), *Sir.* 20.
- Eubea (isla del Egeo), *P.* 5; *Sir.* 12; *Mi.* 29; 95; (habitantes de —), *Mac.* VIII.
- Eudoro (comandante de la flota rodia), *Sir.* 27.
- Eufrates (río de Asia), *P.* 2; 4; 9; *Sir.* 1; 48; 50; 55-56; 62; *Mi.* 68; 84; 101; 116; 119; 121; (fuentes del —), *Mi.* 101.
- Eumaco (sátrapa de Mitrídates Eupátor en Galacia), *Mi.* 46; 75.
- Eumenes (de Cardia, sátrapa de Capadocia), *Sir.* 53; *Mi.* 8.
- Eumenes (rey de Pérgamo), *Mac.* IX, 6; XI, 1-5; 7-8; XVIII, 1-2; *Sir.* 5; 22; 25-26; 31; 33; 34; 36; 38; 44-45; *Mi.* 55; 62.
- Eupátor (sobrenombre de Antíoco el hijo de Epifanes, véase Antíoco Eupátor).
- Eupatoria (ciudad del Ponto), *Mi.* 78; 115.
- Eupatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Eurídice (hija de Antípatro y madre de Cerauno), *Sir.* 62.
- Eurileón (véase Ascanio).
- Euripo (estrecho entre Beocia y Eubea), *Mi.* 45.
- Europa, *P.* 9; *Ib.* 1; *Sir.* 1-3; 6; 15; 38; 53; 56; 63; 65; *Mi.* 13; 58; 69; 101.

- Euxino (Ponto, mar entre Europa y Asia), *P.* 3-4; *Il.* 6; 29; *Sir.* 6; *Mi.* 47; 78; 102-103; 108; (boca del Ponto —), *Mi.* 1; 12; 19; 95; (pueblos del —), *Mi.* 118; 121.
- Fabio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 88; 112.
- Fabio, Quinto (Ambusto, uno de los tres Fabios, véase Fabios).
- Fabio, Quinto (Píctor, analista romano), *An.* 27.
- Fabio Máximo (dictador romano), *An.* 11-16; 31.
- Fabio Máximo Emiliano (cónsul en el 145 a. C.), *Ga.* I, 2; *Ib.* 65; 67; *Mac.* XIX.
- Fabio Máximo Serviliano (pretor en Iberia en el 141 a. C.), *Ib.* 67-70.
- Fabios (los tres, embajadores romanos a los galos), *Ga.* II-III.
- Fabricio (Gayo Fabricio Luscinio, héroe de la guerra con Pirro y cónsul en el 282 a. C.), *Sa.* IX, 3; X, 4.
- Fameas (véase Himilcón).
- Fanagoria (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 108; (los habitantes de —), *Mi.* 108; 113; 120.
- Fanio (oficial romano, cuñado de Lelio), *Ib.* 67.
- Fanio, Lucio (un sertoriano), *Mi.* 68.
- Farnaces (hijo de Mitrídates), *Mi.* 110-111; 113-114; 120-121.
- Faro (isla cerca de Dalmacia), *Il.* 7-8.
- Fauno (en mitología, dios-rey romano del Lacio), *R.* I, 1.
- Fenicia (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 50; 53; *Mi.* 13; 56; 95; 106; 118.
- fenicios (habitantes de Fenicia), *P.* 2; *Ib.* 2; *Af.* 1-2.
- Fénix (oficial de Mitrídates), *Mi.* 79.
- Féstulo (en mitología, pastor, esposo de Laurentia), *R.* I A.
- Fígulo (Gayo Marcio Fígulo, cónsul), *Il.* 11.
- Fila (ciudad de Macedonia), *Mac.* XVIII, 3.
- Filetero (hermano de Éumenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5.
- Filetero (otro, rey de Pérgamo), *Sir.* 63.
- Filipo (hijo de Amintas y padre de Alejandro Magno), *P.* 8-10; *Il.* 14; *Sir.* 19; 32; 52; 54.
- Filipo V (rey de Macedonia), *Ib.* 39; *Mac.* I-III, 1-2; IV-V; VII-VIII; IX, 1-6; X-XI, 1; XII; *Il.* 3; 6; 8; 9; *Sir.* 2-3; 12-17; 20-21; 23; 28; 30; 43.
- Filipo (hijo de Alejandro de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13; 17.
- Filipo (guía de los elefantes del ejército de Antíoco), *Sir.* 33.
- Filipo (nombre dado a Arrideo,

- hermano de Alejandro), *Sir.* 52.
- Filócaris (un tarentino), *Sa.* VII, 1.
- Filoctetes (héroe griego), *Mi.* 77.
- Filónides (un tarentino), *Sa.* VII, 2.
- Filopemen (padre de Mónima), *Mi.* 21; 48.
- Filótimo (de Esmirna, íntimo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 48.
- Fimbria (compañero de generalato de Flaco, L. Valerio), *Mi.* 51-53; 56; 59-60; 64; 72; 112.
- Flaco (véase Flaco, Fulvio Q., cónsul en el 179 a. C.).
- Flaco (oficial romano a las órdenes de Emilio Lépedo), *Ib.* 81.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 179 a. C.), *Ib.* 42.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40-43; 48.
- Flaco, G. Valerio (pretor en Iberia en el 93 a. C.), *Ib.* 100.
- Flaco, Lucio Valerio (cónsul enviado por Cinna contra Mitrídates), *Mi.* 51-52.
- Flaminino (general romano), *Mac.* V; VIII; IX, 1-4; 6; *Sir.* 2; 11; 21.
- Flaminio, Gayo (cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8-10; 17.
- Flavio (un lucanio), *An.* 35.
- Foceá (ciudad de la Jonia), *Sir.* 22; 25.
- focenses (habitantes de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 21.
- Fócide (región de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 41.
- Fraates (rey de los partos), *Sir.* 67-68; *Mi.* 104; 106.
- Fregelas (ciudad del Lacio), *Sa.* IV, 1.
- Frigia (país de Asia), *An.* 56; *Sir.* 53; *Mi.* 11-13; 15; 20; 56-57; 65; 75; 112; 118; (interior), *Sir.* 55; (la que está sobre el Helesponto), *Sir.* 62.
- Frigio (río de Lidia, en Asia Menor), *Sir.* 30.
- frigios (habitantes de Frigia), *P.* 2; *An.* 56; *Sir.* 32, *Mi.* 19; 41.
- Fulvio (Ser. Fulvio Flaco, cónsul romano), *Il.* 10-11.
- Furias (en mitología, deidades infernales), *Af.* 92.
- Furio (L. Furio Filo, comisionado romano en Iberia), *Ib.* 83.
- Furio (P. Furio Filo, cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27.
- Gabinio (A. Gabinio, lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 12; 24; 27-28; (procónsul en Siria), *Sir.* 51; *Mi.* 66.
- gabinos (tribu del Lacio), *R.* VIII.
- Gades (ciudad de Iberia), *Ib.* 5; 28; 31; 37; 59; 65; *An.* 2.
- Gala (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Galacia (país de Asia), *Mi.* 17;

- 46; 65; 68; 112; (tetrarcas de —), *Mi.* 46; 54; 58; 118.
- gálatas (habitantes de Galacia, en Asia), *P.* 2; *Il.* 2; 6; 32; 50; *Mi.* 41; 46; 58; (de Europa), *Sir.* 65.
- gálatas (también galos, habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; *Ib.* 1.
- Galatea (en mitología, ninfa esposa de Polifemo), *Il.* 2.
- Galba (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Galba, Publio (Publio Sulpicio Galba Máximo, procónsul de Macedonia), *Mac.* III, 1; IV; VII.
- Galba, Servio Sulpicio (pretor en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 58-61.
- Galba, Servio Sulpicio (nieto del anterior, pretor en Iberia en el 111 a. C.), *Ib.* 99.
- Galia (país de Europa), *Ga.* I, 2; XIII; XV; *Ib.* 28; *An.* 4-5; 54; *Il.* 15; *Mi.* 95.
- galo-grecos (véase gálatas de Asia).
- galos (habitantes de la Galia), *It.* VIII, 2; *Ga.* I, 1-2; II; III; VI-VII; X; XV; XVII; *Si.* II, 3; *Ib.* 1; 13; *An.* 4; 6; 8; 10; 52; *Il.* 15; 29; *Mi.* 109; 112; 119.
- Gayo (véase César).
- Gayo Popilio (prefecto de la flota romana en el Euxino), *Mi.* 17.
- Gaza (ciudad de Siria), *Sir.* 54.
- Gelio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Gemela (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Gentio (rey Ilirio), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 9.
- germanos, *Ga.* I, 3; XVI-XVIII.
- Geronia (ciudad de Italia), *An.* 15-16.
- getas (tribu tracia), *P.* 14; *Mac.* XVIII, 1-3; *Il.* 3-4; 13.
- Getulia (región de África), *Nu.* V.
- Giscón (cartaginés), *Ib.* 16; 24-25; *Af.* 9-10.
- glintidiones (tribu iliria), *Il.* 16.
- Gneo (embajador romano ante Antíoco), *Sir.* 3.
- Gneo Octavio (otro embajador romano), *Sir.* 46-47.
- Gordiene (ciudad de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Gordio (general de Mitrídates), *Mi.* 65.
- Graco, Sempronio (procónsul romano en el 212 a. C.), *An.* 35.
- Graco, Tiberio Sempronio (pretor en Iberia en el 180 a. C.), *Ib.* 43-44; 48.
- Graco, Gayo (tribuno en el 122 a. C.), *Af.* 136.
- Grecia (país de Europa), *P.* 3; 8; 10; *Ib.* 65; *Af.* 135; *Mac.* I; III, 1; IV-V; VII-VIII; IX, 4-6; XI, 1; 4; *Il.* 5; *Sir.* 2; 7; 12; 14-15; 29; 38; *Mi.* 16; 27-28; 30; 39; 46; 49; 54;

- 58; 62-64; 92; 112; (antigua), 118.
- griegas (ciudades), *Mac.* V; IX, 3; *Il.* 30; *Sir.* 2; 44; *Mi.* 48.
- griegos (habitantes de Grecia), *P.* 12-13; *Ib.* 7; 63; *An.* 2; 8; *Af.* 2; *Mac.* III, 1; VIII-IX, 1-2; XI, 7; XII; *Il.* 1; 5; 14; *Sir.* 2; 6; 38; *Mi.* 1; 41; 58; 102; (de orillas del Ponto), *Mi.* 15; (de Asia), *Mi.* 58.
- Gripo (sobrenombre de Antíoco Gripo, véase éste), *Sir.* 69.
- Gulussa (hijo de Masinissa), *Af.* 70; 73; 106-109; 111; 126.
- Hadrumeto (ciudad de Africa), *Af.* 33; 47; 94.
- Halis (río de Misia, en Asia), *Sir.* 42; *Mi.* 62; 65.
- Hárpalo (enviado de Perseo), *Mac.* XI, 3.
- Hecatómpilo (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Hefestión (jefe de la caballería de los Amigos con Alejandro), *Sir.* 57.
- Hegesianacte (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Helena (en mitología, esposa de Menelao), *R.* I A.
- helespontios (tribus de la zona del Helesponto), *Sir.* 1.
- Helesponto (mar de Asia), *P.* 2; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 6; 23; 29; 37-38; 42; 53; 62-63; *Mi.* 95.
- Heliodoro (cortesano de Seleuco Filópator), *Sir.* 45.
- helvecios (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Helvio, Marco (cónsul en el 197 a. C.), *Ib.* 39.
- Helvio, Marco (otro, general romano), *Il.* 20.
- Hemo (tribus en torno al —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- heníocos (tribu aliada de Mitridates), *Mi.* 69; 102; 116.
- Hera (diosa griega, en mitología), *Mi.* 101.
- Heraclea (ciudad de Italia), *An.* 36.
- Heraclea (ciudad de Grecia), *Sir.* 18.
- Heraclea (ciudad del Ponto), *Mi.* 82.
- Heraclides (tesorero de Antíoco Epífanes), *Sir.* 45; 47.
- Heraclides de Bizancio (enviado de Antíoco el Grande), *Sir.* 29.
- Hércules (en mitología, dios romano), *Sir.* 10; *Mi.* 83; 103.
- Hércules (templo de —), *Ib.* 2.
- Hércules (columnas de —, estrecho entre Europa y Africa), *P.* 1; 3; *Ib.* 1; 57; 65; *Mi.* 93-95; 119; 121.
- Herdonia (ciudad de Italia), *An.* 48.
- Herea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Hermócrates (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70.
- Hierón (tirano de Siracusa), *Si.* II, 2; III.

- Hierón (general de Agripa), *Il.* 20.
- Himilcón (apodado Fameas, prefecto de caballería cartaginés), *Af.* 97; 100-101; 104; 107-108.
- hipepenos (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Hipágreta (ciudad de Africa), *Af.* 110; 111.
- Hipócrates (general siracusano), *Si.* III-IV.
- Hipona (ciudad de Africa), *Af.* 30; 135.
- Hircania (región de Asia), *Sir.* 55.
- Hispania (denominación de Iberia como provincia romana), *Ib.* 1; 102.
- Histaspes (padre de Darío, rey de Persia), *Mi.* 112; 115-116.
- Homero (poeta griego), *Mi.* 1.
- Hortensio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Hostilio (véase Anco Hostilio), *R.* VI.
- Horacio (Cocles, romano autor de hechos heroicos), *R.* X.
- Horóscopa (ciudad de Africa), *Af.* 10.
- Iberia (país de Europa), *P.* 3; 12; *Ib.* 1-11; 13-19; 23-25; 28; 37-38; 40; 42-44; 49; 54; 61; 63; 65; 66; 80; 81; 83-84; 99; 102; *An.* 1-5; 8; 16; 30; 55-56; *Af.* 2; 6; 10; 15; 17; 28; 31; 39; 57; 62-63; 67; 72; 86; 134; *Mac.* I; *Sir.* 10; *Mi.* 68; 70; 95; 109; 112; 119.
- iberos (habitantes de Iberia), *P.* 12; *Ib.* 1; 3; 5; 17; 23; 25; 31; 39; 42; 101; *An.* 3; *Af.* 29-30; 46-48; 134; *Il.* 15; *Mi.* 121; (de Asia), *Mi.* 101; 114; 116.
- Ida (monte de Asia Menor), *R.* I A; *Af.* 71.
- Idumea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Ilión (véase Troya), *Af.* 131; *Mi.* 53; (habitantes de —), *Mi.* 53; 61.
- Iliria (país vecino a Macedonia), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 6-7; 9-15; 24; 28-30.
- Ilirio (en mitología, hijo de Polifemo y epónimo de Iliria), *Il.* 2.
- ilirios (habitantes de Iliria), *P.* 3; *Mac.* XI, 2; *Il.* 1-2; 4-5; 7-8; 12-15.
- Ilurgia (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- India (país de Asia), *Af.* 71; *Sir.* 56-57; *Mi.* 89.
- Indfbil (caudillo de un pueblo ibero), *Ib.* 37-38.
- Indo (río de la India), *Sir.* 55.
- Intercacia (ciudad de Iberia), *Ib.* 53-54.
- interfurinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Io (en mitología, doncella argiva), *Mi.* 101.
- ipasinos (pueblo de Panonia), *Il.* 16.

- Ipsó (ciudad de Frigia), *Sir.* 55.
- Isa (isla en aguas ilirias), *Il.* 7.
- isauros (pueblo de Asia Menor), *Mi.* 75.
- isios (habitantes de la isla de Isa), *Il.* 7.
- Isis (templo de —, en Rodas), *Mi.* 27; (aparición de —), *Mi.* 27.
- Istmicos (juegos griegos), *Mac.* IX, 3-4.
- Istro (nombre dado al curso bajo del Danubio), *Il.* 22.
- Istro (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.
- istros (tribu iliria), *Il.* 8.
- Italia (país de Europa), *P.* 3; 6; 14; *R.* I, 1; *Sa.* IV, 1; IV, 5; X, 2; XI, 1-2; XII, 1; *Ga.* I, 1-2; XIII; *Si.* II, 2-3; *Ib.* 4; 13-14; 15; 17-18; 28; 38; 99; 101; *An.* 1; 4-5; 8-9; 16; 25-26; 30; 43-44; 52; 54-55; 58; 60-61; *Af.* 2; 5-7; 15; 17; 23; 31; 39; 40; 42; 45; 47; 49; 54; 58; 62; 65; 74; 114; 134; *Mac.* I; XI, 9; *Il.* 4; 14; 16; *Sir.* 3; 7; 8; 10; 14; 15; 22; *Mi.* 21; 28; 30; 54; 58; 62-63; 70; 91; 95; 97; 102; 109-110; 113; 116; 119; (lugares de —), *Mi.* 16; (costas de —), 93.
- italianos (habitantes de Italia), *Ib.* 28; *An.* 59; 60; *Af.* 41 (jinetes); 43 (caballería); 45; (caballería); 45; 47; 58; *Il.* 14; *Sir.* 31; (de Asia), *Mi.* 16; 22-24; 28; 54; 62.
- Itálica (ciudad de Iberia), *Ib.* 38; 66.
- italiotas (habitantes de la Magna Grecia, en Italia), *Ib.* 14; *Af.* 8; *Mi.* 41.
- Ituca (ciudad de Iberia), *Ib.* 66-67.
- Iturea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Jantipo (general lacedemonio), *Af.* 3-4.
- Jenófanés (embajador de Filipo a Aníbal), *Mac.* I.
- Jerjes (rey de los persas), *Sir.* 18.
- Jerjes (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Jerónimo (de Cardia, historiador griego), *Mi.* 8.
- Jerusalén (ciudad de Judea, en Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106.
- Jifares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Jonia (región de Asia Menor), *P.* 2-3; 9; *Mac.* IV; XVIII, 3; *Sir.* 6; 51; *Mi.* 20-21; 118.
- Jónicas (islas —, en el mar Jónico), *P.* 5.
- Jónico (= Adriático, mar entre Grecia e Italia), *P.* 3; 5; 14; *An.* 8; 12; 87.
- jonios (habitantes de la Jonia), *Sir.* 1; 12.
- judío (pueblo), *Sir.* 50; (judíos), *Mi.* 106; 114.
- Julio César Augusto (véase César Augusto).
- Júpiter (en mitología, dios ro-

- mano), *It.* VIII, 1; *An.* 56; *Af.* 13; 71; 85; (Estratio), *Mi.* 66; 70; 75.
- Júpiter (templo de —, en Nicomedia ciudad de Bitinia), *Mi.* 7;
- Júpiter Atabirio (templo de —, en Rodas), *Mi.* 26.
- Labieno (lugarteniente de César), *Ga.* I, 3; XV.
- Lacedemonia (región de Grecia), *Af.* 4.
- lacedemonios (habitantes de Lacedemonia), *Af.* 3; 4; *Mac.* VII; *Sir.* 12; 14; 41; *Mi.* 29.
- Lacinio (promontorio de Bruccios, en Italia), *Sa.* VII, 1.
- Lago (uno de los epígonos), *Sir.* I.
- Lámpsaco (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 29; *Mi.* 76; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Lanasa (mujer de Pirro), *Sa.* XI, 1.
- Laódice (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 4.
- Laódice (mujer de Antíoco Teos), *Sir.* 65-66.
- Laodicea (ciudad de Siria), *Sir.* 46.
- Laodicea (nombre de cinco ciudades fundadas por Seleuco Nicátor; la más famosa de las cuales era la de Fenicia), *Sir.* 57.
- laodicensis (habitantes de Laodicea, en Siria), *Mi.* 20.
- Laomedonte de Mitilene (primer sátrapa de Siria), *Sir.* 52; *Mi.* 9.
- Larisa (ciudad de Tesalia), *Sir.* 16.
- Larisa (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Lástenes (un cretense), *Si.* VI, 1-2.
- Latino Fauno (véase Fauno).
- Latino Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- latinos (habitantes del Lacio), *R.* XIII; *It.* VI, 1; *Af.* 58.
- Latona (bosque de —, en Rodas), *Mi.* 27.
- Laurento (lugar del Lacio), *R.* I, 1.
- Lavinia (en mitología, hija de Latino Fauno), *R.* I, 1; I A.
- Lavinio (ciudad del Lacio), *R.* I, 1; I A.
- Lelio, Gayo (legado y amigo de Escipión el Viejo), *Ib.* 25-26; 29; 67; *Af.* 26; 28; 41; 44.
- Lelio, Gayo (lugarteniente de Escipión el Joven), *Af.* 126-127.
- Lemnos (isla del Egeo), *Mi.* 77.
- Léntulo, Gneo Cornelio (cónsul en el 201 a. C.), *Af.* 56; 62.
- Léntulo Marcelino (pretor de Siria y sucesor de Marcio Filipo), *Sir.* 51.
- Léntulo Marcelino, Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Léntulo, (Clodiano) Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Leónidas (general espartano), *Sir.* 18.

- leontinos (pueblo de Sicilia), *Si.* III.
- Leptines (un laodicense), *Sir.* 46-47.
- Leptis (ciudad de África), *Af.* 94.
- Lersa (nombre corrupto de lugar, en Iberia), *Ib.* 24.
- Lesbos (isla del Egeo), *P.* 5.
- Letes (río de Iberia), *Ib.* 71-72.
- Leucón (general de los arevacos), *Ib.* 46.
- leucosirios (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.
- Leuctra (ciudad de Beocia y nombre de una batalla famosa), *Sir.* 41.
- Levino (P. Valerio, cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Libia (país de África), *P.* 5.
- Libisa (llanura de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- Libisos (río de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- «liburnias» (trirremes ligeras de los liburnios), *Il.* 3.
- liburnios (tribu iliria), *Il.* 3; 12; 16; 25.
- Licia (país de Asia), *Sir.* 4; 44; 53; *Mi.* 20; 25; 95.
- licio(s) (habitantes de Licia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 21; 27; 61; 62.
- Lico (río de Asia Menor), *Mi.* 20.
- Licomedes (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 121.
- Lidia (país de Asia Menor), *Af.* 28.
- lidios (habitantes de Lidia), *P.* 2; *Af.* 66.
- ligures (habitantes de Liguria), *Ib.* 37; *Af.* 7; 17; 40; 44; 54; 59; *Nu.* 111.
- Liguria (región galo-itálica), *An.* 54; *Af.* 9; 23; 31-32; 54.
- Liguria (mar de —), *Mi.* 95.
- Lisias (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Lisias (preceptor de Antíoco Eupátor), *Sir.* 46-47.
- Lisímaco (sátrapa de Tracia), *Sir.* 1; 53; (rey), 55; 62; 64.
- Lisimaquea (ciudad del Quersoneso Tracio), *Sir.* 1; 3; 21; 28-29; 37-38; 62-63.
- Lisimaqueo (templo en honor de Lisímaco), *Sir.* 64.
- lisimaqueos (habitantes de Lisimaquea), *Sir.* 28; 64.
- Liso (ciudad de Iliria), *Il.* 7.
- Litennón (jefe de los numantinos), *Ib.* 50.
- Livio (jefe de la guarnición romana en Tarento), *An.* 32.
- Livio (almirante de la flota romana), *Sir.* 22-26.
- Loca (ciudad de África), *Af.* 15.
- locrios (habitantes de la Lócride, en Grecia), *Mac.* VIII.
- locrios (italianos o epizefirios, colonia griega en Italia meridional), *Sa.* XII, 1; *An.* 55.
- Lolio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Lucania (región de Italia), *An.* 37-38; 43.

- lucanios (habitantes de Lucania), *Sa.* X, 1-2; *An.* 35; 37; 49.
- Lucio (véase Apustio), *Mac.* IV.
- Lucio (véase Régilo, Lucio Emilio), *Sir.* 27.
- Lucio Quintio (hermano del cónsul T. Quintio), *Mac.* VII.
- Lucio Tarquino «el Soberbio» (rey de Roma), *R.* II; XI-XII.
- Lucios (los dos —, consejeros romanos de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 70.
- Lúculo, Licinio L. (pretor con poder consular en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 49-55; 59-61; 71; 89.
- Lúculo, Licinio L. (cónsul en el 74 a. C. contra Mitrídates), *Il.* 30; *Sir.* 49; (lugarteniente de Sila), *Mi.* 33; 51; 56; 68; (cónsul), *Mi.* 72; 75-85; 87-91; 97; 112.
- Lúculo, Marco (hermano del anterior), *Il.* 30.
- Lusitania (región de Iberia), *Ib.* 68; 71.
- lusitanos (tribu de Iberia), *Ib.* 56-60; 68; 100.
- lusones (tribu de Iberia), *Ib.* 42; 79.
- Lutacio (Gayo Lutacio Catulo, cónsul en el 242 a. C.), *Si.* II, 1.
- Lutia (ciudad de Iberia), *Ib.* 94.
- Luto (guarda de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Macares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 67; 78; 83; 101-102; 113.
- Macedonia (país de Europa), *P.* 10; 12; *Af.* 101; 111; 132; 135; *Mac.* IX, 2; 5; XI, 1; 6; XVIII, 1; XIX; *Il.* 1; 5; 12-13; *Sir.* 13; 16; 17; 23; 43; 52-53; *Mi.* 8-9; 29; 35; 41; 55; 58; 95; 102; 112; 118.
- macedonios (habitantes de Macedonia), *P.* 3; 9; *Sa.* X, 2; *Ib.* 65; *Af.* 134; *Mac.* II; V; IX, 2; 4; X; XI, 9; *Il.* 9; *Sir.* 2; 16; 18; 53; 55; *Mi.* 8; 41; 89; 112; (reyes), *Sir.* 70; *Mi.* 8.
- Magdalses (un númida), *Nu.* V.
- Magio, Lucio (sertoriano consejero de Mitrídates), *Mi.* 68; 72.
- Magna Grecia (colonias griegas del sur de Italia), *Sa.* VII, 1.
- Magnesia (país de Asia Menor), *Mi.* 21.
- Magnesia (ciudad de Tesalia, en Grecia), *Mi.* 29.
- magnesios (habitantes de Magnesia, ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; (habitantes de Magnesia, en Asia Menor), *Mi.* 21; 60.
- Magnópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Eupatoria, en el Ponto), *Mi.* 115.
- Magón (general cartaginés), *Ib.* 16; 19; 20; 22.
- Magón (otro cartaginés), *Ib.* 24-25; 27; 31-32; 34; 37.

- Magón (hermano de Aníbal), *An.* 20; 54; *Af.* 7; 9; 23; 31; 32; 49; 54; 59.
- Magón (prefecto de caballería de Asdrúbal), *Af.* 15.
- Maharbal (lugarteniente de Aníbal), *An.* 10-11; 20-21.
- Malia (ciudad de Iberia), *Ib.* 77.
- Malia (golfo de —, entre las Termópilas y Ftía, en Grecia), *Mac.* VIII.
- Malo (ciudad de Cilicia, en Asia Menor), *Mi.* 95.
- Mamerco (L. Emilio, maestro de caballería), *Sa.* I, 1.
- mamertinos (pueblo de Sicilia), *Sa.* IX, 1.
- Manceo (oficial de Tigranes), *Mi.* 84; 86.
- Mancino (tal vez error por Manio Aquilio, véase éste), *Mi.* 19.
- Mancino, Hostilio (pretor en Iberia en el 138 a. C.), *Ib.* 79; 80; 83.
- Mancino, Lucio Hostilio (cónsul en el 148 a. C.), *Af.* 110; 113-114.
- Manilio, Manio (pretor en Iberia en el 150/151 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 75; 97; 99; 100-102; 104-105; 108-109; 111; 116.
- Manio (véase Aquilio, Manio), *Mi.* 17; 19; 57.
- Manlio, Aulo (lugarteniente de Mario), *Nu.* IV.
- Manlio, Lucio (senador romano), *Mi.* 71.
- Manlio, Marco Capitolino (cónsul), *It.* IX.
- Manlio (L. Manlio Vulso), *An.* 5.
- Manlio Torcuato (T. Manlio Imperioso Torcuato, cónsul en el 340 a. C.), *Sa.* II, 1.
- Manlio Torcuato (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Manlio Vulsón (sucesor de Escipión contra Antíoco), *Sir.* 39; 42-43.
- Maratón (batalla de —, en Grecia), *An.* 39.
- Marcelo (Marco Claudio Marcelo, cónsul romano en el 214 a. C.), *Si.* IV; V.
- Marcelo (error de Apiano por Marcio), *Ib.* 17.
- Marcelo, Claudio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27; 50-51.
- Marcelo, Claudio (pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 48-50.
- Marcio (Gneo Coriolano, caudillo volsco de origen romano), *It.* II-III; V, 1-6.
- Marcio (L. Marcio Séptimo, oficial de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 31-34.
- Marcio (Q. Marcio Filipo), *Mac.* XIV; XVII.
- Marcio, Gayo (íbero de Itálica), *Ib.* 66.
- Marcio Censorino, Lucio (cónsul en África en el 149 a. C.), *Af.* 75; 80; 86; 90; 97-99.
- Marcio Filipo (pretor sucesor de Escauro), *Sir.* 51.

- Marco Pomponio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Mareotis (lago de Egipto), *P.* 1.
- Mario, Gayo (estadista romano), *P.* 14; *Ga.* I, 2; *Nu.* IV-V; *Il.* 4; *Mi.* 51; 60.
- Mario, Marco (pretor en Iberia), *Ib.* 100.
- marmáridas (pueblo de África), *P.* 1.
- Maronea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Martama (ciudad de África), *Af.* 55.
- Marte (en mitología, dios romano de la guerra), *R.* I, 1; *Af.* 133.
- Masalia (ciudad de la Galia), *Ib.* 40.
- masaliotas (habitantes de Masalia), *It.* VIII, 1; *Ib.* 14.
- masilios (tribu africana), *Af.* 10; 17; 26-27; 32; 46.
- Masinissa (rey de los númidas), *Ib.* 25; 27; 37; 46; 89; *Af.* 10-15; 17; 19-20; 22; 26-28; 32-33; 37; 41; 44-48; 54-55; 60-61; 67-74; 76; 79; 82; 94; 105-107; *Nu.* IV; *Mac.* XI, 4; *Mi.* 55.
- Massates (príncipe númida), *Af.* 44.
- Mastanabal (hijo de Masinissa), *Af.* 106; 111.
- Mauritania (país de África), *Af.* 106.
- Mauritano (monte de África, véase Atlas).
- mauritanos (habitantes de Mauritania), *P.* 1; *Af.* 40; 111; *Il.* 4.
- Máximo (hermano de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 90.
- Máximo (véase Fabio Máximo Emiliano), *Mac.* XIX.
- Mazaca (ciudad de Capadocia), *Mi.* 115.
- Media (país de Asia), *Af.* 132; *Sir.* 1; 3; 53; 55.
- Medo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- medo (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- medos (habitantes de Media), *Il.* 2; 5; *Mi.* 114.
- Megalópolis (ciudad de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 13; 17.
- Mégara (suburbio de Cartago), *Af.* 117-118; 135.
- Mégara (ciudad del Atica, en Grecia), *Mi.* 30.
- melitenses (habitantes de una isla cerca de Dalmacia), *Il.* 16.
- Menandro (prefecto de caballería), *Mi.* 117.
- Menas (embajador del rey Prusias en Roma), *Mi.* 4-5.
- Menipo (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Menófanes (allegado a Mitrídates Eupátor), *Mi.* 110.
- merrómenos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Mesala (M. Valerio Mesala Corvino), *Il.* 17.
- Mesembria (ciudad griega vecina de los misios de Europa), *Il.* 30.

- mesenios (habitantes de Mesenia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Mesina (ciudad de Sicilia), *Sa.* IX, 2.
- mesolitas (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Mesopotamia (región de Asia), *Sir.* 48; 53; 55; 57; *Mi.* 114.
- Mesótilo (reyezuelo nómada), *Af.* 33.
- metapontios (habitantes de Metaponto), *An.* 35.
- Metaponto (ciudad de Italia), *An.* 33; 35.
- Metelo (L. Cecilio Metelo Delmático), *Il.* 10-11.
- Metelo Nepote, Q. Cecilio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Metrófanes (general de Mitrídates), *Mi.* 29.
- Metulo (ciudad de Iliria), *Il.* 19; 21.
- metulos (habitantes de Metulo), *Il.* 19-21.
- Mezencio (rey de los rútuos), *R. I A.*
- Mícipsa (hijo de Masinissa), *Ib.* 67; *Af.* 70; 106; 111.
- Micitio (general de Antíoco el Grande), *Sir.* 12.
- Miedo (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Mindis (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 33.
- Minerva (en mitología, diosa romana), *Af.* 133; (templo de —, en Ilión), *Mi.* 53; (estatua de —, en Ilión), *Mi.* 53.
- Minio (de Esmirna, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Minucio (Q. Minucio Termo), *Ib.* 39.
- Minucio Rufo (prefecto de caballería de Fabio Máximo), *An.* 12-13.
- Minucio Rufo (otro, prefecto de la flota de Bizancio), *Mi.* 17.
- Minuro (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Mioneso (ciudad en la costa de Lidia), *Sir.* 27-28.
- Mirto (mar —, parte del mar Egeo al sur de Eubea, el Atica, Argólida y oeste de las Cícladas), *P.* 5.
- Misia (país de Asia Menor), *Sir.* 42; *Mi.* 20; 118.
- misios (habitantes de Misia, en Asia Menor), *P.* 2; (de Europa), *P.* 3; *Il.* 6; 29-30, *Sir.* 32.
- Mitilene (ciudad principal de la isla de Lesbos), *Mi.* 21; 52; (embajadores de —), *Mac.* III, 1.
- mitilenios (habitantes de Mitilene), *Sir.* 65.
- Mitraas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates (Ctistés «el fundador»), *Mi.* 9; 112.
- Mitrídates (rey de los partos), *Sir.* 51.
- Mitrídates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 52; 64.
- Mitrídates Eupátor Dionisos

- (rey del Ponto), *Si.* VI, 1-2; *Il.* 30; *Sir.* 48-50; *Mi.* 9-21; 23-30; 32-33; 41; 46-49; 51-52; 54-58; 60-69; 71-76; 78-85; 87-92; 97-105; 107-113; 115; (trono de —), 116; (imagen de —), 117; 118.
- Mitrídates Evergetes (padre de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates de Pérgamo, *Mi.* 121.
- Mitrídatís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Mitrobarzanes (rey de Armenia), *Mi.* 84.
- moentinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Molistomo (príncipe de una tribu iliria), *Il.* 4.
- molosos (pueblo del Epiro), *Sa.* XI, 1.
- Mónima (esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 21; 48.
- Mopsuestia (ciudad de Cilicia), *Sir.* 29.
- Mummio (L. Mummio Acaico, pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 56-57; *Af.* 135.
- Munacio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 34.
- Murena (lugarteniente de Sila), *Mi.* 32; 43; 64-66; 93; 112.
- naabateos (véanse árabes), *Mi.* 106.
- Nabis (tirano de los lacedemonios), *Mac.* VII.
- Narce (ciudad de Africa), *Af.* 33-34.
- naresios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Narón (río de Dalmacia), *Il.* 11.
- neapolitanos (habitantes de Neápolis, en la Campania), *Sa.* IV, 5.
- Néferis (ciudad de Africa), *Af.* 102; 108; 111; 126.
- Nemanes (un armenio), *Mi.* 19.
- Nemea (santuario griego), *Mi.* 112.
- Némesis (personificación de la venganza), *Af.* 85.
- Neoptólemo (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-19; 34.
- Neptuno (en mitología, dios romano), *Af.* 13; 71; *Mi.* 70.
- Nergóbriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 50.
- nergobrigenses (habitantes de Nergóbriga), *Ib.* 84.
- Nerón, G. Claudio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- nervios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4.
- Nicandro (un pirata), *Sir.* 24-25.
- Nicanor (sátrapa de Capadocia), *Mi.* 8.
- Nicanor (quizá mejor Nicátor, sátrapa de Media), *Sir.* 55; 57.
- Nicátor (sobrenombre de Seleuco, sátrapa de Babilonia).
- Nicatorio (recinto consagrado a Seleuco Nicátor), *Sir.* 63.
- Nicea (ciudadela de Bitinia), *Mi.* 6; 77.
- Niceforio (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.

- Niceforio (ciudadela de Pérgamo), *Mi.* 3.
- Nicias (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Nicomedes (hijo de Prusias, rey de Bitinia), *Mi.* 4-7.
- Nicomedes (nieto de Nicomedes Filópator), *Mi.* 7.
- Nicomedes Filópator (hijo de Nicomedes el hijo de Prusias), *Mi.* 7; 10-20; 56-58; 60.
- Nicomedia (ciudad de Bitinia), *Mi.* 7; 52; 76.
- Nicópolis (ciudad de Armenia Menor), *Sir.* 57; *Mi.* 105; 115.
- Nilo (río de Egipto), *P.* 1.
- Nimis (río de Iberia), *Ib.* 72.
- Ninfeo (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Nisa (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Nobilior, Q. Fulvio (pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 45-49; 80.
- Nonio (oficial de Fimbria), *Mi.* 59.
- Nórico (ciudad de los nóricos, véanse éstos), *Ga.* XIII.
- nóricos (tribu germana), *Ga.* XIII; *Il.* 6; 29.
- Nuceria (ciudad de Italia), *An.* 49.
- Nuceria (ciudad de Africa), *Af.* 63.
- Nudo (comandante de la flota de Cota), *Mi.* 71.
- Numa Pompilio (rey de Roma), *R.* II; *Mi.* 22.
- Numancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 46; 49-50; 76; 78; 83-84; 87; 89-90; 98.
- numantina (guerra), *Ib.* 66.
- numantinos (habitantes de Numancia), *Ib.* 46; 76; 78-81; 83-84; 87; 89-90; 93-95; 97.
- númidas (habitantes de Numidia), *P.* 1; *Si.* II, 3; *Ib.* 15; 25; 27; *An.* 2; 50-51; 57; *Af.* 9-12; 14; 18-19; (caballos —), 23; 24; 26; 41-42; 44; (jinetes —), 46; 48; 61; 68; 71; 73; 106; 126; *Il.* 4.
- Numidia (país de Africa), *P.* 1.
- Númitor (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Obólcola (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Ocile (ciudad de Iberia), *Ib.* 57.
- Ocilis (ciudad de Iberia), *Ib.* 47-48.
- Octavia (pórtico de —, en Roma), *Il.* 28.
- Octavio (lugarteniente de Escipión el Viejo), *Af.* 41; 44; 49.
- Octavio César Augusto (emperador romano), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Ib.* 102; *An.* 13; *Af.* 136; *Il.* 13-30; *Sir.* 50; *Mi.* 105; 121.
- Odeón (edificio de Atenas), *Mi.* 38.
- Odeso (ciudad de Misia), *Il.* 30.
- Ojatres (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Oleabas (un escita), *Mi.* 79.
- Olimpia (tesoro de —), *Mi.* 54.

- Olimpiade (esposa de Filipo el padre de Alejandro), *Sir.* 54.
- Olimpo (monte de Misia), *Sir.* 42.
- Olofernes (supuesto hermano de Ariárates), *Sir.* 47.
- Oltaces (rey de la Cólquide), *Mi.* 117.
- Onomarco (general focense), *It.* VIII, 1.
- Opio (tribuno militar), *Ib.* 78.
- Opio, Quinto (general romano), *Mi.* 17; 20; 112.
- Orcómeno (ciudad de Beocia), *Mi.* 49; 54.
- Oresteia (Argos de —, en Macedonia), *Sir.* 63.
- Orezes (rey de los albanos), *Mi.* 103; 117.
- Orodes (hermano de Mitrídates el rey de los partos), *Sir.* 51.
- Oropo (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Orsabarís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Orsón (ciudad de Iberia), *Ib.* 16; 65.
- oxieos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Oxtraca (ciudad de Iberia), *Ib.* 58.
- Paflagonia (país de Asia Menor), *Mi.* 17-18; 56; 58; 68; 70; 112; 114; 118.
- paflagonios (habitantes de Paflagonia), *Mi.* 21.
- Paladión (nombre dado en Ilión a la estatua de Minerva), *Mi.* 53.
- Palantia (ciudad de Iberia), *Ib.* 55; 80-83; 88.
- palantinos (habitantes de Palantia), *Ib.* 55; 82; 88.
- palarios (tribu iliria), *Il.* 10.
- Palatino (monte de Roma), *Il.* 30.
- Palestina (país de Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 115; 117-118.
- palestinos (habitantes de Palestina), *P.* 2.
- Palmira (ciudad de Siria), *P.* 2.
- palmiranos (habitantes de Palmira), *P.* 2.
- Panares (un cretense), *Si.* VI, 2.
- Panfília (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 28; 53; *Mi.* 8; 20; 56; 95.
- Panfílio (mar, en Asia), *P.* 2; (golfo), *P.* 9.
- panfílios (habitantes de Panfília), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 92.
- Panonia (país entre Iliria y el Danubio), *Il.* 1; 3; *Mi.* 102.
- Panonio (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- panonios (habitantes de Panonia), *P.* 3; *Il.* 6; 14; 17; 22; 23; 29.
- Panticapeo (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 107; 120.
- Papirio Carbón (Gneo, cónsul en el 113 a. C.). *Ga.* XIII.

- Parío (ciudad de Asia Menor, en la Propóntide), *Mi.* 76.
- partenios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Partia (país de Asia), *Sir.* 1; 51; 57; *Mi.* 87; (rey de —), *Mi.* 15.
- Parto (ciudad de Africa), *Af.* 39.
- Parto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- partos (habitantes de Partia), *Il.* 13; *Sir.* 48; 51; 55; 67-68; *Mi.* 87; 105.
- Pasargadas (ciudad de Persia), *Mi.* 66.
- Patara (puerto de Licia), *Mi.* 27.
- Paulo (véase Emilio Paulo), *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Pausímaco (almirante rodio), *Sir.* 23-24.
- Pela (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Pelópidas (compañero de Epaminondas), *Sir.* 41.
- Pelópidas (embajador de Mitrídates), *Mi.* 12-16; 27.
- peloponesios (habitantes del Peloponeso), *Mi.* 30.
- Peloponeso (parte sur de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 95; (Argos del —), *Sir.* 63.
- Pelusio (ciudad de Africa), *P.* 1.
- Peón (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- peones (véanse panonios).
- Peonia (inferior, país limítrofe con Iliria), *Il.* 14.
- Perdicas (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 57; *Mi.* 8.
- Perea (distrito perteneciente a Rodas), *Mac.* IV.
- Pérgamo (ciudad de Asia Menor), *Mac.* IV; XI, 1; *Sir.* 26; *Mi.* 3; 19; 21; 52; 56; 60; (los de —), *Mi.* 23; (ochenta ciudadanos de —), *Mi.* 48.
- Pericles (estadista ateniense), *Mi.* 30.
- Perinto (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Perpenna (romano del partido de Sertorio), *Ib.* 101.
- Perpenna (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- Perrebo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- perrebos (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 1; *Il.* 2.
- persa (imperio), *P.* 9; *Af.* 2; 87.
- persas (habitantes de Persia), *Sir.* 52; 55-56; 61.
- Perseo (rey de Macedonia), *Ib.* 65; *Af.* 111; *Mac.* XI, 1; 3-8; XII-XIII; XV-XVIII, 1-3; XIX; *Il.* 9; *Sir.* 44.
- Persia (país de Asia), *Af.* 132.
- Pérsico (golfo, en Asia), *P.* 9.
- perteenatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pesino (localidad de Frigia), *An.* 56.
- Petelia (ciudad de Italia), *An.* 29; 57.
- petelios (habitantes de Petelia), *An.* 57; 60.
- Petilio (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- píccenos (habitantes del Pice-

- no, en Italia), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.
- Pigmalión (en mitología, rey de Tiro), *Af.* 1.
- Pilo (lugar de Grecia), *Af.* 112.
- Pinnes (hijo de Agrón), *Il.* 7-8.
- Pireo (puerto de Atenas), *Sir.* 22; *Mi.* 29-30; 34; 36-37; 40-41.
- Pirineos (montes de Europa), *Ib.* 1-2; 6-7; 17; 28; *An.* 4; *Il.* 4.
- piriseos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pirro (rey de Epiro), *Sa.* VII, 3; VIII-IX, 1; X, 1-3; X, 5; XI, 1-2; XII, 1-2; *An.* 26; 58; *Il.* 7; *Sir.* 10.
- Pisidia (país de Asia Menor), *Sir.* 9; 12.
- pisidios (habitantes de Pisidia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 75.
- Pisístrato (general de los de Cízico), *Mi.* 73.
- Pisón (véase L. Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en el 112).
- Pitane (ciudad de Misia cercana a Pérgamo), *Mi.* 52.
- Placentia (ciudad de Italia), *An.* 5; 7.
- Platea (ciudad de Beocia), *An.* 39.
- Platón (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Plaucio, Gayo (pretor en Iberia en el 146 a. C.), *Ib.* 64.
- Pleminio (jefe de la guarnición romana en Locros Epizefrios), *An.* 55.
- Plestine (zona pantanosa de la Umbría, en Italia), *An.* 9; 11.
- Plotio Varo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Po (río de Europa), *Ib.* 39; *An.* 5; 7-8; 10; *Il.* 8.
- Polibio (historiador griego), *Af.* 132-133.
- Polifemo (en mitología, un ciclope), *Il.* 2.
- Polixénidas (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 14; 17; 21-22; 24; 27.
- Pompeyo Aulo, Quinto (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 66; 76-79; 83.
- Pompeyo, Gneo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), *Ib.* 101.
- Pompeyo el Grande (político y general romano), *P.* 14; *Si.* VI, 2; *Il.* 12-13; 15; *Af.* 136; *Sir.* 49-51; 70; *Mi.* 68; 91; 94-100; 103-108; 112-117; 120-121.
- Pompeyópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Solos en Cilicia), *Mi.* 115.
- Pomponio (tribuno de la plebe), *Sa.* II, 1.
- Pomponio (prefecto de caballería de Lúculo), *Mi.* 79.
- Poncio (general samnita), *Sa.* IV, 2-3; 5-6.
- pónticos (habitantes de la zona del Ponto), *Mi.* 92.
- Ponto (región de Asia Menor), *P.* 2; 3; *Si.* VI, 1; *Mi.* 9-10; 23; 48; 55; 58; 64; 68; (ciudades del —), 82; (reyes del —), 83; (oficiales del —), 87; (región del —), 88; 101; 107; 119; 121; (reino del —), *Mi.*

- 112; 114-115; (pueblos del —), 116; (regiones vecinas al —), 120.
- Ponto Euxino (véase Euxino).
- Popilio (embajador de los romanos), *Sir.* 66.
- Popilio (M. Popilio Lena, cónsul en el 350 a. C.), *Ga.* I, 2.
- Popilio Lena, Marco (pretor en Iberia en el 139 a. C.), *Ib.* 79.
- posenos (tribu de los yápodas), *Il.* 21.
- Postumio (Espurio, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6; VII, 2.
- Príamo (en mitología, rey de Troya), *R.* I, 1; *Af.* 132.
- Procas (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Prometeo (en mitología, un titán), *Mi.* 103.
- Promona (ciudad de los liburnios, en Iliria), *Il.* 12; 25-27.
- Propóntide (mar de Asia), *P.* 2; *Mi.* 95.
- Prosérpina (en mitología, hija de Júpiter y Ceres), *Sa.* XII, 1; *Mi.* 75; (templo de —), *Sa.* XII, 2; *An.* 55.
- Protopaquio (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 19.
- Prusias (la de al pie de una montaña, ciudad de Asia Menor), *Mi.* 77.
- Prusias I (rey de Bitinia), *Sir.* 11; 23.
- Prusias II el Cazador (rey de Bitinia, hijo del anterior), *Mi.* 2-7.
- Publícola (un romano), *It.* V, 3.
- Publio (véase Galba, P. Sulpicio Galba Máximo), *Mac.* IV.
- Publio (véase Cornelio, Publio, familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Publio (véase Publio Cornelio Escipión Africano), *Sir.* 30.
- Puertas Cilicias (lugar de Asia Menor), *Sir.* 54.
- Puertas Escitas (lugar de Escitia), *Mi.* 102.
- Púnico (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Pupio Pisón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Queronea (lugar de Beocia), *Mi.* 29; 42; (batalla de —), 45.
- Quersoneso (Tracio), *Sir.* 1; 6; 21; 28-29; 37-38; 43; *Mi.* 13.
- Quersoneso del Ponto, *Mi.* 102.
- Quersoneso (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Quintio (general romano), *Ib.* 66-67.
- Quintio, Tito (Penno Crispino Capitolino, general romano), *Ga.* I, 1.
- Quíos (embajadores de —), *Mac.* III, 1; (isla de —), *Mac.* IV; *Sir.* 22; (una nave de —), *Mi.* 25; (los de —), *Mi.* 25; 46.
- quiotas (habitantes de Quíos), *Mi.* 46-48; 55.
- Rea Silvia (en mitología, madre de Rómulo y Remo), *R.* I, 2.
- Regilo (ciudad sabina, en Italia), *R.* XII.

- Regilo, L. Emilio (almirante de la flota romana), *Sir.* 26-27.
- reginos (habitantes de Regio), *Sa.* IX, 3.
- Regio (ciudad del sur de Italia), *Sa.* IX, 1-2; XII, 1; *An.* 44.
- Régulo (véase Atilio Régulo, M., jefe de la flota romana en África en el 256 a. C.).
- Remo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; I A.
- Rennio (de Brindisi, ciudadano romano), *Mac.* XI, 7-8.
- Reso (en mitología, héroe tracio), *Mi.* 1.
- Reteo (ciudad de la Tróade), *Sir.* 23.
- retios (tribu del Danubio), *Il.* 6; 29.
- Retógenes (un numantino), *Ib.* 94.
- Rin (río de Europa), *P.* 3; *Ga.* I, 5; II; XVI.
- Ríndaco (río de Misia), *Mi.* 75.
- Ródano (río de Europa), *Ga.* XV.
- Rodas (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Sir.* 21; 27; 68; *Mi.* 19; 24; 26-27; 33; 46-47; 56.
- rodios (habitantes de la isla de Rodas), *Af.* 65; *Mac.* IV; VII-VIII; XI, 3; XVII; *Sir.* 12; 25; 28; 44; *Mi.* 22; 24-27; 33; 61-62.
- Rodoguna (hermana de Fraates, rey de los partos), *Sir.* 67-68.
- Ródope (tribus del —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- Roma (nación), *P.* 1; 12; 15; *R.* V; XII; *Sa.* I, 1-2; IV, 2; *Ga.* II; XIII; *Ib.* 2; 10; 12; 43; 45; 51-52; 56; 58; 62-63; 79; *An.* 10; 28; 32; 36; 38; 53; *Af.* 5; 51; 54; 56; 61; 64; 65; 67; 69; 135; *Nu.* II; *Mac.* III, 1; IV; VII; IX, 4; XI, 1; XVIII, 1-2; *Il.* 6-7; 15; 21-22; 28; 30; *Sir.* 12; 22; 38; 50; *Mi.* 3; 7; 30; 53; 57; 68; 97; 106; 114.
- Roma (ciudad), *P.* 7; *Il.* V, 5; IX; *Sa.* IV, 1; VI, 2; IX, 3; X, 1; 3; XI, 1; *Ga.* I, 1; 5; III; *Si.* II, 1-2; VI, 1; *Ib.* 7; 11; 23; 29; 38; 49; 50; 57; 60; 61; 64-65; 73-74; 76; 78; 80-81; 83-84; 101; *An.* 5; 8-9; 12; 16-17; 26; 28; 31; 35; 38; 43; 47; 56-57; *Af.* 6; 23; 28; 31; 32; 34-35; 48-50; 53; 56-57; 65; 69; 74; 75-77; 80; 89-91; 93; 99; 109; 112; 114; 133-134; 136; *Nu.* I; *Mac.* III, 2; VIII-IX, 3; XI, 1; 4; XII; XVII; *Il.* 7-9; 11; 13; 24; 27; 30; *Sir.* 2; 6; 12; 21; 23; 38; 43-44; 46; 50; *Mi.* 2; 4; 6; 16; 51; 52; 60; 63-65; 67; 68; 72; 77; 93; 95; 103; 116.
- romanos (habitantes de Roma), *passim.*
- Rómulo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; II; V; *Af.* 112.

- Rómulo Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Rutilio (legado de Sila), *Mi.* 60.
- Rutilio Rufo (tribuno militar y analista romano), *Ib.* 88.
- rútilos (pueblo de Etruria), *R.* I, 1.
- sabinos (pueblo de Italia), *R.* V; XII; *Sa.* IV, 5; VI, 1; *Ga.* XI; *Af.* 58.
- saguntinos (habitantes de Sagunto), *Ib.* 7; 10-12; *An.* 2-3; *Af.* 6; 63.
- Sagunto (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19; 75; *An.* 3.
- Salapia (ciudad de Yapihia, en Italia), *An.* 45.
- salapios (habitantes de Salapia), *An.* 50.
- salasos (tribu alpina), *Il.* 17-18.
- Salinátor, M. Livio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- salios (tribu germana), *Ga.* XII.
- Salona (ciudad de Dalmacia), *Il.* 11.
- samnitas (pueblo de Italia), *P.* 14; *Sa.* I, 1; IV, 1-2; 4; 5; VII, 3; X, 1; *Ib.* 83; *Af.* 58; *Mi.* 112.
- Samos (ciudad e isla de Jonia), *Mac.* IV; *Sir.* 24-25; *Mi.* 63.
- Samotracia (isla frente a la costa asiática), *Af.* 71; *Mac.* XVIII, 1; *Mi.* 63; (templo de —), *Mi.* 63.
- Sangario (río de Bitinia), *Mi.* 19.
- Sardes (capital de Lidia), *Sir.* 29.
- sármatas (habitantes de Sarmacia, en la Tracia europea), *Mi.* 15.
- Saro (río de Cilicia), *Sir.* 4.
- Sarpedonio (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.
- Saturnalia (fiestas en honor de Saturno), *Sa.* X, 5.
- saurómatas (igual a sármatas, véanse éstos), *Mi.* 57; 69.
- Savo (río de Panonia), *Il.* 22.
- Saxa (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Sedetania (región de Iberia), *Ib.* 77.
- Segeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 44.
- segedanos (habitantes de Segeda), *Ib.* 45.
- Segesta (ciudad de Panonia), *Il.* 23.
- segestanos (tribu panonia), *Il.* 10; 17; 22-23; 24.
- Selene (esposa de Antíoco Ciziceno y de Antíoco el Griego), *Sir.* 69-70.
- Seleucia (sobre el mar, ciudad de Siria), *Sir.* 4; 63.
- Seleucia (fortaleza de Mesopotamia), *Mi.* 114.
- Seleucia (ciudad de Palestina, pasaje corrupto en Apiano), *Mi.* 117.
- Seleucias (junto al mar, y a orillas del Tigris, dos ciudades construidas por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57-58.

- seléucidas (dinastía de reyes sirios), *Sir.* 48-50; 67; 70.
- Seleuco (Nicátor, sátrapa y rey de Babilonia), *Sir.* 1; 53-54; (rey), 55-67; 70.
- Seleuco II (Calinico, padre de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 66.
- Seleuco III (Cerauno, hijo de Seleuco Calinico), *Sir.* 66.
- Seleuco IV (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 3; 14; 26; 33; 45; 66.
- Seleuco V (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Seleuco VI (Epífanes, hijo de Antíoco Gripo), *Sir.* 69.
- Sempronio, Gneo (jefe de embajada de prisioneros), *An.* 28.
- Sempronio Longo, Tiberio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14; *An.* 6; 8.
- Sempronio, Publio (militar romano), *An.* 26.
- Sempronio Tuditano, G. (cónsul contra los yápodas), *Il.* 10.
- Sempronio Tuditano, Publio (cónsul en el 204 a. C.), *Ib.* 39.
- Sena (ciudad de Italia), *An.* 52.
- senones (tribu gala), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI.
- Serrano (prefecto de la flota, tal vez Sexto Atilio Serrano, cónsul en el 136 a. C.), *Af.* 114.
- Sertorio, Quinto (político de la facción de Cinna), *Ib.* 101; *Mi.* 68; 70; 76; 112.
- Serviliano (véase Fabio Máximo Serviliano).
- Servilio Cepión Q. (pretor en Iberia en el 140/139 a. C.), *Ib.* 70; 74-75.
- Servilio, Gneo (Gneo Servilio Gémino, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8; 10; 12; 16; 18; 19; 22-24.
- Servilio Isaúrico (cónsul contra los piratas), *Mi.* 93.
- Servio Tulio (rey de Roma), *R.* II.
- Sestos (ciudad del Helesponto), *Sir.* 21; 23; 36.
- Setovia (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sextilio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 84-85.
- sibilinos (libros), *Mac.* II; *Sir.* 51.
- Sicilia (estrecho de —), *P.* 3; *Sa.* IX, 1.
- Sicilia (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 8; 12; *Sa.* XI, 1-2; XII, 1; *An.* 50; 55; *Af.* 2-5; 57; *Si.* I-II, 2-3; III; *Ib.* 3-4; 17; 99; *An.* 2-3; 8; *Af.* 7-8; 13; 15; 17; 39; 62-63; 76-77; 80; 86-87; 110; 113; 133; 134; *Mac.* I; *Mi.* 59; 95; (pretor de —), *Mi.* 93.
- sicilianos (habitantes de Sicilia), *Sa.* XII, 1; *Si.* III-IV; *Af.* 8.
- Sículo (mar en torno a Sicilia), *P.* 5.

- sidetas (pueblo de Panfilia), *Af.* 123.
- Siete Sabios (de Grecia), *Mi.* 28.
- Sifax (rey de los númidas), *Ib.* 15-16; 29-30; 37; *Af.* 10-14; 17-18; 20; 22; 26-28; 32-33; 59-106; *Nu.* IV.
- sigambrios (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Sila, L. Cornelio (político y hombre de armas romano), *P.* 14; *Ib.* 101-102; *Nu.* IV-V; *Mi.* 22-23; 30-43; 45-51; 53-61; 63-68; 83; 92; 112.
- Silano, M. Junio (lugarteniente de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 28; 32.
- Silvio Latino (véase Latino Silvio).
- Sinodio (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sinope (ciudad de Paflagonia), *Mi.* 78; 83; 113; 120.
- sinopenses (habitantes de Sinope), *Mi.* 83.
- Sinorex (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 101.
- sintos (pueblo vecino de Macedonia), *Mi.* 55.
- Síntrico (padre de Fraates rey de los partos), *Mi.* 104.
- Sípilo (monte de Lidia), *Sir.* 30.
- Sira (apodo de Cleopatra hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Siracusa (ciudad de Sicilia), *Si.* II, 2; III-IV; *Af.* 14.
- Siria (país de Asia), *Mac.* IV; *Sir.* 2; 12; 22; 36; 45; 46; 48-49; 51-53; 57; 61; 65-66; 69-70; *Mi.* 9; 13; 33; 106-108; 118; (provincia de —), *Il.* 13; (interior), *Sir.* 50; (desde el Éufrates hasta el mar), *Mi.* 16; 105; (de en torno al Éufrates), *Mi.* 106; (gentes de —), *Mi.* 116; (interior hasta el Éufrates), *Mi.* 118.
- Siria Palestina (nombre dado a Siria a partir de Adriano), *P.* 2.
- sirios (habitantes de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 45-48; 50; 66; 69; *Mi.* 92.
- Sirtes (aguas poco profundas entre Tunicia, Tripolitania y el territorio de Cirene), *P.* 1.
- Sisena, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Sobadaco (un escita), *Mi.* 79.
- Sócrates (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Sócrates Cresto (hermano de Nicomedes Filópator), *Mi.* 10; 13; 57.
- Sofene (parte de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Sofonisba (esposa de Sifax), *Af.* 27-28.
- Sogdiana (región de Asia), *Sir.* 55.
- Sol (procesión del, entre los rodios), *Mac.* XI, 3.
- Solos (ciudad de Cilicia), *Mi.* 115.

- Sotira (ciudad de Partia), *Sir.* 57.
- Soter (sobrenombre de Demetrio el hijo de Seleuco), *Sir.* 47.
- Suba (lugarteniente de Masinissa), *Af.* 70.
- suevos (tribu germánica), *Ga.* XVIII.
- Sulpicio (véase Galba, Publio Sulpicio Galba Máximo).
- Sulpicio, Gayo (Pético, dictador romano), *Ga.* I, 1.
- Tacio (Tito, rey sabino), *R.* III-V; *It.* V, 5.
- Tais (véase Filócaris).
- Tajo (río de Iberia), *Ib.* 51; 57; 64; 71.
- Talábriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 73.
- Talaura (ciudad del Ponto), *Mi.* 115.
- Tangino (capitán de bandidos), *Ib.* 77.
- Tántalo (lusitano sucesor de Viriato), *Ib.* 75.
- tapiros (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Tapso (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- tarentinos (habitantes de Tarento), *Sa.* VII, 1-2; VIII; X, 1; 4; XI, 2; *An.* 32; 34.
- Tarento (ciudad de Calabria, en Italia), *Sa.* VII, 1-2; VIII; *An.* 32-35; 49; (puerto de —), *An.* 34; *Sir.* 15.
- Tarquinio (Prisco, rey de Roma), *R.* II.
- Tartessos (ciudad y región del sur de Iberia), *Ib.* 2; 63.
- Taulante (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- taulantios (pueblo de Macedonia), *Il.* 2.
- taulantios (tribu iliria), *Il.* 16; 24.
- Taurasia (ciudad gala), *An.* 5.
- Taureas (un capuano), *An.* 37.
- tauriscos (tribu iliria), *Il.* 16.
- tauromenios (habitantes de Tauromenio, en Sicilia), *Si.* V.
- Tauro (monte de Asia), *Sir.* 29; *Mi.* 62; 106.
- tauros (aliados de Mitridates), *Mi.* 15; 69.
- Taxiles (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70; 72.
- Teano (ciudad de Italia), *An.* 27.
- Tebano (apelativo del dios Hércules), *Ib.* 2.
- tebanos (habitantes de Tebas, en Grecia), *Sir.* 13.
- Tebas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 13; *Mi.* 30.
- tectosagas (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tegea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- telmiseos (habitantes de Telmisos, en Asia Menor), *Mi.* 24.
- Temiscira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78.

- temiscirios (habitantes de Temiscira), *Mi.* 78.
- Tempe (valle de Tesalia), *Sir.* 16.
- tencterios (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Teodosia (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108; 120.
- Teófilo (el paflagonio asesino a sueldo de los tralianos), *Mi.* 23.
- Teos (véase Antíoco Teos).
- Terencio Varrón (cuestor romano en Iberia en el 150 a. C.), *Ib.* 56.
- Terencio Varrón (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 23; 26.
- Terencio Varrón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tergesto (ciudad costera de Istria), *Il.* 18.
- Termancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 76-77.
- termantinos (habitantes de Termancia), *Ib.* 77.
- Termeso (ciudad de Iberia), *Ib.* 99.
- Termo (tribuno militar), *Af.* 36; 44.
- Termo (otro, tribuno militar), *Sir.* 39.
- Termo (propretor de Flaco), *Mi.* 52.
- Termodonte (río del Ponto), *Mi.* 69; 78.
- Termópilas (paso entre Tesalia y la Fócide), *Sir.* 17; *Mi.* 41.
- Termópilas (batalla de las —), *Sir.* 38.
- Terpono (ciudad de Iliria), *Il.* 18.
- Terracina (ciudad de Italia), *Sa.* I, 1.
- Tesalia (región del norte de Grecia), *P.* 3; *Mac.* XI, 4; XVIII, 3; XIX; *Sir.* 2; 13; 16-17; 43; *Mi.* 30; 41; 51; 95.
- tesalios (habitantes de Tesalia), *Mac.* XI, 1; XII; *Sir.* 14.
- Tespis (los de —, en Beocia), *Mi.* 29.
- Tesprocia (parte de la costa del Epiro), *Il.* 1.
- Testimo (oficial dálmata), *Il.* 26-27.
- teutones (tribu germana), *Ga.* I, 4; XIII.
- Tiatira (llanura de Lidia), *Sir.* 30.
- Tíber (río de Italia), *R.* I, 2; I A; *An.* 56; *Sir.* 21.
- Tiberino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Tiberio (emperador romano), *Il.* 30.
- Tiberio Nerón (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tiberio Pandusa (general romano), *Il.* 10.
- Tíbris (antiguo nombre del Tíber), *R.* I A.
- Tigilas (véase Bannón Tigilas).
- Tigranes (padre, rey de Armenia), *Sir.* 48-49; 69-70; *Mi.* 15;

- 67; 78; 82-85; 87-88; 104-107; 114; (imagen de —), 117.
- Tigranes (hijo del anterior), *Mi.* 104-105; 117.
- Tigranocerta (ciudad de Armenia), *Mi.* 67; 84-86.
- tigurinos (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Timarco (sátrapa de Babilonia), *Sir.* 45; 47.
- Timarco (tirano de Mitilene), *Sir.* 65.
- Timoteo (médico de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 89.
- Tiquiunte (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-18.
- Tirio (apelativo de Hércules), *Ib.* 2.
- Tiro (ciudad fenicia), *Af.* 1; 89; *Sir.* 8.
- Tirreno (mar, entre Italia e Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1; (islas del —), *P.* 5.
- Tisca (país africano), *Af.* 68.
- Tiseo (ciudad de Macedonia), *Mi.* 35.
- Tisia (ciudad de Italia), *An.* 44.
- titos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- Toante (jefe de la embajada etolia), *Sir.* 12.
- tolistobeos (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tolomeo I Soter (hijo de Lago, un epígono y rey de Egipto), *Si.* I; *Sir.* 50; 52-54; 56; 62.
- Tolomeo II (Filadelfo, hijo del anterior), *P.* 10; *Si.* I; *Sir.* 65.
- Tolomeo Cerauno (hijo de Tolomeo Soter), *Sir.* 62-63.
- Tolomeo IV (Filópator, rey de Egipto), *Mac.* III, 1; IV; *Sir.* 1-5; 38.
- Tolomeo V (Epifanes, hijo de Filópator), *Sir.* 5.
- Tolomeo VI (Filométor, rey de Egipto), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 66-68.
- Tolomeo XI (Auletes, rey de Egipto), *Sir.* 51.
- Tolomeos (reinos de los —), *Mi.* 115.
- Tolunte (ciudad de Africa), *Af.* 18.
- Ton (ciudad de Africa), *Af.* 47.
- Tórax de Farsalia (el que enterró a Lisímaco), *Sir.* 64.
- Trace (heroína epónima de Tracia), *Mi.* 1.
- Tracia (país de Europa), *Mac.* IX, 5; XI, 1; *II.* 1; *Sir.* 1; 3; 6; 14; 23; 28; 38; 43; 53; *Mi.* 1; 56; 95; 102.
- tracios (habitantes de Tracia), *P.* 3; *Nu.* III; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 1; 6; 43; *Mi.* 1; 15; 57; (bitinios), *Mi.* 1; (del Ponto), *Mi.* 41.
- Trajano (emperador de Roma), *Ib.* 38.
- tralianos (habitantes de Tralles, en Lidia), *Sir.* 32; *Mi.* 48.
- Tralles (habitantes de —), *Mi.* 23.
- Traquea (Cilicia, zona costera de Cilicia), *Mi.* 92; (hombres de la —), *Mi.* 92; 96.

- Trebia (río de la Galia Cisalpina), *An.* 6.
- Triario (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77; 88-89; 112; 120.
- Tribalo (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- tribalos (tribu iliria), *Il.* 2.
- Tríbola (ciudad de Iberia), *Ib.* 62-63.
- tricorios (tribu galo-helvética), *Ga.* I, 3.
- Trifón (sobrenombre de Diódoto esclavo de la casa real seleucida), *Sir.* 68.
- Trifón (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- «trincheras fenicias» (denominación de los límites del imperio cartaginés), *Af.* 32; 54; 59.
- trocmos (tribu gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Troya (ciudad de Asia Menor), *R.* I, 1; *Af.* 1; 132; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 67; 102; (guerra de —), *Af.* 71; *Mi.* 53.
- Tulio (véase Anco Hostilio).
- Túnez (ciudad de Africa), *Si.* II, 3.
- turbuletes (pueblo de Iberia), *Ib.* 10.
- Turditania (región de Iberia), *Ib.* 16; 59; 61.
- turditanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 55.
- turios (habitantes de Turios colonia griega en Italia), *Sa.* VII, 1-2; *An.* 34; 49; 57.
- Turios (colonia griega en Italia), *An.* 35; 50.
- Turpilio (jefe de la guarnición romana en Vaga), *Nu.* III.
- Ulises (héroe griego), *Mi.* 53.
- Umbría (región de Italia), *An.* 9.
- usipetos (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Útica (ciudad de Africa), *Si.* II, 3; *Af.* 13-14; 16-18; 30; 75; 77-78; 80; 94; 110; 113-114.
- uticenses (habitantes de Útica), *Af.* 25; 114; 135.
- vaccos (tribu celtíbera), *Ib.* 51; 55; 59; 80; 81.
- Vaga (senado de —, ciudad de África), *Nu.* III.
- Valeria (mujer romana), *It.* V, 3.
- Valerio (M. Valerio Corvo, héroe romano y cónsul en el 343 a. C.), *Ga.* X; *Sa.* I, 1-2.
- Valerio, Lucio (tribuno militar), *Sir.* 18.
- Vario, Marco (general de Sertorio), *Mi.* 68; 70; 76-77.
- Vatinio (lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 13.
- Venus (monte de —, lugar de Iberia), *Ib.* 64; 66.
- Venus Elimea (templo de —), *Sir.* 66.
- Venusia (ciudad de Italia), *An.* 50.

- Vermina (hijo de Sifax), *Af.* 33; 59.
- Verso (jefe dálmata), *Il.* 25.
- Vespasiano (emperador de Roma), *Sir.* 50.
- Vesta (templo de —), *Ga.* VI; (estatua de —, en Caunio, Caria), *Mi.* 23.
- Vetilio, Gayo (pretor en Iberia en el 147 a. C.), *Ib.* 61-63.
- Veto (Gayo Antistio Veto), *Il.* 17.
- vetones (tribu de Iberia), *Ib.* 56; 58; 70.
- Veturia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Veturio (T. Veturio Calvino, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6.
- Veyes (ciudad de Italia), *It.* VIII, 1.
- Viriato (caudillo lusitano), *Ib.* 60-71; 73-76; (guerra de —), *Ib.* 63.
- Volas (guardia de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Volcacio (Volcacio Tulo, cónsul con Augusto), *Il.* 28.
- volscos (pueblo de Italia), *It.* I; III-IV; V, 1; 3; 5; *Af.* 58.
- Volumnia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Vulcano (en mitología, dios romano), *Ib.* 45.
- Yapigia (zona del sur de Italia), *An.* 15; 17; 33; 35-36; 45; 55.
- yapigios (habitantes de Yapigia), *An.* 49.
- yápodes (tribu iliria), *Il.* 10; 14; 16-19; 21-22.
- Yasos (ciudad de Caria), *Mi.* 63.
- yáziges (pueblos de la boca del Dnieper), *Mi.* 69.
- Yugurta (númida nieto de Masinissa), *Ib.* 89; *Nu.* I; III; IV-V.
- Zacinto (isla y ciudad en el Adriático), *Ib.* 7; *Mi.* 45.
- Zama (ciudad de África), *Af.* 36.
- Zeuxis (general de Antíoco), *Sir.* 33.
- Zenobio (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 46-48.
- Zoro (fundador de Cartago), *Af.* 1.

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN GENERAL	7
1. Vida y obra de Apiano	7
2. El texto de la <i>Historia Romana</i>	27
BIBLIOGRAFÍA	41
PRÓLOGO	43
I. — <i>De la realeza</i> (fragmentos)	55
II. — <i>Sobre Italia</i> (fragmentos)	63
III. — <i>La historia samnita</i> (fragmentos)	70
IV. — <i>La historia de la Galia</i> (fragmentos)	88
V. — <i>Sobre Sicilia y otras islas</i> (fragmentos) ...	100
VI. — <i>Sobre Iberia</i>	106
VII. — <i>La guerra de Anibal</i>	189
VIII. — <i>Sobre Africa</i>	237
Sobre Numidia (Apéndice del libro <i>Sobre Africa</i> [fragmentos]), 356.	
IX. — <i>Sobre Macedonia</i> (fragmentos)	359
X. — <i>Sobre Iliria</i>	382
XI. — <i>Sobre Siria</i>	407
XII. — <i>Sobre Mitridates</i>	476
ÍNDICE DE NOMBRES	599